CHRÉTIEN DE TROYES

PERCEVAL O EL CUENTO DEL GRIAL

Edición y Traducción
Martín de Riquer



COLECCIÓN AUSTRAL

ESPASA CALPE

PERCEVAL
O
EL CUENTO DEL GRIAL



LITERATURA

ESPASA CALPE

CHRÉTIEN DE TROYES

PERCEVAL O EL CUENTO DEL GRIAL

Edición y Traducción
Martín de Riquer

COLECCIÓN AUSTRAL

ESPASA CALPE

Primera edición: 4-III-1961
Quinta edición: 7-I-1992

—

Maqueta de cubierta: Enric Satué

—

Depósito legal: M. 26.468—1991

ISBN 84—239—7227—5



Impreso en España
Printed in Spain

Talleres gráficos de la Editorial Espasa-Calpe, S. A.
Carretera de Irún, km. 12,200. 28049 Madrid

ÍNDICE

NOTA PRELIMINAR

Escasos son los datos que poseemos sobre la personalidad de Chrétien de Troyes, de cuya obra literaria se conservan cinco extensas novelas de atribución segura: Erec, Cligés, Li chevaliers au lion *(titulada también* Yvain), Li chevaliers de la charrete *(a la que a veces se da el título de su protagonista,* Lancelot) *y* Li contes del Graal. *Con cierta verosimilitud se le atribuye también otra novela de carácter caballeresco y piadoso,* Guillaume d'Angleterre *(de la que existe una traducción en prosa castellana del siglo XIV), y una adaptación de una fábula ovidiana sobre el mito de Filomela. De las seis poesías líricas que los cancioneros adscriben a Chrétien de Troyes, dos son con seguridad obra de nuestro escritor. Éste, por otra parte, confiesa, en los versos iniciales del* Cligés, *haber traducido los* Remedia Amoris *y el* Ars amatoria *de Ovidio y compuesto una narración sobre el mito de Tántalo y Pélope (sin duda basado en las* Metamorfosis *ovidianas), y un relato sobre «el rey Marc*

e Iseut la rubia», o sea la leyenda de Tristán, todo lo cual se ha perdido. Teniendo en cuenta las personas a las que dedica sus obras, llegamos a la conclusión de que la producción de Chrétien de Troyes debió de desarrollarse entre los años 1159 y 1190.

Se trata, pues, de un escritor de la segunda mitad del siglo XII que, como los hombres de cultura de su tiempo, posee una sólida preparación clásica, puesta de manifiesto no tan sólo en sus versiones de los tratados eróticos de Ovidio y en sus adaptaciones de fábulas mitológicas, sino también en buen número de detalles retóricos y estilísticos que aparecen en su obra. Todas las novelas de Chrétien de Troyes conservadas están escritas en verso: en pareados de ocho sílabas (nueve, contando a la castellana) de rima consonante, forma que desde mediados de aquel siglo había adoptado la narrativa francesa culta, tan distinta de la narrativa tradicional de las gestas. Antes de Chrétien de Troyes los narradores franceses cultos, precursores y creadores del roman, o sea de la novela, habían empleado los pareados octosilábicos en sus versiones de obras clásicas (la Tebaida *de Estacio, la* Eneida, *algunas fábulas tomadas de las* Metamorfosis *de Ovidio, etc.) y en la famosa traducción de la* Historia regum Brittanniae, *de Godofredo de Monmouth, hecha por Wace y titulada* Roman de Brut. *Esta traducción, que Chrétien de Troyes revela conocer bien, había contribuido a poner de moda en los ambientes cultivados y aristocráticos el mundo fantástico del fabuloso rey Artús de Bre-*

taña y de los caballeros de la Tabla Redonda, recogiendo viejas leyendas bretonas, pero estructurándolas en una narración que pretendía ser histórica. Son de tema artúrico algunas de las narraciones breves que, antes o contemporáneamente a Chrétien, había escrito, también en verso octosílabo, María de Francia y que suelen titularse Lais, y artúricas son las cinco novelas conservadas de nuestro escritor, aunque el Cligés sólo parcialmente, pues su trama principal tiene carácter bizantino.

Li chevaliers de la charrete, o Lancelot, está dedicado por Chrétien a su señora, la condesa María de Champagne, hija de Luis VII de Francia y de Leonor de Aquitania, y esposa del conde Enrique de Champagne, que solía residir en su palacio de Troyes, capital del condado, y, sin duda, ciudad en la que había nacido nuestro escritor. Tanto María de Champagne como su madre Leonor de Aquitania desempeñaron un papel importantísimo en el florecimiento de la literatura llamada cortesana y contribuyeron a instaurar en Francia los hallazgos y las novedades de la poesía de los trovadores, de suerte que la aventura caballeresca se unió al sentimentalismo amoroso, unión que constituye una de las características de la novela del siglo XII. Pero Chrétien de Troyes no se limitó, en sus novelas, a la escueta narración de una peripecia caballeresca, con sus lances heroicos, sus episodios maravillosos y la exaltación de las virtudes militares de unos seres extraordinarios, ni se ciñó a dotar a la aventura de un contenido amoroso y

a bosquejar una hábil y acertada caracterización psicológica de los personajes principales de la acción. Además de todo esto, pretendió dar a sus novelas el trascendente valor de una lección moral y espiritual destinada al perfeccionamiento de la sociedad en que vivía, y de modo principal, de la aristocracia que leía sus obras. Tal propósito es decisivo y deliberado en nuestro escritor, pues en los versos iniciales de Li chevaliers de la charrete distingue, en su obra literaria, la materia (matière), que es el asunto o argumento de la narración, el simple relato de hechos novelescos, del sentido (sans), que viene a ser la interpretación doctrinal de la obra, lo que llamaríamos su tesis; y de una afirmación hecha en el Erec se desprende de la ordenación y ensamblamiento de la materia con el sentido, o sea la acomodación de la intriga del relato o una tesis, constituye la coyuntura (conjointure) de la novela. El novelar de Chrétien de Troyes es, pues, algo que ambiciona ser mucho más que el simple narrar y que pone una rica trama de aventuras al servicio de una lección tendente a la exaltación de los valores morales del caballero.

Esta intención superior no debe ser olvidada cuando se lee El cuento del grial (Li contes del graal), pues si nos atuviéramos exclusivamente a su materia, en algunos trechos podría parecernos una ingenua conseja o una intrascendente novela de aventuras y correríamos el peligro de valorarlo sólo en atención a sus innegables méritos literarios. La obra va precedida de una dedicatoria al

conde Felipe de Flandes, o sea Felipe de Alsacia, quien, desde 1168, fue conde de Flandes, y que partió para Ultramar como cruzado en septiembre de 1190 y murió en Acre en el junio siguiente. Entre 1168 y 1191, pues inició Chrétien de Troyes la redacción de El cuento del grial, *y los intentos hechos para precisar más la fecha se han revelado poco firmes. Esta dedicatoria sorprende por su carácter religioso: se glosan en ella varios versículos neotestamentarios y se diserta sobre la caridad, lo que da a estas páginas introductorias un acusado matiz cristiano que por fuerza ha de corresponder con el profundo sentido que el autor piensa dar a su obra.*

Chrétien ha escogido como protagonista de su narración a un muchacho en plena adolescencia, fuerte, hábil cazador e ingenuo, que ha vivido en una «yerma floresta solitaria» aislado del resto del mundo, únicamente entregado a la caza y sin otra relación humana que su madre y los labradores que cultivan sus tierras, situadas en Gales. Este muchacho pertenece a un ilustre linaje de caballeros, y tanto su padre como sus dos hermanos mayores fueron víctimas de las guerras y los combates, y debido a ello su madre lo ha criado en completa ignorancia de cuanto sucede en el mundo, principalmente de la caballería. Pero la fuerza de la sangre se impone a los planes maternos, y en cuanto el muchacho, al principio de la novela, se encuentra con unos caballeros, decide irrevocablemente ser uno de ellos y se encamina a la corte del rey Artús para que le arme, lo cual produce tal dis-

gusto a su madre que cae muerta al verlo partir de su lado. De esta suerte Chrétien puede exponer a sus lectores las etapas de la formación caballeresca, que su joven héroe recorre a una velocidad vertiginosa. Al salir de la solitaria morada materna, el héroe está en la plenitud de sus fuerzas físicas y es robusto y membrudo, condiciones naturales indispensables para todo el que haya de ejercer la caballería. Su llegada a la corte del rey Artús provoca dos maravillosos vaticinios, pues tanto la doncella que jamás había sonreído, como el bufón, pronostican que aquel gallardo e ingenuo joven está destinado a ser el mejor caballero del mundo. La victoria del muchacho sobre el Caballero Bermejo se debe a la primaria habilidad de aquél en el lanzamiento de venablos, adquirida en sus cacerías: es un tipo de lucha que se halla muy distante del sabio tecnicismo del noble arte de las armas. Por esta razón, después de esta primera victoria, Chrétien lleva a su protagonista al castillo de Gornemant de Goort, caballero maduro y experimentado, que se prenda de las virtudes y de la simpatía del joven salvaje, y le da sabias lecciones de caballería, que el muchacho aprende con gran precisión y rapidísimamente, y por fin le arma caballero. Nuestro protagonista es ya un caballero, y los episodios de la defensa del castillo de Belrepeire demuestran su acierto y su maestría en el manejo de las armas; pero allí también, como corresponde a todo caballero, nace en el joven héroe su amor por la hermosa Blancheflor.

Mas hay en el muchacho un remordimiento que lo tortura: la suerte de su madre, que vio caer desvanecida al abandonar su morada solitaria. No sabe todavía que ha muerto, si bien lo sospecha, y ello tortura su ánimo con la conciencia del pecado. En esta situación, es decir, con el alma manchada por el pecado, se le ofrece la más alta de sus aventuras: la prueba del castillo del grial, episodio culminante de la novela. Invitado por el Rico Rey Pescador, o Rey Tullido, el joven caballero cena en la amplia y suntuosa sala cuadrada del castillo y ve desfilar ante sí un singular cortejo en que figuran un paje que empuña una lanza de cuya punta mana una gota de sangre, una hermosa doncella que lleva en sus manos un grial, *y otra con un plato de plata. El héroe, temiendo revelar su rusticidad, no se atreve a preguntar por qué sangra la lanza ni a quién se sirve con aquel grial. La razón de su mutismo —lo aclara después Chrétien— es más profunda: el hecho de hallarse en pecado le trabó la lengua. Y ello constituye el fatal error del muchacho, pues si hubiera formulado aquellas dos preguntas habría reparado una serie de males que afligían precisamente a su linaje, ya que averiguaremos luego que el Rico Rey Pescador, postrado por la parálisis y desposeído de sus tierras, habría recuperado salud y dominios si aquellas dos preguntas hubiesen salido de los labios del muchacho. Chrétien de Troyes no nos lo aclara puntualmente —ya veremos que la novela quedó inacabada—, pero no cabe duda de que la lanza que sangra es la de Longinos, o sea, aquella*

con la que fue herido el costado de Jesucristo; el grial, *nombre que se daba a ciertos recipientes, es un riquísimo copón en el cual se lleva diariamente una hostia al Rey del Grial —padre del Rico Rey Pescador y hermano de la madre del protagonista—, el cual desde hace años vive exclusivamente gracias al alimento que le proporciona la Eucaristía, tipo de milagro que se dio con frecuencia en la Edad Media y que aún hoy día enfervoriza a los cristianos. El plato de plata es, sin duda alguna, la bandeja que se pone debajo de la barbilla al que comulga para evitar que, por un accidente, la sagrada forma caiga al suelo. El tema de las preguntas que, al no formularse, acarrean males y daños, no es raro en el folklore; pero en nuestro caso ofrece una sorprendente similitud con una ceremonia de la Pascua de los judíos, cuyo rito no puede iniciarse hasta que el más joven de la familia haya hecho unas ingenuas preguntas. No es raro que Chrétien haya adaptado a su episodio este rito judaico, sore todo si tenemos en cuenta la importancia de la comunidad israelita de Troyes en el siglo XII. La hermosa doncella portadora del grial es, con toda seguridad, una figura simbólica: la Iglesia personificada, que en representaciones artísticas de la época suele hallarse a la derecha de la cruz recogiendo en un rico vaso la sangre del Salvador que mana de la herida producida por la lanza de Longinos. La lanza que empuña el paje que desfija en nuestro episodio mana sin cesar, para significar, sin duda, la persistencia del sacrificio del Gólgota, que redime constantemente.*

Nuestro héroe se da cuenta de su gran fracaso en el castillo del grial al día siguiente, al encontrar en la soledad del bosque a su prima, quien le hace ver su error. Entonces, cuando por su error se ha hecho responsable, el joven héroe de la novela adivina *su nombre y lo averigua por vez primera el lector: se llama Perceval. El nombre va unido a la personalidad, y mientras nuestro héroe no significó nada para el mundo, vivió anónimamente; ahora que, por su culpa y por su pecado, ha impedido que se relizara un bien y no ha evitado el mal, su responsabilidad le ha hecho adivinar su nombre. El episodio de las gotas de sangre sobre la nieve, una de las más bellas páginas de la literatura francesa medieval, demuestra, por una parte, la idealización del amor de Perceval por la hermosa Blancheflor, el color sonrosado de cuya faz se le rememora al ver la blanca nieve coloreada por la roja sangre, grandiosa metáfora invertida que ha tentado más de una vez a grandes poetas, desde Ovidio hasta Góngora; pero por otra parte, este episodio, en la economía de la novela, supone el cumplimiento de los augurios de la doncella que jamás había sonreído y del bufón, gracias a lo cual queda manifiesto que Perceval, que quince días antes era un ingenuo muchacho salvaje, es ya el mejor caballero del mundo.*

El cuento del grial *se interrumpe bruscamente, tras el verso 9234, dejando suspenso un episodio. Ello se debe a que a Chrétien de Troyes le sorprendió la muerte en plena redacción de la novela, y cuando la acción principal de ésta distaba bastante,*

sin duda, de haber llegado a su desenlace. Ello motivó que el tema del grial se hiciera pronto algo misterioso y vago, y que los continuadores anónimos de la novela, que iniciaron su labor todavía en el siglo XII, no acertaran a darle un final congruente ni digno del gran tema creado por el escritor champañés. Incluso la crítica moderna, hasta la más reciente, se ha debatido en ingeniosas y a veces fantásticas lucubraciones sobre el grial y las intenciones de Chrétien de Troyes, el cual murió llevándose a la tumba el profundo secreto de su novela, del mismo modo que el marinero del romance castellano del conde Arnaldos se hace a la mar sin decirnos su canción.

El lector advertirá que la acción principal de la novela, o sea, las aventuras de Perceval, se ve concurrida, a partir de cierto momento, por otra trama muy distinta, que tiene por héroe a Gauvain, el sobrino del rey Artús. Esta dualidad de asunto se ha querido explicar suponiendo que el autor pretendía contraponer el caballero inexperto, Perceval, y el caballero veterano, Gauvain. No obstante, hay en las dos tramas contradicciones tan acusadas que no es inverosímil creer que Chrétien de Troyes, en el momento en que le sorprendió la muerte, estaba escribiendo dos novelas muy distintas, una dedicada a narrar las aventuras de Perceval y otra a contar las hazañas de Gauvain, y que sus borradores fueron mezclados y absurdamente soldados por quien los arregló a fin de darles una forma que hoy diríamos publicable, *creído de que pertenecían a la misma novela. Sea lo que fuere, la parte dedicada*

a Gauvain es de gran belleza y revela la maestría de Chrétien como narrador. Constituye una magnífico libro de caballerías, en el que se destacan episodios tan notables como el de la Doncella de las Mangas Pequeñas, de una delicadeza poco común, el del Castillo de las Reinas, con su ambiente de magia y de misterios, y los de la Orgullosa de Logres, que pone a prueba la caballerosidad de Gauvain.

*

La presente traducción está hecha sobre el texto de la edición de William Roach, Chrétien de Troyes, Le roman de Perceval ou le Conte du Graal, *en «Textes littéraires français», Genève-Lille, 1959 (segunda impresión), aunque en algunos pasajes me he separado de su lectura, que es la del manuscrito T, para atenerme a la que da la edición crítica de Alfons Hilka,* Der Percevalroman (Li contes del Graal) *en «Christian von Troyes sämtliche erhaltene Werke», V, Halle, 1932. Me ha sido de utilidad la consulta de la prosificación de 1530 (editada por Hilka en apéndice) y de la traducción en prosa francesa moderna de Lucien Foulet, Chrétien de Troyes,* Perceval le Gallois ou le Conte du Graal, *en «Cent romans français», París, 1947. He procurado ser lo más literal que permite la corrección idiomática, y he conservado ciertas repeticiones del texto original y los frecuentes cambios de tiempos verbales. El lector no debe olvidar que lo que está leyendo es traducción de un*

relato escrito en versos cortos de rima consonante, lo que implica que el autor se vea a veces obligado a giros un poco forzados que, si bien en el original del siglo XII se amoldan a una determina técnica narrativa, al verterse a prosa moderna pudieran sorprender. A fin de que en todo momento se pueda cotejar mi versión con el texto de Chrétien de Troyes, en la parte superior de las páginas indico los versos franceses que corresponden a su contenido.

MARTÍN DE RIQUER

EL CUENTO DEL GRIAL
(Li contes del graal)

Dedicatoria a Felipe de Flandes

Quien poco siembra poco recoge, y el que quiera cosechar algo que eche su semilla en lugar donde Dios le conceda el céntuplo; pues en tierra que nada vale la buena semilla se seca y desmedra. Chrétien siembra y echa la semilla de una novela que empieza, y la siembra en lugar tan bueno que no puede quedar sin gran provecho, pues lo hace para el más prudente que existe en el imperio de Roma. Se trata del conde Felipe de Flandes, que vale más que Alejandro, de quien se dice que fue tan bueno. Pero yo demostraré que el conde vale mucho más, pues aquél reunió en sí todos los vicios y todos los defectos de los que el conde está limpio y exento.

El conde es de tal condición que no escucha ni viles chocarrerías ni palabras necias, y le pesa si oye hablar mal de otro, sea quien fuere. El conde ama la recta justicia, la lealtad y la santa Iglesia y abomina toda villanía. Es más dadivoso de lo que se supone, pues da sin hipocresía y sin engaño, según el Evangelio, que dice: «No sepa tu izquierda

los beneficios que haga tu derecha»[1]. Que lo sepa quien los recibe y Dios, que ve todos los secretos y conoce lo más escondido que hay en los corazones y en las entrañas.

¿Sabéis por qué dice el Evangelio «esconde los beneficios a tu izquierda»? Porque, según el relato, la izquierda significa la vanagloria, que procede de falsa hipocresía. ¿Y qué significa la derecha? La caridad, que no se envanece de sus buenas obras, sino que se esconde para que sólo las sepa aquel que se llama Dios y caridad. Dios es caridad, y quien según la Escritura vive en caridad, dice San Pablo, y yo lo he leído, que mora en Dios, y Dios en él[2]. Sabed, en verdad, que las dádivas que hace el buen conde Felipe son de caridad; nunca habla de ello con nadie sino con su buen corazón generoso, que le aconseja obrar bien. ¿No vale, pues, él más que Alejandro, a quien no le importó la caridad ni ningún beneficio? Sí, no lo dudéis. Bien empleado estará, pues, el trabajo de Chrétien, que se esfuerza y se afana, por orden del conde, en rimar el mejor cuento que fue contado en corte real: es el *Cuento del Grial*, sobre el cual el conde le dio el libro[3]. Oid cómo cumple su cometido.

---

1 «Nesciat sinistra tua, quid faciat dextra tua», San Mateo, VI, 3.

2 «Deus caritas est; et qui manet in caritate, in Deo manet, et Deus in eo», Primera Epístola de San Juan, IV, 16. Chrétien atribuye, erróneamente, estas palabras a San Pablo.

3 Chrétien afirma que la narración que va a ofrecer es una especie de adaptación en verso de lo narrado en un libro que le ha dado el conde de Flandes. La crítica no ha llegado a ninguna conclusión ni lejanamente

En la yerma floresta solitaria

Era el tiempo en que los árboles florecen, la hierba, el bosque y los prados verdean, los pájaros cantan dulcemente en su latín por la mañana y toda criatura se inflama de alegría, cuando el hijo de la Dama Viuda se levantó en la Yerma Floresta Solitaria, y sin pereza puso la silla a su corcel, cogió tres venablos y salió así de la morada de su madre. Pensó que iría a ver a los labradores que tenía su madre, que le rastrillaban la avena; tenían doce bueyes y seis rastras. Así se internó en la floresta, y al punto el corazón se le alegró en las entrañas por la dulzura del tiempo y al oír el canto gozoso de los pájaros: todo esto le agrabada. Por la benignidad del tiempo sereno quitó el freno al corcel y lo dejó que paciera por la verde hierba fresca. Y él, que sabía arrojar muy bien los venablos que llevaba, iba en torno disparándolos ora hacia atrás, ora hacia adelante, ora hacia abajo, ora hacia arriba, hasta que oyó venir por el bosque a cinco caballeros armados de todas sus armas. Muy gran ruido hacían las armas de los que llegaban, pues a menudo chocaban con las ramas de las encinas y de los ojaranzos. Las lanzas entrechocaban con los escudos y las lorigas

---

aceptable sobre este enigmático libro, y no hay que descartar la posibilidad de que se trate de una ficción. En el transcurso de la narración Chrétien hará algunas nuevas alusiones a su fuente, real o ficticia, llamándole *el cuento* o *la historia*.

rechinaban; resonaba la madera, resonaba el hierro, tanto de los escudos como de las lorigas.

El muchacho oía y no veía a los que hacia él se encaminaban al paso, y muy asombrado dijo:

—¡Por mi alma! Razón tenía mi madre, mi señora, cuando me dijo que los diablos son las cosas más feas del mundo; y para instruirme dijo que ante ellos hay que santiguarse. Pero yo desdeñaré esta enseñanza y no me santiguaré en modo alguno, antes bien, acometeré en seguida al más fuerte con uno de estos venablos que llevo, y no se acercará a mí ninguno de los otros, según creo.

De este modo habló para sí el muchacho antes de verlos, pero cuando los vio abiertamente, así que el bosque los descubrió, y vio las lorigas centelleantes, los yelmos claros y relucientes, y lo blanco y lo bermejo resplandecer contra el sol, y el oro, y el azur y la plata, le pareció muy hermoso y muy agradable, y dijo:

—¡Ah, señor Dios, perdón! Son ángeles lo que aquí veo. Realmente he pecado ahora mucho y he obrado muy mal al decir que eran diablos. No me contó una fábula mi madre cuando me dijo que los ángeles eran las cosas más bellas que existen, excepto Dios, que es más bello que todo. Aquí creo que veo a Nuestro Señor, pues contemplo a uno tan hermoso, que los otros, así Dios me valga, no tienen ni la décima parte de belleza. Mi misma madre me dijo que se debe adorar, suplicar y honrar a Dios sobre todas las cosas. Yo adoraré a éste, y después a todos los ángeles.

Inmediatamente se tira al suelo y dice todo el credo y las oraciones que sabía porque su madre se las había enseñado. El principal de los caballeros, lo ve y dice:

—Quedaos atrás. Un muchacho que nos ha visto ha caído al suelo de miedo. Si vamos todos juntos hacia él, me parece que será tal su espanto que morirá, y no podrá responder a nada que le pregunte.

Aquéllos se paran y él se adelanta hacia el muchacho galopando, lo saluda y lo tranquiliza diciéndole:

—Muchacho, no tengáis miedo.

—No lo tengo —dice el muchacho—, por el Salvador en quien creo. ¿Sois vos Dios?

—De ningún modo, a fe mía.

—¿Quién sois, pues?

—Soy un caballero.

—Jamás conocí a caballero —responde el muchacho—, ni vi ni oí hablar nunca de ninguno, pero vos sois más hermoso que Dios. ¡Ojalá fuera yo así, tan reluciente y hecho de este modo!

Mientras tanto se ha acercado a él, y el caballero le pregunta:

—¿Viste hoy por esta landa a cinco caballeros y a tres doncellas?

Al muchacho le interesa averiguar y preguntar otras cosas. Con la mano le toca la lanza, la coge y le dice:

—Buen señor amable, vos que os llamáis caballero, ¿qué es esto que lleváis?

—¡Ahora sí que me parece que voy por buen camino! —responde el caballero—. Yo me figuraba, dulce amigo mío, saber nuevas de ti, y tú las quieres oír de mí. Ya te lo diré: es mi lanza.

—¿Decís que se lanza —dijo él— como yo hago con mis venablos?

—De ningún modo, muchacho. ¡Eres muy tonto! Se ataca con ella sin soltarla.

—Así, pues, vale más uno de estos tres venablos que veis aquí, porque siempre que quiero con ellos mato pájaros y animales a mi placer, y los mato de tan lejos como se podría hacer con una flecha.

—Muchacho, esto no me importa nada. Pero contéstame sobre los caballeros. Dime si sabes dónde están y si viste a las doncellas.

El muchacho le coge la punta del escudo y le dice francamente:

—¿Qué es esto y de qué os sirve?

—Muchacho —dice él— esto es una burla. Me llevas a cuestiones distintas de lo que yo te pido y pregunto. Yo me figuraba, así Dios me prospere, que tú me darías nuevas en vez de que tú las supieras de mí, y tú quieres que te las dé. Como sea, yo te lo diré, pues me gusta complacerte. Esto que llevo se llama escudo.

—¿Se llama escudo?

—Sí —dice él—, y no debo despreciarlo porque me es tan fiel que, si alguien lanza o dispara sobre mí, se interpone a todos los golpes. Éste es el servicio que me hace.

En tanto los que estaban atrás vinieron a toda carrera hacia su señor, y le dijeron al punto:

—Señor, ¿qué os dice este galés?

—Desconoce los modales —dijo el señor—, así Dios me perdone, pues a nada de lo que le he preguntado me ha respondido a derechas ni una sola vez, sino que pregunta cómo se llama todo lo que ve y qué se hace con ello.

—Señor, sabed de una vez para siempre que los galeses son por naturaleza más necios que las bestias que pacen, y éste es como una bestia. Es necio quien se detiene con él, si no es que quiere entretenerse con bobadas y gastar el tiempo en tonterías.

—No sé —dice él—, pero, así vea a Dios, que antes de que me ponga en camino le diré todo lo que quiera; de otro modo no me marcharé. —Y luego le pregunta una vez más: —Muchacho, no te pese, pero dime de los cinco caballeros y también si hoy encontraste y viste a las doncellas.

Y el muchacho lo tenía cogido por la loriga y lo estiraba.

—Decidme ahora —dijo él—, buen señor, ¿qué es lo que lleváis vestido?

—Muchacho, ¿no lo sabes?

—No lo sé.

—Muchacho, es mi loriga, y es tan pesada como el hierro.

—¿Es de hierro?

—Bien lo puedes ver.

—No sé nada de esto —dijo él—, pero es muy bella, Dios me valga. ¿Qué hacéis con ella y de qué os sirve?

—Muchacho, es muy sencillo de explicar. Si quisieras tirarme un venablo o lanzarme una flecha, no me podrías hacer ningún daño.

—Señor caballero, de tales lorigas preserve Dios a las corzas y a los ciervos, pues no podría matar a ninguno ni correría nunca más tras ellos.

Y el caballero le replicó:

—Muchacho, válgate Dios, ¿puedes darme nuevas de los caballeros y de las doncellas?

Y él, que tenía muy poco criterio, le dijo:

—¿Nacísteis así?

—No, muchacho, es imposible que nadie pueda nacer así.

—¿Quién, pues, os atavió de esta suerte?

—Muchacho, yo te diré quién.

—Decidlo, pues.

—Gustosamente. Aún no se han cumplido cinco años de que el rey Artús, que me armó caballero, me diera todo este arnés. Y ahora dime de una vez qué se ha hecho de los caballeros que pasaron por aquí y que llevaban a las tres doncellas. ¿Iban al paso o huían?

Y él le dijo:

—Señor, mirad hacia el bosque más alto, que rodea aquella montaña. Allí están los desfiladeros de Valbona.

—Bien, ¿y qué, buen hermano?

—Allí están los labradores de mi madre, que siembran y aran sus tierras. Si estas gentes pasaron por allí y ellos las vieron, os lo dirán.

Le contestan que irán con él, si los guía, a los que rastrillan la avena. El muchacho monta en su corcel y va donde los labradores rastrillaban las tierras aradas en las que habían sembrado la avena. En cuanto vieron a su señor se pusieron a temblar de miedo. ¿Sabéis por qué razón? Porque vieron que con él venían caballeros armados, y sabían bien que si ellos le habían hablado de su oficio y de su condición, él querría ser caballero; y su madre perdería el juicio, pues se quería evitar que viese caballeros y se enterara de su oficio. El muchacho dijo a los boyerizos:

—¿Visteis pasar por aquí a cinco caballeros y tres doncellas?

—En todo el día de hoy no han dejado de ir por estos desfiladeros —contestan los boyerizos.

Y el muchacho dijo al caballero que había hablado tanto con él:

—Señor, los caballeros y las doncellas han pasado por aquí; pero ahora habladme más del rey que hace caballeros y del lugar donde él está con más frecuencia.

—Muchacho —contestó él—, te diré que el rey mora en Carduel. Aún no han pasado cinco días que él residía allí, pues yo estuve y lo vi. Si no lo encuentras allí, ya habrá quien te indique adónde se ha encaminado. [Pero ahora te ruego que me digas con qué nombre debo llamarte.

—Señor —dijo él—, ya os lo diré: yo me llamo «buen hijo».

—¿«Buen hijo»? Me figuro que tienes además otro nombre.

—Señor, a fe mía, me llamo «buen hermano».

—Te creo bien; pero si me quieres decir la verdad, quisiera saber tu nombre verdadero.

—Señor —dijo él—, os lo puedo decir bien, porque mi verdadero nombre es «buen señor».

—¡Válgame Dios!, es un buen nombre. ¿Tienes más?

—No, señor, jamás tuve otro alguno.

—¡Válgame Dios! He oído las cosas más sorprendentes que jamás oí y que nunca pienso oír] [1].

Inmediatamente el caballero se marcha a galope tendido, pues tenía prisa en reunirse con los otros. Y el muchacho no se muestra lento en volver a su morada, donde su madre tenía el corazón doliente y ensombrecido por su tardanza. En cuanto lo ve experimenta gran alegría, y no puede esconderla, porque, como madre que mucho lo quiere, corre hacia él y le llama «¡Buen hijo, buen hijo!», más de cien veces:

—Buen hijo, mi corazón ha estado muy torturado por vuestra tardanza. El dolor me ha afligido tanto, que por poco muero. ¿Dónde habéis estado hoy tanto tiempo?

—¿Dónde, señora? Ya os lo diré sin mentir en

---

[1] Todo lo que va entre paréntesis, que corresponde a los versos 343 a 360, sólo figura en dos manuscritos *(A y L)*.

nada, pues he tenido gran alegría por una cosa que he visto. Madre, ¿no me solíais decir que los ángeles y Dios Nuestro Señor son tan hermosos que jamás naturaleza creó tan hermosas criaturas, ni hay nada tan bello en el mundo?

—Buen hijo, y te lo digo otra vez; te lo digo porque es verdad y te lo repito.

—Callad, madre, ¿acaso no acabo de ver las cosas más hermosas que existen, que van por la Yerma Floresta? Son más hermosos, a lo que imagino, que Dios y todos sus ángeles.

La madre lo toma en sus brazos y le dice:

—Buen hijo, a Dios te encomiendo, pues siento gran temor por ti. Tú has visto, me figuro, a los ángeles de los que la gente se lamenta, que matan todo cuanto alcanzan.

—¡No, madre, no, no es esto! Dicen que se llaman caballeros.

Al oírle pronunciar la palabra caballeros la madre se desmaya; y en cuanto se hubo respuesto, dijo como mujer atribulada:

—¡Ay, desdichada, qué infeliz soy! Dulce buen hijo, quería preservaros de que oyeseis hablar de caballería y de que vieseis a ninguno de éstos. Hubierais sido caballero, buen hijo, si hubiese placido a Nuestro Señor que vuestro padre velara por vos y por vuestros amigos. En todas las ínsulas del mar no hubo caballero de tan algo mérito ni tan temido ni aterrador, buen hijo, como lo fue vuestro padre. Buen hijo, podéis enorgulleceros de que no desmentís en nada su linaje ni el mío, pues yo procedo de los

mejores caballeros de esta comarca. En mis tiempos no hubo linaje mejor que el mío en las ínsulas del mar; pero los mejores han decaído, y se ha visto en muchas ocasiones que las desdichas ocurren a los nobles que se mantienen en gran honor y en dignidad. Maldad, vergüenza y pereza no decaen, pues no pueden, pero a los buenos les toca decaer. Vuestro padre, si no lo sabéis, fue herido en medio de las piernas, de suerte que su cuerpo quedó tullido. Las grandes tierras y los grandes tesoros que como hombre principal tenía, se perdieron completamente, y cayó en gran pobreza. Empobrecidos, desheredados y arruinados fueron injustamente los gentiles hombres después de la muerte de Uterpandragón, que fue rey y padre del buen rey Artús. Las tierras fueron devastadas y los pobres abatidos, y huyó el que pudo huir. Vuestro padre tenía esta morada en esta Yerma Floresta; no pudo huir, pero apresuradamente se hizo traer aquí en una litera, pues no supo otro sitio en que refugiarse. Vos erais pequeño, y teníais dos hermosos hermanos; erais pequeño, un niño de pecho, teníais poco más de dos años. Cuando vuestros dos hermanos fueron mayores, con licencia y consejo de vuestro padre fueron a dos cortes reales para conseguir armas y caballos. El mayor fue al rey Escavalón, y lo sirvió tanto que fue armado caballero; y el otro, que era menor, fue al rey Ban de Gomeret. Ambos muchachos fueron armados caballeros el mismo día, y el mismo día se pusieron en camino para volver a su casa, porque querían darnos una alegría a mí y a su padre, quien ya

no los vio más, pues fueron vencidos por las armas. Por las armas ambos fueron muertos, de lo que yo recibí gran dolor y gran pena. Del mayor llegaron nuevas terribles: los cuervos y las cornejas le reventaron los ojos; así las gentes lo encontraron muerto. Por el dolor del hijo murió el padre, y yo he sufrido vida muy amarga desde que él murió. Vos erais todo el consuelo y todo el bien que yo tenía, pues no me quedaba ninguno de los míos. Dios sólo me había dejado a vos para que estuviera alegre y contenta.

El muchacho escucha muy poco lo que su madre le va diciendo.

—Dadme de comer —dice—; no sé de qué me habláis. Muy gustoso me iría al rey que hace caballeros; y yo iré, pese a quien pese.

La madre lo retiene y lo cuida tanto como le es posible, y le prepara y confecciona una gruesa camisa de cáñamo y bragas a la guisa de Gales, donde se hacen, según creo, bragas y calzas de una pieza, y una cota con capucha, de piel de ciervo, cerrada alrededor. Así lo equipó la madre. Sólo tres días lo retuvo, pues para más no fueron eficaces los halagos. Entonces sintió la madre un extraño dolor; lo besó y abrazó llorando, y le dijo:

—Ahora siento un dolor muy grande, buen hijo, cuando os veo partir. Id a la corte del rey y decidle que os dé armas. No habrá ningún inconveniente, pues bien sé que os las dará. Pero cuando llegue el momento de llevar las armas, ¿qué ocurrirá entonces? ¿Cómo podréis dar cima a lo que jamás hicisteis ni visteis hacer a otros? Realmente, temo que

mal. En todo seréis poco diestro, me parece, porque no es de admirar que no se sepa lo que no se ha aprendido; lo admirable es que no se haya aprendido lo que se ve y oye a menudo. Buen hijo, os quiero dar un consejo que debéis comprender muy bien, y, si os place recordarlo, os podrá llegar gran bien. Hijo, si place a Dios, y yo así lo creo, dentro de poco seréis caballero. Si cerca o lejos encontráis a dama que tenga necesidad de amparo o a doncella desconsolada, prestadles vuestra ayuda, si ellas os la requieren, pues todo el honor radica en ello. Quien no rinde honor a las damas, su honor debe estar muerto. Servid a damas y doncellas, y seréis honrado en todas partes; pero si requerís a alguna, guardaos de enojarla en nada que le desplazca. Mucho consigue de doncella quien la besa; y si os consiente que la beséis, yo os prohibo lo demás, si por mí queréis dejarlo. Y si ella tiene anillo en el dedo o limosnera en su cinturón, y por amor o por ruegos os lo da, me parecerá bueno y gentil que os llevéis su anillo. Os doy permiso para tomar el anillo y la limosnera. Buen hijo, os quiero decir algo más: en camino ni en posada no tengáis por mucho tiempo compañero sin preguntarle su nombre; y sabed, en resolución, que por el nombre se conoce al hombre. Buen hijo, conversad con los prohombres y estad en su compañía; los prohombres no aconsejan mal nunca a los que tienen a su lado. Os ruego, sobre todo, que vayáis a rezar a Nuestro Señor en iglesia y en monasterio, para que os dé honor en

este siglo y os permita comportaros de tal suerte que lleguéis a buen fin.

—Señora —dijo él—, ¿qué es iglesia?

—Hijo, allí donde se hace el servicio de Dios, Aquél que hizo cielo y tierra y puso en ella hombres y mujeres.

—¿Y qué es monasterio?

—Hijo, lo mismo: una casa hermosa y santísima en la que hay cuerpos de santos y tesoros, y allí se sacrifica el cuerpo de Jesucristo, el santo profeta a quien los judíos hicieron tantos denuestos. Fue traicionado y juzgado injustamente, y sufrió angustias de muerte por los hombres y por las mujeres, pues las almas iban al infierno cuando se separaban de los cuerpos, y Él las rescató de allí. Fue atado a un poste, azotado y luego sacrificado, y llevó corona de espinas. Para oír misa y maitines y para adorar a este Señor os aconsejo ir al monasterio.

—Iré, pues, de muy buen grado a las iglesias y a los monasterios —dijo el muchacho— de ahora en adelante. Así os lo prometo.

Entonces ya no se entretiene más; se despide y la madre llora. La silla ya estaba puesta. Iba vestido a la manera y guisa de Gales; llevaba los pies calzados con abarcas, y por todas partes donde iba, solía llevar tres venablos. Quiso hacerlo, pero su madre le hizo dejar dos, para que no pareciera demasiado galés, y, si hubiese podido, gustosamente le hubiera hecho desprenderse de los tres. Llevaba una vara en la mano derecha para fustigar al caballo.

La madre, que tanto lo amaba, llorando lo besa al separarse de él, y ruega a Dios que lo encamine.

—Buen hijo —dijo ella—, Dios os guíe, y dondequiera que vayáis, os dé más gozo que el que me queda.

Cuando el muchacho se hubo alejado la distancia del tiro de una piedra pequeña, volvió la vista y vio a su madre caída en la cabeza del puente; estaba desvanecida como si hubiese caído muerta. Y él fustiga con la vara la grupa del caballo, el cual parte, sin tropezar, y lo lleva al galope por la gran floresta oscura. Y cabalgó desde la mañana hasta que declinó el día. Aquella noche durmió en el bosque hasta que amaneció el claro día.

La doncella de la tienda

Por la mañana, con el canto de los pájaros, se levantó el muchacho, montó y se puso a caminar hasta que vio una tienda levantada en una bella pradera, cerca del arroyo de una fuentecilla. La tienda era maravillosamente hermosa: una mitad era bermeja y la otra bordada de orifrés, y arriba había una águila dorada. El sol, claro y rojizo, daba en el águila, y relucían todos los prados por el resplandor de la tienda. Alrededor de la tienda, que era la más hermosa del mundo, había cabañas de ramos y hojas y se habían levantado chozas galesas. El muchacho fue hacia la tienda, y se dijo antes de llegar a ella:

—Dios, ahora veo vuestra casa. Obraría con menosprecio si no os fuera a adorar. Realmente tuvo razón mi madre al decirme que monasterio era la cosa más hermosa que existe; y añadió que, siempre que encontrara un monasterio, entrara para adorar al Creador en quien creo. Con fe le iré a pedir que me dé hoy qué comer, que lo necesitaré mucho.

Luego va a la tienda, que encuentra abierta, y ve en medio una cama cubierta con una colcha de seda; y en la cama estaba acostada, sola, una doncellita que dormía. Su acompañamiento estaba en el bosque, adonde habían ido sus doncellas a coger florecillas frescas con las que querían alfombrar la tienda, como solían hacerlo.

Cuando el muchacho entró en la tienda, su caballo resopló tan fuerte que la doncella lo oyó, y se despertó estremecida. Y el muchacho, que era simple, le dijo:

—Doncella, os saludo como mi madre me enseñó a hacerlo. Mi madre me aconsejó y recomendó que saludara a las doncellas en cualquier lugar que las encontrara.

La doncella tiembla de miedo por el muchacho, que le parece necio, y se tiene por loca probada porque la ha encontrado sola.

—Muchacho —dice ella—, sigue tu camino. Huye, antes de que mi amigo te vea.

—Antes os besaré, por mi cabeza —dice el muchacho—, pese a quien pese, pues mi madre me lo recomendó.

—Yo no te besaré —dijo la doncella—, si puedo evitarlo. Huye, que mi amigo no te encuentre aquí, porque si no eres muerto.

El muchacho, que tenía los brazos fuertes, la abrazó muy simplemente, pues no supo hacerlo de otro modo. La puso debajo de él toda extendida, y ella se defendió mucho y se revolvió cuanto pudo; pero no le sirvió de nada, pues el muchacho violentamente, tanto si ella lo quería como si no, la besó siete veces, según dice el cuento, hasta que vio en su dedo un anillo con una esmeralda muy clara.

—También me dijo mi madre —añadió él—, que tomara el anillo de vuestro dedo, y que no os hiciera nada más. ¡Venga el anillo, que lo quiero!

—En modo alguno tendrás mi anillo —dijo la doncella—, sábelo bien, si no me lo arrancas por fuerza del dedo.

El muchacho le coge la mano, a la fuerza le extiende el dedo, le quita el anillo y se lo pone en el suyo, y dice:

—Doncella, pasadlo bien. Ahora me marcharé bien pagado, y es mucho mejor besaros a vos que a cualquiera de las camareras de casa de mi madre, pues no tenéis la boca amarga.

Y ella llora y dice:

—Muchacho, no te lleves mi anillito. Por ello yo sería maltratada y tú, tarde o temprano, perderías la vida, te lo aseguro.

Al muchacho no le llega al corazón nada de lo que oye; pero como estaba en ayunas se moría penosamente de hambre. Encuentra una tinaja llena

de vino y a su lado un vaso de plata, y ve sobre una gavilla de junco una servilleta blanca y nueva. La levanta y debajo encuentra tres buenos pasteles de corzo tierno, y no le desagrada tal manjar. Por el hambre que fuertemente le angustia parte uno de los pasteles y se lo come con gran apetito, y en la copa de plata vierte vino, que no era malo, y se lo bebe con frecuentes y largos tragos; y dice:

—Doncella, estos pasteles no serán hoy consumidos por mí. Venid a comer, que son muy buenos. Cada uno tendrá bastante con el suyo, y aún sobrará uno entero.

Entretanto ella llora, y por mucho que él la ruegue y exhorte, no le responde ni una palabra, sino que llora más todavía y se retuerce las manos con mucha dureza. Él comió tanto como le plugo, bebió hasta que tuvo bastante, tapó lo que sobraba y se despidió inmediatamente, encomendando a Dios a aquella a quien no gustó su saludo:

—Dios os guarde —dijo—, hermosa amiga; pero, por Dios, no os pese que me lleve vuestro anillo, pues antes de que yo muera de muerte os lo recompensaré. Me voy con vuestra licencia.

Y ella llora y dice que no lo encomendará a Dios, pues por su culpa tendrá más vergüenza y más desdicha que jamás tuvo ninguna desgraciada, y mientras viva no tendrá socorro ni ayuda; que sepa bien que la ha traicionado.

Ella se quedó así llorando, y no pasó mucho que su amigo volvió del bosque; vio las huellas del mu-

chacho, que seguía su camino, y ello le indignó. Al encontrar llorando a su amiga, le dijo.

—Señora; creo, por las señales que veo, que aquí ha estado un caballero.

—No, señor, os lo aseguro; ha estado un muchacho galés, irritante, villano y tonto, que ha bebido tanto vino vuestro como le ha placido y le ha parecido bien, y ha comido de vuestros tres pasteles.

—¿Y por esto lloráis, hermosa? Quisiera que se lo hubiese bebido y comido todo.

—Hay algo más, señor —dijo ella—. Está en juego mi anillo, que me lo ha quitado y se lo lleva. Preferiría estar muerta a que se lo hubiese llevado así.

He aquí que él se turba y se le angustia el corazón, y dice:

—Por mi fe, esto es un ultraje. Desde el momento que se lo lleva, que se lo quede. Pero creo que habrá hecho algo más. Si hubo algo más, no lo escondáis.

—Señor —dijo ella—, me besó.

—¿Os besó?

—De veras, ya os lo digo. Pero fue contra mi voluntad.

—Al contrario: os gustó y os plugo; no encontró en ello oposición alguna —contesta aquel a quien los celos torturan—. ¿Os figuráis que no os conozco? Sí, cierto; os conozco bien. No soy tan tuerto ni tan bizco que no vea vuestra falsedad. Habéis entrado en mal camino, habéis entrado en mala desdicha: vuestro caballo no comerá avena ni será sangrado hasta que yo me haya vengado. Y cuando pierda las herraduras, no volverá a ser herrado;

y si muere, me seguiréis a pie. Jamás se cambiarán las ropas con que vais vestida, y me seguiréis a pie y desnuda hasta que le haya cortado la cabeza. Ésta será mi justicia.

Y entonces se sentó y comió.

EN LA CORTE DEL REY ARTÚS

El muchacho cabalgó hasta que vio venir a un carbonero, que llevaba un asno delante, y le dijo:

—Campesino que llevas un asno delante, enséñame el camino más recto para ir a Carduel. Quiero ver al rey Artús, que dicen que allí hace caballeros.

—Muchacho —le responde— en esta dirección hay un castillo edificado al lado del mar. Si tú vas a este castillo, dulce buen amigo, encontrarás al rey Artús alegre y triste.

—Ahora satisfarás mi deseo diciéndome por qué el rey tiene alegría y tristeza.

—Te lo diré en seguida —le contesta—. El rey Artús, con toda su hueste, ha luchado con el rey Rión. El rey de las ínsulas ha sido vencido, y por esto el rey Artús está alegre; pero está enfadado con sus compañeros que se han marchado a sus castillos, donde viven más holgadamente, y no sabe qué es de ellos; y ésta es la tristeza que tiene el rey.

El muchacho no aprecia en un ardite las nuevas que le da el carbonero, y se pone en camino hacia la dirección que le indicó, hasta que al lado del mar vio un castillo muy bien situado, fuerte y hermoso.

Y ve salir por la puerta a un caballero armado que llevaba una copa de oro en la mano; con la izquierda sujetaba la lanza, el freno y el escudo, y en la derecha llevaba la copa de oro. Y le sentaban muy bien las armas, que todas eran bermejas. El muchacho vio aquellas armas tan bellas, que eran muy nuevas, le gustaron y se dijo:

—A fe mía, se las pediré al rey; si me las da, me irán muy bien, y maldito sea quien busque otras.

Corre hacia el castillo, pues está impaciente por llegar a la corte; pero cuando pasó al lado del caballero, éste lo retuvo un momento y le preguntó:

—¿Adónde vas, muchacho? Dímelo.

—Voy a la corte —respondió— para pedirle al rey estas armas.

—Muchacho —dijo el caballero—, harás muy bien; ve, pues, en seguida, y vuelve. Y dirás al malvado rey que si quiere tener su tierra sujeta a mi señorío, que me la entregue, o que envíe quien la defienda contra mí, que afirmo que es mía. Y te creerá cuando le digas que hace poco le quité esta copa que llevo con todo el vino que bebía.

Que se busque otro mensajero, porque éste no ha entendido ni una palabra. No ha parado hasta la corte, donde el rey y los caballeros estaban sentados para comer. La sala estaba a ras de tierra, pavimentada, y era tan larga como ancha, y el muchacho entró en ella a caballo. El rey Artús estaba sentado pensativo a la cabecera de la mesa, y todos los caballeros reían y bromeaban unos con otros, salvo él, que estaba pensativo y mudo. El mucha-

cho se adelanta sin saber a quién saludar, porque no conoce al rey, y hacia él va Yonet, que llevaba un cuchillo en la mano, al que dice:

—Vasallo, tú que vienes hacia aquí y llevas un cuchillo en la mano, enséñame quién es el rey.

Yonet, que era muy cortés, le contesta:

—Amigo, vedlo allí.

Y él en seguida fue hacia él y lo saludó como supo. El rey, pensativo, no le dijo palabra, y él otra vez lo interpeló; el rey sigue muy pensativo y no pronuncia palabra.

—A fe mía —dijo el muchacho entonces—, este rey no hizo jamás ningún caballero. ¿Cómo podría hacer caballeros si no se le puede sacar ni una palabra?

Entonces se dispone a marcharse y hace dar la vuelta a la cabeza de su corcel; pero, a guisa de hombre de poco juicio, tan cerca del rey lo había conducido, que adelante de él, y ello no es fábula, le tiró sobre la mesa un sombrero de fieltro que llevaba. El rey vuelve hacia el muchacho la cabeza, que tenía inclinada, y abandonando toda su preocupación, le dice:

—Buen hermano, sed bien venido. Os ruego que no llevéis a mal que no haya respondido a vuestro saludo; no os pude responder por pesadumbre; pues el peor enemigo que tengo, quien más me odia y más me consterna, ha venido a disputarme mi tierra; y es tan necio que dice que, quiéralo o no, la poseerá toda libremente. Se llama el Caballero Bermejo de la Floresta de Quinqueroi. La reina había

venido a sentarse aquí, delante de mí, para consolar y ver a los caballeros que están heridos. No me hubiera indignado mucho el caballero con cuanto dijo, pero adelante de mí cogió mi copa y la levantó tan neciamente que derramó sobre la reina todo el vino que contenía. Fue ello un denuesto tan feo y tan vil que la reina, inflamada de cólera y de indignación, se ha encerrado en su cámara, donde se muere; y no creo, Dios me asista, que salga viva de ello.

Al muchacho no le importa un comino lo que el rey le dice y le cuenta, ni su dolor ni su afrenta, y tanto le da de su mujer. Dice:

—Hacedme caballero, señor rey, que me quiero marchar.

Claros y rientes estaban los ojos en la faz del muchacho salvaje. Al contemplarlo nadie lo podía tener por sensato, pero todos los que lo veían lo consideraban hermoso y gallardo.

—Amigo —dijo el rey—, desmontad y dad vuestro corcel a un paje, que lo guardará y hará vuestro gusto. Dentro de poco seréis caballero, para honor mío y provecho vuestro.

Y el muchacho le contesta:

—No iban desmontados aquellos que encontré en la landa, y vos queréis que yo desmonte. No desmontaré, por mi cabeza. Pero apresuraos, que me tengo que ir.

—¡Ah! —dijo el rey—, buen amigo amable, lo haré muy de grado para vuestro provecho y para mi honor.

—Por la fe que debo al Creador —dijo el muchacho—, buen señor rey, en mis días seré caballero si no soy caballero bermejo. Dadme las armas de aquel que se lleva vuestra copa de oro, al que encontré delante de la puerta.

El senescal, que estaba herido, y que se había enojado por lo que había oído, dijo:

—Amigo, estáis en lo justo. Id ahora mismo a quitarle las armas porque vuestras son. No procedisteis como tonto cuando vinisteis aquí en busca de esto.

El rey, al oírlo, se indignó, y dijo a Keu:

—Muy injustamente os burláis de este muchacho; ello es una gran tacha en un prohombre. Porque si el muchacho es simple, ello puede deberse, si es noble, a su educación, a que haya tenido un mal maestro, y aún puede llegar a ser un digno vasallo. Es villanía burlarse de otro y prometer sin dar. El prohombre no debe ponerse a prometer a otro nada que no pueda o no quiera darle, pues se ganaría la mala voluntad de quien, sin prometerle nada, es su amigo; y desde que se lo ha prometido, aspira a tener la promesa. Sabed, por lo tanto, que es preferible negar una cosa que hacerla esperar en vano. A decir verdad, de sí mismo se burla y a sí mismo engaña quien hace una promesa y no la cumple, y se enajena el corazón de su amigo.

Así hablaba el rey a Keu; y el muchacho, que se marchaba, ve a una doncella, hermosa y gentil, y la saluda, y ella a él, y le sonríe, y sonriendo dice lo siguiente:

—Muchacho, si vives largo tiempo, pienso y creo en el interior de mi corazón que en todo el mundo no existirá, ni habrá, ni se conocerá mejor caballero que tú; así lo pienso, lo estimo y lo creo.

Y la doncella no había sonreído desde hacía más de seis años, y lo dijo tan alto que todos lo oyeron. Y Keu, a quien tales palabras enojaron mucho, saltó y con la palma le dio un bofetón tan rudo en la tierna cara, que la hizo caer al suelo. Al volver de abofetear a la doncella encontró, junto a una chimenea, a un bufón, y con indignación y cólera, lo echó de un puntapié en el fuego ardiente, ya que este bufón solía decir: «Esta doncella no sonreirá hasta que vea a aquel que alcanzará todo el señorío de la caballería.»

Y así, mientras él grita y ella llora, el muchacho no se entretiene y se marcha, sin consejo de nadie, tras el Caballero Bermejo.

LUCHA CON EL CABALLERO BERMEJO

Yonet, que conocía los mejores senderos y que gustosamente llevaba nuevas a la corte, se va solo por un jardín que había al lado de la sala y sale por una poterna hasta que llegó derechamente al camino en el que el caballero esperaba caballería y aventura.

El muchacho llegó hacia él con gran prisa para quitarle sus armas; y el caballero, por la espera, había dejado la copa de oro en una grada de roca

granítica. Cuando se hubo acercado lo suficiente para que pudieran oírse, el muchacho le gritó:

—Dejad vuestras armas. Ya no las llevaréis más, porque el rey Artús os lo manda.

Y el caballero le pregunta:

—Muchacho, ¿osa alguien venir aquí para mantener el derecho del rey? Si viene alguien, no me lo escondas.

—¡Cómo, diablo! ¿Os estáis burlando de mí, señor caballero, que todavía no os habéis quitado mis armas? Quitáoslas, os lo mando.

—Muchacho —contesta él—, yo te pregunto si viene alguien de parte del rey que quiera combatir conmigo.

—Señor caballero, quitaos en seguida las armas, que no tenga que ser yo quien os las quite, pues no tolero que las tengáis más. Sabed que os atacaré si me hacéis hablar más.

Entonces el caballero se irritó; levantó con las dos manos la lanza y, por la punta que no tenía hierro, le dio tal golpe en lo ancho de la espalda, que lo hizo agacharse hasta el cuello del caballo. El muchacho se encolerizó al sentirse herido por el golpe que había recibido; apunta lo mejor que sabe al ojo del caballero y le tira el venablo que, sin él advertirlo ni oírlo, por en medio del ojo le atravesó hasta el cerebro, de modo que por la nuca se le derramaron la sangre y los sesos. Por el dolor le falta el corazón, se inclina y cae largo al suelo.

El muchacho desmonta, deja la lanza a un lado y le quita el escudo del cuello, pero no sabe cómo

arreglárselas con el yelmo que lleva en la cabeza, pues ignora cómo separarlo. Tiene ganas de desceñirle la espada, pero no sabe cómo hacerlo ni puede sacarla de la vaina, y la coge, sacude y estira.

Yonet, al verlo en tales apuros, se pone a reír y le dice:

—¿Qué es esto, amigo? ¿Qué hacéis?

—No lo sé. Me figuraba que vuestro rey me había dado estas armas, pero antes conseguiré descuartizar al muerto para hacer chuletas, que llevarme una de sus armas, pues están tan pegadas al cuerpo y lo de dentro está tan unido a lo de fuera, que me parece que son todo uno.

—No os preocupéis de nada, que yo las separaré muy bien, si queréis —dijo Yonet.

—Hacedlo pronto, pues —contestó el muchacho—, y dádmelas inmediatamente.

Yonet se pone manos a la obra, y lo descalza hasta el artejo; no ha dejado en el cuerpo loriga ni greba, ni yelmo en la cabeza, ni ninguna otra armadura.

Pero el muchacho no quiere quitarse su vestido, ni, por mucho que Yonet se lo diga, ponerse una cómoda cota de tela de seda afelpada que debajo de la loriga vestía el caballero cuando estaba vivo. Ni logra que se quite las abarcas que calza. Replica:

—¡Diablo! ¿Qué broma es ésta? ¿Cambiaría mis buenos vestidos, que mi madre me hizo el otro día, por los de este caballero? ¿Mi gruesa camisa de cáñamo por la suya, que es sutil y delicada? ¿Querríais que cambiara mi pellizón, que no traspasa el

agua, por éste, que no soportaría ni una gota? Maldito sea el pescuezo de quien, ahora y siempre, cambie sus buenos vestidos por otros malos.

Dura tarea es instruir a un necio. Por ruegos que se le hagan, sólo quiere quedarse con las armas. Yonet le ata las grebas y, debajo, sobre las abarcas le calza las espuelas; luego le viste la loriga, que era tal que nunca hubo otra mejor, y sobre la cofia le coloca el yelmo, que le sentó muy bien, y le enseña a ceñir la espada holgada y colgante, y luego le pone el pie en el estribo y le hace montar en el corcel. Jamás había visto estribos, y en cuanto a espuelas sólo conocía el látigo y la vara. Yonet le trae el escudo y la lanza y se los da, y, antes de que se vaya, el muchacho le dice:

—Amigo, tomad mi corcel y lleváoslo, es muy bueno, y os lo doy porque ya no lo necesito más. Llevad al rey su copa y saludadlo de mi parte; y decid a la doncella que Keu pegó en la mejilla, que si puedo, antes de que muera, pienso zurrar a aquél la badana de tal modo que ella se considerará vengada.

Él contesta que devolverá al rey su copa y transmitirá el mensaje a fuer de entendido. Y así se separan y se van cada uno por su lado.

Yonet entra por la puerta de la sala donde están los barones, entrega al rey su copa y le dice:

—Señor, alegraos, que el caballero vuestro que estuvo aquí os desvuelve vuestra copa.

—¿De qué caballero me hablas?

Responde Yonet:

—De aquel que hace un momento salió de aquí.

—¿Te refieres al muchacho galés —dice el rey— que me pidió las armas teñidas de sinople de aquel caballero que me ha hecho tantos denuestos como ha podido?

—A él me refiero, señor, verdaderamente.

—¿Y cómo consiguió mi copa? ¿Lo ama y lo aprecia tanto que amablemente se la ha dado?

—Al contrario, el muchacho se la ha hecho pagar tan cara que lo ha muerto.

—¿Y cómo fue esto, buen amigo?

—Señor, no lo sé; pero vi que el caballero lo golpeó con la lanza, y ello le enojó mucho; y el muchacho a su vez le dio con un venablo en la visera, de modo que le hizo salir la sangre por detrás y se le derramó el cerebro, y dio con él en tierra.

Entonces dijo el rey al senescal:

—¡Ah, Keu, qué mal habéis obrado hoy! Por culpa de vuestra injuriosa lengua, que ha proferido tantas inconveniencias, me habéis arrebatado al muchacho que hoy tanto me ha ayudado.

—Señor —dijo Yonet al rey—, por mi cabeza: él manda decir por mí a la doncella de la reina que Keu golpeó por despecho y por aversión y odio a él, que la vengará, si encuentra ocasión para ello.

Cuando el bufón, que estaba sentado al lado del fuego, oyó estas palabras, se puso en pie y muy contento fue ante el rey, con tanta alegría que saltaba y brincaba, y dijo:

—Señor rey, así Dios me salve, ahora se acercan nuestras aventuras. Con frecuencia las veréis dolo-

rosas y duras. Y yo os pronostico que Keu puede estar seguro de que en mala hora vio sus pies y sus manos y su lengua necia y villana, pues antes de que transcurra una quincena, el caballero habrá vengado el puntapié que me dio, y será bien devuelta, y comprada y pagada cara, la bofetada que dio a la doncella, porque le quebrará el brazo derecho entre el codo y el sobaco. Medio año lo llevará colgado del cuello, muy justamente, y es tan cierto que obrará así como que ha de morir.

Tanto escocieron estas palabras a Keu que por poco revienta de indignación y de cólera, y a punto estuvo de maltratarlo delante de todos hasta matarlo. Pero no lo acometió porque ello hubiera desagradado al rey, el cual dijo:

—¡Ay, ay, Keu, cuánto me habéis enojado hoy! Si alguien hubiera dirigido y adiestrado en las armas al muchacho, de modo que hubiese aprendido un poco a servirse del escudo y de la lanza, hubiera sido, sin duda alguna, un buen caballero; pero no sabe de armas, ni de ninguna otra cosa, ni poco ni mucho; ni siquiera sabrá desenvainar la espada si lo precisa. Ahora va armado en su caballo, y se encontrará a algún vasallo que, para quedarse con su montura, no dudará en lisiarlo. Pronto lo matará o lo lisiará, pues no sabrá defenderse, de tan simple y bruto como es, y fácilmente perderá la partida.

Así el rey lamenta y deplora al muchacho y tiene el rostro entristecido. Pero como no puede y reparar nada, deja de seguir hablando.

Con Gornemant de Goort

Y el muchacho sin demora va cabalgando por la floresta, hasta que llega a una tierra llana por la que discurre un río que, en sus partes más anchas, tiene un tiro de ballesta, y en su recto lecho se había acumulado toda el agua. Atraviesa toda una pradera hacia el gran río, que resuena, pero no entró en el agua porque la vio muy veloz y negra y más profunda que la del Loira; y sigue a lo largo de la orilla, cerca de una gran roca viva, sobre la cual, en una pendiente que iba bajando hacia el mar, había un castillo muy rico y fuerte. Cuando el río llegaba a la desembocadura, el muchacho se volvió hacia la izquierda y vio nacer las torres del castillo, pues le pareció que nacían y que surgían de la roca. En medio del castillo se erguía una torre fuerte y grande, y, frente a la bahía, una poderosa barbacana que combatía con el mar y el mar la batía al pie.

En las cuatro paredes del muro, cuyos sillares eran duros, había cuatro bajas torrecillas que eran muy fuertes y bellas. El castillo estaba muy bien situado y bien dispuesto en su interior. Frente a la redonda barbacana había un puente de piedra, arena y cal tendido sobre el agua. Era fuerte y alto y flanqueado por almenas. En medio del puente había un torre, y delante un puente levadizo, que estaba hecho y establecido para lo que justamente le compete: de día era puente y de noche puerta.

El muchacho se encamina hacia el puente, por el que se iba solazando un prohombre vestido de ropas de púrpura. He aquí a aquel que venía hacia el puente. Para mostrar autoridad, el prohombre llevaba un bastoncillo en la mano, y detrás de él iban dos pajes a cuerpo. El muchacho recordaba bien lo que su madre le había enseñado, pues le saludó y le dijo:

—Señor, esto me enseñó mi madre.

—Dios te bendiga, buen hermano —contestó el prohombre, que al hablar conoció que era simple y tonto—. Buen hermano, ¿de dónde vienes?

—¿De dónde? De la corte del rey Artús.

—¿Y qué hacías?

—El rey, que buena ventura haya, me ha hecho caballero.

—¡Caballero! ¡Dios me asista! No me figuraba que ahora, precisamente, se acordara de esto; me imaginaba que le preocupaban cosas muy distintas a hacer caballeros. Dime, amable hermano, ¿quién te dio estas armas?

—El rey me las dio —contesta.

—¿Te las dios? ¿Cómo?

Y él le cuenta lo que ya habéis oído en el cuento. Si lo contara yo otra vez sería enojoso y aburrido, y con ello ningún cuento gana nada.

Y el prohombre le pregunta qué sabe hacer con el caballo.

—Lo hago correr arriba y abajo, como hacía con el corcel que tenía antes, que traje de casa de mi madre.

—Decidme también, buen amigo, ¿qué sabéis hacer con vuestras armas?

—Me las sé poner y quitar, del modo como me armó con ellas el paje que delante de mí desarmó al caballero que maté; y las llevo con tanta ligereza que no me pesan nada.

—A fe mía —dijo el prohombre—, lo apruebo y me agrada. Pero decidme, si no os molesta, ¿qué os trae por aquí?

—Señor, mi madre me enseñó que me acercara a los prohombres dondequiera que los encontrara, y que creyera lo que me dijeran, pues provecho ganan los que los escuchan.

Y el prohombre responde:

—Buen hermano, bendita sea vuestra madre, que tan bien os aconsejó. Pero, ¿queréis decirme algo más?

—Sí.

—¿Qué?

—Una cosa solamente: que me alberguéis hoy.

—Con mucho gusto —dice el prohombre—, pero a condición de que me otorguéis un don del que veréis seguirse gran beneficio.

—¿Cuál? —dice él.

—Que seguiréis los consejos de vuestra madre y míos.

—Por mi fe, lo otorgo —dijo él.

—Pues desmontad.

Y él desmonta. Uno de los dos pajes que habían acudido toma su caballo, y el otro lo desarmó, y así quedó en su rústico vestido, con las abarcas y la

cota de ciervo, mal hecha y mal cortada, que le había dado su madre. El prohombre se hizo calzar las espuelas de cortante acero que el paje había traído, monta en su caballo, se cuelga al cuello el escudo por el tiracol, toma la lanza y dice:

—Amigo, aprended ahora a manejar las armas, y fijaos bien cómo se debe llevar la lanza y aguijar y retener el caballo.

Luego despliega la enseña y le muestra y le enseña cómo se debe coger el escudo. Lo echa un poco hacia adelante, para que alcance el cuello del caballo, afirma la lanza en el borrén y aguija el caballo, que valía cien marcos y que corría más a gusto, más rápidamente y con más vigor que ninguno.

El prohombre, que sabía mucho de escudos, de caballos y de lanzas, pues lo había aprendido en su niñez, plugo mucho al muchacho, que se fijó en todo lo que hizo. Cuando hubo hecho toda la muestra, bien y gallardamente, ante el muchacho, que había estado muy atento, vuelve con la lanza erguida y le pregunta:

—Amigo, ¿sabríais manejar así la lanza y el escudo, y aguijar y conducir el caballo?

Y él responde decididamente que no querría vivir ni un solo día más, ni poseer hacienda, hasta saberlo hacer así.

—Lo que no se sabe se puede aprender, si uno pone en ello afán y entendimiento, amable amigo —dice el prohombre—. En todo oficio conviene tener corazón, trabajo y costumbre, y con estos tres medios se llega a conocerlo, y como vos jamás

lo hicisteis ni lo visteis hacer a nadie, no merecéis desprecio ni censura por no saber hacerlo.

Luego el prohombre lo hizo montar, y él empezó a llevar tan diestramente la lanza y el escudo como si siempre hubiese vivido entre torneos y guerras y hubiese recorrido todas las tierras en demanda de batallas y aventuras; pues le venía de naturaleza, y cuando la naturaleza lo enseña y se pone en ello todo el corazón, nada puede haber arduo para el esfuerzo de la naturaleza y del corazón. En todo se desenvolvía tan bien, que el prohombre estaba muy complacido y se decía en su interior que si toda su vida se hubiera aplicado y ocupado en las armas, no lo habría aprendido tan bien. Cuando el muchacho acabó su carrera, regresa hacia el prohombre con la lanza erguida, como le había visto hacer, y le dice:

—Señor, ¿lo he hecho bien? ¿Creéis que me convendrá más esfuerzo, si quiero hacerlo? Jamás vieron mis ojos nada que tanto anhelase; pero quisiera saber tanto como sabéis vos.

—Amigo —contesta el prohombre—, si ponéis vuestro corazón en ello, lo conseguiréis; no debéis inquietaros en modo alguno.

Tres veces el prohombre montó, y tres veces le enseñó cuanto pudo enseñarle en materia de armas, y tres veces lo hizo montar. La última le dijo:

—Amigo, si encontrarais a un caballero que os atacara, ¿qué haríais?

—Lo atacaría a mi vez.

—¿Y si vuestra lanza se rompía?

—Después de esto no quedaría más remedio que acometerle a puñetazos.

—Amigo, no hagáis esto.

—¿Qué haré, pues?

—Debes obligarle a esgrimir la espada.

Entonces, al prohombre que tanto desea enseñarle armas e instruirle de modo que sepa bien defenderse con la espada, si se le obliga a ello, y atacar, cuando se presente la ocasión, hinca en el suelo la lanza muy derecha, y luego echa mano a la espada y dice:

—Amigo, de este modo os defenderéis si se os ataca.

—En esto, Dios me valga —contesta—, nadie sabe tanto como yo, pues me ejercité con las almohadillas y los paveses de casa de mi madre, hasta el punto de fatigarme en algunas ocasiones.

—Así, pues, vayamos a casa, porque ya no sé qué más enseñaros —dice el prohombre—, y esta noche, pese a quien pese, San Julián nos dará buen albergue[1].

Y así se van, uno al lado del otro, y el muchacho dice a su huésped:

—Señor, mi madre me recomendó que supiera el nombre de todo aquel con quien fuera o con quien hiciese larga compañía. Y si lo que me recomendó es sensato, quiero saber vuestro nombre.

—Amable amigo —dice el prohombre—, yo me llamo Gornemant de Goort.

---

[1] San Julián es el patrón de la hospitalidad.

Así, uno al lado del otro, llegaron al castillo. Al principio de la escalinata se les acercó un agradable paje que llevaba un manto corto con el que corrió a abrigar al muchacho para que, después del calor, el frío no le hiciera daño. El prohombre tenía ricas estancias, hermosas y grandes, y buenos servidores; y la comida, buena, agradable y bien preparada, estaba dispuesta. Una vez los hubieron lavado, los caballeros se sentaron a la mesa, y el prohombre hizo sentar a su lado al muchacho y comer con él en la misma escudilla. No es preciso que haga relación de cuántos manjares hubo ni de su calidad, pues comieron y bebieron lo suficiente, y ya no hablo más de la comida.

Cuando se hubieron levantado de la mesa, el prohombre, que era muy cortés, rogó al muchacho que había estado sentado a su lado que se quedara un mes; de buen grado lo retendría, si quisiera, un año entero, y mientras tanto le enseñaría, si le parecía bien, cosas que le serían útiles en una necesidad. Y el muchacho le contestó:

—Señor, no sé si estoy cerca de la morada donde mi madre vive, pero pido a Dios que me conduzca a ella para que aún la pueda ver, pues la vi caer desmayada al pie del puente, delante de la puerta, y no sé si está viva o muerta. Sé bien que cayó desmayada por el dolor que le produje cuando la dejé; y por esta razón no es posible que me ausente mucho hasta saber su estado. Me iré mañana al amanecer.

El prohombre ve que de nada sirve insistir. No dice nada más, y sin otro departir se van a acostar,

pues las camas estaban ya hechas. El prohombre se levantó de mañana y fue a la cama del muchacho, al que encontró acostado, y le hizo llevar, en calidad de regalo, camisa y bragas de cendal, calzas teñidas de brasil y cota de tela de seda índiga, que es un tejido que se hace en la India. Se lo envió para que se vistiera con ello, y le dijo:

—Amigo, si me creéis, os vestiréis estas ropas que veis aquí.

Y el muchacho respondió:

—Buen señor, por mucho que me dijerais, ¿acaso las ropas que me hizo mi madre no valen más que éstas? ¿Y queréis que me las ponga?

—Muchacho, por mi cabeza y por la fe que debo a mis ojos, éstas valen mucho más.

Replicó el muchacho:

—Valen menos.

—Vos me dijisteis, buen amigo, cuando os traje aquí dentro, que obedeceríais todos mis mandatos.

—Y así lo haré —dijo el muchacho—, y no os decepcionaré en nada.

Se apresura a ponerse las ropas y deja las de su madre. Y el prohombre se agacha y le calza la espuela derecha, pues era costumbre que el que hacía caballero a otro le debía calzar la espuela. Había otros muchos muchachos, y todos los que pueden acercarse quieren intervenir en armarlo. El prohombre cogió la espada, se la ciñó y lo besó y le dijo que, con la espada, le había dado la más alta orden que Dios haya hecho e instaurado: es la orden de caballería, que debe ser sin villanía. Y añade:

—Buen hermano, si ocurre que os veais precisado a combatir con algún caballero, acordaos de lo que ahora os quiero decir y rogar: si vos lo vencéis, de modo que él ya no pueda defenderse de vos ni oponérseos y se vea obligado a ponerse en vuestra merced, pensad en tenerle merced y a pesar de ello no lo matéis. No os agrade hablar demasiado: si uno es demasiado hablador a veces dice cosas que se le consideran necedades, pues el sabio dice y repite: «Quien habla demasiado, se daña a sí mismo.» Por esto os aconsejo, buen amigo, que no habléis demasiado. También os ruego que si encontráis a hombre o a mujer, sea huérfano o sea dama, faltos de consejo, aconsejadles, y haréis un bien si sabéis aconsejarlos y si tenéis autoridad para ello. Os recomiendo otra cosa que no debéis desdeñar, porque no debe ser desdeñada: id de grado al monasterio para pedir a Aquel que todo lo ha hecho que tenga piedad de vuestra alma y que en este siglo terreno os guarde como cristiano suyo.

El muchacho dijo al prohombre:

—Por todos los apóstoles de Roma seáis bendecido, buen señor, pues lo mismo oí decir a mi madre.

—No digáis nunca, buen hermano —añade el prohombre—, que vuestra madre os haya enseñado nada, sino decid que he sido yo. Sabed que no se os reprocha por haberlo dicho hasta ahora, pero en adelante, por favor, os ruego que os enmendéis, pues si lo seguís diciendo se os considerará necedad. Guardaos, pues, os lo ruego.

—¿Cómo diré, pues, dulce señor?

—Podréis decir que os aleccionó y os lo enseñó el vavasor[1] que os calzó la espuela.

Y él le da palabra de que puede estar seguro de que, mientras viva, sólo hablará de él, pues le parece que es muy acertado que él le instruya.

Entonces el prohombre lo bendice con su mano levantada en alto, y le dice:

—Puesto que quieres marcharte, ve con Dios y que Él te guíe, ya que te intranquiliza quedarte aquí.

En Belrepeire

El novel caballero se separa de su huésped, pues tiene mucha prisa en llegar a ver a su madre y encontrarla viva y sana. Se interna por florestas solitarias, pues en ellas se encuentra mejor que en la tierra llana, porque estaba acostumbrado a los bosques, y cabalga hasta que ve un castillo fuerte y bien situado; fuera de los muros no había nada, salvo mar, agua y tierra yerma. Se apresura a encaminarse hacia el castillo hasta que llega a la puerta, pero antes de alcanzarla, tuvo que pasar por un puente tan débil que duda que pueda sostenerlo. El muchacho sube al puentecillo y lo cruza sin que le ocurra daño, vergüenza ni inconveniente alguno. Cuando llegó ante la puerta la encontró cerrada con llave; y la golpea no suavemente y grita no de-

[1] Los *vavasores* eran gente de la pequeña nobleza, especie de hidalgos, que aparecen con frecuencia en las novelas caballerescas francesas, por lo general alejados de la corte y residiendo en castillos.

masiado bajo. Tanto llamó que al punto se acercó a las ventanas de la sala una doncella flaca y pálida, que dijo:

—¿Quién llama?

Él miró hacia la doncella, la vio y dijo:

—Buena amiga, soy un caballero que os ruega que me hagáis entrar aquí dentro y albergarme esta noche.

—Señor —contesta ella—, lo conseguiréis, pero me lo agradeceréis poco; no obstante os albergaremos lo mejor que podamos.

La doncella se retira, y él, que espera ante la puerta y teme que le hagan estar allí demasiado, se pone a llamar de nuevo. Y en seguida llegaron cuatro servidores con hachas, cada uno de los cuales ceñía una buena espada, que abrieron la puerta y le dijeron:

—Entrad.

Si los servidores hubiesen disfrutado de prosperidad, hubieran sido muy gentiles; pero habían padecido tanta miseria, entre ayunos y vigilias, que uno se quedaba asombrado; y si el muchacho había encontrado que por fuera la tierra estaba desnuda y desierta, muy poco encontró dentro, pues por dondequiera que iba hallaba deshechas las calles y veía las casas arruinadas, sin que las habitara hombre ni mujer. Había en la villa[1] dos monasterios, que

[1] Aquí, como en algún otro episodio de la novela, *castillo* tiene el valor de «villa fortificada», o sea un núcleo urbano amurallado, en cuyo interior está la residencia del señor, a la que a veces también se da el nombre de castillo.

habían sido dos abadías: la una de monjas aterrorizadas y la otra de monjes desamparados. En modo alguno encontró bien adornados ni paramentados aquellos monasterios, antes bien vio reventados y hendidos sus muros y las torres desmochadas. Las casas estaban abiertas tanto de día como de noche. En ningún lugar de todo el castillo hay molino que muela ni horno que cueza, y allí no había ni vino ni pan ni nada a la venta que se pudiera adquirir por dinero. Tan desprovisto encontró el castillo, que no había ni pan ni pasta, ni vino, ni sidra ni cerveza.

Los cuatro servidores lo llevan a un palacio cubierto de pizarra, donde lo hacen desmontar y lo desarman. En seguida baja un paje por una de las escaleras de la sala con un manto pardo que pone en las espaldas del caballero. Otro lleva su caballo al establo en el que había muy poco trigo, heno y avena, pues en la casa no quedaba más. Otros pajes lo hacen subir por una escalera a una sala muy hermosa. Le salen al encuentro dos prohombres y una doncella. Aquéllos tenían el cabello canoso, aunque no completamente blanco; hubieran tenido toda la sangre de la juventud y todas sus fuerzas, si no padecieran dolor y pesadumbre. La doncella se acercó más graciosa, más galana y más atractiva que gavilán o papagayo. Su manto y su brial eran de púrpura oscura, tachonada de oro, y las pieles de armiño no estaban raídas. El cuello del manto estaba repulgado por cebellinas negras y plateadas. Si alguna vez me agradó describir la belleza que

Dios puso en cuerpo o en faz de mujer, ahora me complazco en hacerlo de nuevo sin mentir ni en una sola palabra. Iba descubierta, y eran tales sus cabellos que el que hubiera podido verlos se hubiera imaginado que eran de oro puro por lo lustrosos y rubios. La frente era alta, blanca y lisa como si hubiese sido obrada por mano de hombre avezado a tallar piedras preciosas, marfil o madera. Cejas perfectas y amplio entrecejo, y en la faz los ojos brillantes, rientes, claros y rasgados; tenía la nariz recta y aquilina; y en su rostro mejor se avenían lo blanco sobre lo bermejo que el sinople sobre la plata. En verdad, para robar los corazones de la gente hizo Dios en ella un prodigio, pues después no creó a otra semejante, ni antes la había creado.

En cuanto el caballero la vio, la saludó, y ella y sus dos acompañantes le saludaron a él. La doncella amablemente lo toma por la mano y le dice:

—Buen señor, vuestro albergue no será, en verdad, esta noche aquí como convendría a un prohombre. Si ahora os dijera cuál es nuestra situación y nuestro estado, podría ser que os figurarais que lo hacía con mala intención para haceros marchar de aquí; pero, si os place, venid y aceptad el albergue tal cual es, y Dios os lo dé mejor mañana.

Y lo conduce por la mano hasta una cámara retirada, que era muy hermosa, larga y amplia. Se sientan los dos sobre una colcha de seda que estaba extendida encima de una cama. También llegaron caballeros, que se sentaron en grupos de cuatro, cinco y seis, y permanecieron callados mirando a aquel

que estaba al lado de su señora y no decía palabra. Se abstenía de hablar porque recordaba el consejo que le había dado el prohombre, y mientras tanto todos los caballeros debatían en voz baja, y decían:

—¡Dios!, mucho me sorprende que este caballero sea mudo. Sería gran lástima, pues jamás nació de mujer caballero tan gentil. Le cuadra mucho estar al lado de mi señora, y a mi señora también estar al lado de él, si no fueran ambos mudos. Tan hermoso es él y tan hermosa es ella, que nunca hubo caballero y doncella tan adecuados para estar juntos, y parece que Dios haya hecho el uno para el otro y para que juntos estuvieran.

Así comentaban entre ellos todos los que estaban allí; y la doncella esperaba que él le hablara de cualquier cosa, hasta que se dio cuenta de que no pronunciaría palabra si ella no se le dirigía primero; y así le dijo muy amablemente:

—Señor, ¿de dónde venís hoy?

—Señora —respondió—, he dormido en casa de un prohombre, en un castillo donde he sido bien y gentilmente albergado; hay cinco torres fuertes y excelentes, una grande y cuatro pequeñas; podría describir todo el edificio, pero no sé qué nombre tiene el castillo; si sé, en cambio, que el prohombre se llama Gornemant de Goort.

—¡Ah, buen amigo! —dijo la doncella—, muy agradables son vuestras palabras y habéis hablado como muy cortés. Que el soberano Dios os premie por haberlo llamado prohombre, pues jamás dijisteis palabra más cierta. Puedo aseguraros, por San

Riquier, que es prohombre. Sabed que soy sobrina suya, pero hace mucho tiempo que no lo he visto. Es bien cierto que desde que salisteis de vuestra casa no habéis conocido, a lo que creo, a nadie más prohombre que él. Muy lucido y alegre albergue os debió de dar, pues sabe hacerlo bien como prohombre y amable, poderoso, acomodado y rico. Pero aquí dentro sólo hay cinco miserables panes que un tío mío, que es prior, hombre muy santo y religioso, me envió para cenar esta noche junto con una tinaja de vino fermentado. El único alimento que tenemos es un corzo que esta mañana mató con una flecha uno de mis servidores.

Entonces ordena que se pongan las mesas; y, ello acabado, se sientan para cenar. Poco rato han estado sentados comiendo, pero lo han hecho con gran apetito. Después de comer se separaron en dos grupos: los que la noche pasada habían velado, se quedaron y se fueron a dormir, y se aprestaron los que debían aquella noche velar el castillo, que eran cincuenta servidores y caballeros. Y los otros se afanaron en acomodar a su huésped. El que se ocupa de la cama le pone blancas sábanas, cubrecamas muy rico y una almohada en la cabecera. El caballero disfrutó aquella noche de toda la comodidad y de todo el deleite que se puede imaginar en una cama, excepto el placer de doncella, si le hubiese agradado, o el de dama, si le hubiese estado permitido; pero él no sabía nada del amor ni de cosa alguna, y así se durmió poco después, pues no había nada que le preocupara.

Pero la que lo había albergado no reposa encerrada en su cámara; él duerme tranquilamente y ella considera una batalla que se da en sí misma y contra la que no tiene defensa. Se agita mucho, mucho se sobresalta, se vuelve muchas veces, mucho se intranquiliza. Se echa sobre la camisa un manto de seda de color de grana y se lanza a la aventura como audaz y atrevida. No es precisamente una vana empresa, porque se ha propuesto ir a su huésped y decirle parte de su pensamiento. Se aleja de su cama y al salir de la cámara tiene tal miedo que todos los miembros le tiemblan y el cuerpo le suda. Ha salido llorando y va hacia la cama donde él duerme, y lamentándose y suspirando mucho, se inclina y se arrodilla y llora hasta mojarle toda la cara con sus lágrimas; no tiene osadía para hacer más.

Ha llorado tanto que él se despierta y se sorprende y admira al sentir su cara mojada, y la ve a ella arrodillada ante su cama y que estrechamente lo tenía abrazado por el cuello. Y él le hace la cortesía de tomarla inmediatamente entre sus brazos y atraerla hacia sí; y le dice:

—Hermosa, ¿qué se os ofrece? ¿Por qué habéis venido aquí?

—¡Ah, gentil caballero, piedad! Os ruego por Dios y por su Hijo que no me consideréis vil porque haya venido aquí. Y aunque esté casi desnuda, en modo alguno he imaginado locura, maldad ni villanía, porque en el mundo no existe criatura tan desgraciada ni tan desdichada que yo no lo sea más. Nada de lo que tengo me satisface ni he pasado un solo

día sin daño. Soy tan desventurada que nunca más veré otra noche después de la de hoy ni más día que el de mañana, porque me mataré con mis manos. De los trescientos diez caballeros con los que estaba guarnecido este castillo, sólo quedan aquí cincuenta; porque doce menos sesenta se ha llevado y ha muerto y aprisionado un caballero muy malo, Anguinguerón, senescal de Clamadeu de las Ínsulas. Tanto me pesa de los que están en prisión como de los muertos, porque sé bien que morirán y nunca podrán salir. Tantos prohombres han muerto por mí que justo es que me desconsuele. Anguinguerón ha pasado todo un invierno y un verano en el asedio, aquí delante, sin moverse, y siempre aumenta su fuerza. La nuestra está menguada, y las provisiones agotadas, hasta el punto que no queda ni para alimentar a una abeja. Y ahora estamos tan perdidos que mañana, si Dios no lo remedia, este castillo se le entregará, pues ya no puede defenderse, y yo con él como cautiva. Pero antes de que se me lleve viva, me mataré, y me tendrá muerta, y poco me importará que se me lleve. Clamadeu, que quiere tenerme, no me tendrá en modo alguno, sino vacía de vida y de alma, pues guardo en un joyero mío un cuchillo de fino acero, que hundiré en mi corazón. Esto es lo que tenía que deciros; y ahora reemprenderé el camino y os dejaré reposar.

Pronto, si se atreve, podrá el caballero hacerse digno de elogio, porque ella únicamente fue a llorar sobre su cara, aunque le diera a entender otra cosa, para meterle en el ánimo emprender la batalla,

si osa hacerlo por ella, a fin de defender su tierra. Él le contesta:

—Amiga querida, poned esta noche cara más bella. Consolaos, no lloréis más, y acercaos más a mí y enjugad las lágrimas de vuestros ojos. Dios, si lo quiere, os hará mañana más bien que lo que me habéis dicho. Echaos conmigo en esta cama, que es bastante ancha para los dos. Hoy no me dejaréis.

Y ella dice:

—Lo haría si os pluguiera.

Él la besaba y la tenía estrechada entre sus brazos; y muy suavemente y con cuidado la pone debajo del cubrecamas; y ella tolera que la bese, y no creo que ello le enoje. Así estuvieron toda la noche acostados, uno al lado del otro, boca con boca, hasta la mañana que trae el día. La noche les fue tan agradable que, boca con boca, brazo con brazo, durmieron hasta que amaneció.

Al amanecer la doncella regresó a su cámara, y sin criada ni camarera se vistió y se compuso, pues a nadie despertó. Los que por la noche habían velado, en cuanto pudieron ver el día, despertaron a los dormidos y los hicieron levantar de la cama, lo que efectuaron sin tardanza. En aquel mismo momento la doncella fue a su caballero y le dijo amablemente:

—Señor, Dios os dé buen día. Creo que no haréis larga estancia aquí pues sería en vano. Os iréis, y no me pesa, porque no sería cortés que ello me pesara, ya que aquí no os hemos honrado ni tratado bien. Pido a Dios que os depare mejor albergue,

donde haya más pan, más vino y más buenas cosas que en éste.

Y él le contestó:

—Hermosa, no será hoy el día que vaya a buscar otro albergue, pues antes de partir de aquí dejaré toda vuestra tierra en paz, si me es posible. Si encuentro a vuestro enemigo allá fuera, me pesará que siga allí más tiempo, aunque ningún daño os haga. Pero si lo mato y lo venzo, os pido como galardón que vuestro amor sea mío. No aceptaré ninguna otra recompensa.

Y ella le responde con mucha gazmoñería:

—Señor, me pedís cosa muy pobre y muy pequeña, pero si os rehusara lo tomaríais con orgullo, por lo que no os la quiero negar. No obstante, no digáis que yo sea vuestra amiga a condición y a trato de que vos tengáis que morir por mí, pues sería un gran daño; porque sabed de cierto que vuestro cuerpo y vuestra edad no son tales que os permitan oponeros ni sostener combate ni batalla con caballero tan duro, tan fuerte y tan membrudo como el que allá fuera espera.

—Esto ya lo veréis hoy —le dice—, porque iré a combatir con él, sin que ningún consejo me lo impida.

Ella lo ha puesto en tal trance, que por un lado se lo reprueba y por otro lo instiga; porque ocurre a veces que uno suele renunciar a lo que anhela, cuando ve a otro deseoso de hacer toda su voluntad, a fin de que lo desee más todavía. Ella ha obrado sabiamente, pues le ha metido en el ánimo lo que

tanto le está reprobando. Él dice que le traigan las armas que ha pedido; se las traen, lo arman y lo hacen montar en un caballo que le han preparado en medio de la plaza. No hay quien deje de tenerle lástima y de decirle:

—Señor, Dios sea en vuestra ayuda este día, y dé gran mal al senescal Anguinguerón, que ha destruido todo este país.

Así oran todas y todos. Lo acompañan hasta la puerta, y cuando lo ven fuera del castillo, gritan todos a una voz:

—Gentil señor, que la verdadera cruz en la que Dios permitió que padeciera su Hijo, os guarde hoy de peligro de muerte, de desgracia y de prisión, y os devuelva sin daño a lugar donde seáis feliz y que os deleite y os plazca.

Así todos oraban por él.

En cuanto los de la hueste lo vieron llegar lo mostraron en seguida a Anguinguerón, que estaba sentado delante de su tienda y se figuraba que se le entregaría el castillo antes de anochecer o que alguien saldría de él para luchar con él cuerpo a cuerpo. Ya se había atado las grebas, y sus gentes estaban muy contentas porque se creían haber conquistado el castillo y todo el país. Anguinguerón, en cuanto lo vio, se hizo armar rápidamente y fue hacia él más que al paso en un corcel fuerte y robusto, y le dijo:

—Muchacho, ¿quién te envía? Dime el motivo de tu venida. ¿Vienes a buscar paz o batalla?

—¿Y tú qué haces en esta tierra? —contesta él—. Tú me dirás primero por qué has matado a los caballeros y devastado todo el país.

Y él le responde a fuer de orgulloso y arrogante:

—Quiero que hoy me sea vaciado este castillo, y rendida la torre, que demasiado se me ha resistido, y mi señor tendrá la doncella.

—¡Malditas sean tales nuevas y quien te las ha dicho! —contesta el muchacho—. Te será necesario renunciar a cuanto le disputas.

—Por San Pedro —dice Anguinguerón—, que me estás diciendo buenas necedades. A veces ocurre que paga los daños quien no tiene culpa.

Y entonces el muchacho se enojó y afirmó la lanza en el borrén; y ambos dejaron que los caballos corrieran cuanto podían uno contra otro. Por la indignación y la saña que tenían y por la fuerza de sus brazos hacen volar por aquí y por allá las piezas y las astillas de las lanzas. Sólo cayó Anguinguerón, herido a través del escudo, que se sintió dolorosamente en el brazo y el costado. El muchacho, que no sabía acometerlo a caballo, echa pie a tierra, toma la espada y lo conmina. No sabría describiros más detalladamente lo que les pasó, ni todos los golpes uno por uno, pero la batalla duró mucho y muy rudos fueron los encuentros hasta que Anguinfuerón cayó.

Y el muchacho se abalanzó ferozmente sobre él, hasta que pidió merced, y dijo que no se la otorgaría ni poco ni mucho; pero se acordó de que el prohombre le había aconsejado que a sabiendas no

matara a caballero al que hubiese vencido y tuviera sometido. Y aquél le decía:

—Dulce amigo, no seas tan despiadado hasta el punto de no otorgarme merced. Te confieso y te concedo que tú eres el mejor. En verdad eres un buen caballero, pero no hasta el punto que crea, quien no haya visto nuestro combate y que nos conozca a ambos, que tú, sólo con tus armas, me hayas muerto en batalla. Pero si yo doy testimonio, ante mis gentes y en mi tienda misma, que me has derrotado con las armas, mi palabra será creída, y tu honra crecerá tanto que jamás caballero la tuvo mayor. Piensa si hay algún señor que te haya hecho beneficio o algún servicio del que no le hayas recompensado, y envíame a él, que yo iré de tu parte y le contaré cómo me has vencido con las armas y me entregaré a él en calidad de prisionero para que haga conmigo cuanto le parezca.

—¡Maldito sea quien busque algo mejor! —dijo él—. ¿Sabes adónde irás tú? A este castillo, y dirás a la hermosa, que es mi amiga, que en toda tu vida no le harás daño alguno y te pondrás total y completamente a su merced.

Y él responde:

—Mátame, pues, porque también me haría matar ella, ya que nada desea tanto como mi deshonra y mi dolor, pues tomé parte en la muerte de su padre y le he sido tan dañoso, que este año le he muerto y preso a sus caballeros. Quien me enviara a ella, mala prisión me daría y no podría hacerme nada peor. Pero si tienes algún otro amigo o alguna otra

amiga que no tengan deseos de hacerme daño, envíame a alguno de ellos, pues ésta, si me tuviera en su poder, sin duda alguna me quitaría la vida.

Entonces le dice que vaya a un castillo, a la morada de un prohombre; pero del prohombre no le dice el nombre. No hay en el mundo albañil que mejor describiera la fábrica del castillo como él lo hizo; le encareció el río y el puente, las torrecillas, la torre y los muros exteriores que lo circundan, hasta que aquél se dio cuenta y se enteró bien de que le quería enviar prisionero al lugar donde más se le odiaba; y dijo:

—No hay salvación para mí donde tú me envías. ¡Válgame Dios!, me quieres poner en malos caminos y en malas manos, pues en esta guerra le he matado a uno de sus hermanos. Dulce amigo, mátame tú antes que obligarme a ir a él. Si allí me empujas, allí será mi muerte.

Y él le replicó:

—Irás, pues, a la prisión del rey Artús, saludarás al rey le dirás de mi parte que te haga enseñar aquella que golpeó el senescal Keu porque me había sonreído; a ella te entregarás como prisionero y le dirás, si te place, que ojalá Dios no permita que yo muera hasta que la haya vengado.

Él contesta que hará bien y gustosamente este servicio. Entonces el caballero vencedor se vuelve al castillo; y el otro se encamina a la prisión y hace que se lleven su estandarte. La hueste levanta el sitio, de modo que allí no quedó ni moreno ni rubio.

Todos los del castillo salen a recibir al que vuelve, pero tienen un gran disgusto porque no ha cortado la cabeza del caballero que ha vencido y no se la trae. Lo desmontan con gran alegría, lo desarman en una grada y todos le dicen:

—¿Por qué no trajiste a Anguinguerón, y por qué no le cortaste la cabeza?

Él contesta:

—A fe mía, señores, porque creo que no hubiera procedido bien. Os ha muerto a vuestros parientes, y yo no le hubiera podido dar seguridad porque lo habríais matado a pesar mío. Muy poco bien habría en mí si no le hubiese tenido merced cuando lo sometí. ¿Y sabéis cuál fue esta merced? Si me mantiene su palabra, se constituirá en prisionero del rey Artús.

Llega entonces la doncella manifestándole gran alegría, y se lo lleva a su cámara para reposar y descansar. En modo alguno la veda que la abrace y la bese, y en lugar de comer y de beber juegan, se besan, se abrazan y conversan amablemente.

Pero Clamadeu tiene necias ilusiones, porque quiere y se imagina que inmediatamente se le ofrecerá el castillo sin defensa; mas a mitad de camino encontró a un paje, llorando amargamente, que le contó las nuevas del senescal Anguinguerón.

—En nombre de Dios, señor, mal van ahora las cosas —dijo el paje, que con las dos manos se tiraba de los cabellos.

Y Clamadeu le pregunta:

—¿Por qué?

—Señor, a fe mía —dijo el paje—, vuestro senescal ha sido vencido por armas, y ahora va a constituirse prisionero del rey Artús.

—¿Quién ha hecho esto, paje? Dímelo. ¿Cómo ha podido suceder? ¿De dónde puede venir un caballero capaz de arredrar con las armas a un prohombre tan valiente?

Y él responde:

—Amable señor, no sé quién fue el caballero; lo único que me consta es que lo vi salir de Belrepeire armado con unas armas bermejas.

—¿Y tú, paje, qué me aconsejas? —dice aquél, que está a punto de perder el juicio.

—¿Qué, señor? Que os volváis, porque si seguís adelante no conseguiréis nada.

Cuando estaban en estas palabras, llegó un caballero algo canoso, que había sido maestro de Clamadeu, y dijo:

—Paje, no es acertado lo que dices. Aquí conviene un consejo más sensato y mejor que el tuyo; si te creyera, obraría neciamente, pues en mi opinión debe seguir adelante.

Y dirigiéndose a Clamadeu, añade:

—Señor, ¿queréis saber cómo podréis haceros con el caballero y con el castillo? Os lo diré bien y claro, y será muy fácil de hacer. Dentro de los muros de Belrepeire no hay qué beber ni qué comer, y los caballeros están debilitados. Nosotros estamos fuertes y sanos, no tenemos ni sed ni hambre y podremos sopotar un gran combate si los de dentro osan venir a mezclarse con nosotros allá fuera. Envia-

remos a veinte caballeros delante de la puerta como señuelo. Y el caballero que en Belrepeire se deleita con su hermosa amiga, querrá hacer caballería; y como no podrá resistirlo, será preso o morirá, pues poca ayuda le prestarán los otros, que están tan débiles. Los veinte no harán sino llevarlos engañados hasta que nosotros demos sobre ellos inopinadamente por este valle y los rodeemos por los flancos.

—Apruebo, a fe mía —contesta Clamadeu—, lo que me decís. Tenemos aquí cuatrocientos caballeros armados escogidos y mil peones bien preparados: los cogeremos a todos como si fueran gente muerta.

Clamadeu envió delante de la puerta a veinte caballeros que desplegaban al viento los gonfalones y las banderas, que eran de muchas clases. En cuanto los del castillo los vieron, abrieron las puertas de par en par, porque lo quiso así el muchacho, quien, a vista de todos, salió para mezclarse con los caballeros. Como audaz, fuerte y sañudo, los acomete a todos conjuntamente; al que es alcanzado por él, no le parece que sea bisoño en las armas. Muy diestro fue aquel día: con la lanza saca a varios las tripas, a uno atraviesa el tórax; o otro, el pecho; a uno le rompe el brazo; o otro, la clavícula; a éste lo mata y a aquél lo lisia, a éste lo derriba y a aquél lo prende, y entrega los prisioneros y los caballos a los que los necesitaban.

Presencian la gran batalla los que habían atravesado el valle, y eran cuatrocientos hombres armados, además de los peones que los acompañaban. Los otros se mantenían muy cerca de la puerta, que

estaba abierta; y los de fuera, al ver la mengua de su gente, lisiada y muerta, acuden en desorden y desconcierto hacia la puerta. Los defensores estaban bien formados y apretados en su puerta, y los recibieron con bravura, pero eran pocos y estaban débiles, y no pudieron resistir a los otros, reforzados con los peones, que los habían seguido, y tuvieron que retirarse a su castillo.

Encima de la puerta había arqueros que disparaban sobre la gran muchedumbre y masa, que estaba muy enardecida y ávida de entrar impetuosamente en el castillo, hasta que un grupo logra introducirse con vigor y con fuerza. Sobre ellos hacen caer los de dentro una puerta, que mató y aniquiló a todos los que alcanzó en la caída. Nada podía haber visto Clamadeu que más le doliera, pues la puerta rastrillada ha muerto a mucha de su gente y a él lo ha dejado fuera, y no le queda más remedio que quedarse inactivo, pues un asalto en tan duras condiciones sería trabajo vano. El maestro suyo, que lo aconseja, le dice:

—Señor, no es cosa sorprendente que a un prohombre le sobrevengan desgracias. A todos les va mal o bien, según a Nuestro Señor place y conviene. En resolución habéis perdido, pero no hay santo que no tenga su octava; la tempestad ha caído sobre vos, los vuestros estén deshechos y los de dentro han ganado, pero estad bien cierto de que les tocará perder, y arrancadme los dos ojos si permanecen aquí dentro de tres días. Vuestros serán el castillo y la torre, porque se entregarán a vuestra merced.

Sólo con que os podáis quedar aquí hoy y mañana, el castillo quedará en vuestras manos, e incluso aquella que tanto os ha rechazado, os pedirá por Dios que os dignéis tomarla.

Entonces los que habían traído tiendas y pabellones los hacen montar, y los demás se acomodan y acampan como pueden. Los del castillo desarmaron a los caballeros que habían hecho prisioneros, pero no los metieron en torres ni los ataron a hierros, sólo porque les juraron lealmente como caballeros que se considerarían presos con lealtad y no les harían ningún daño, y así quedaron dentro del recinto.

Aquel mismo día un vendaval impelió por el mar un barco que llevaba un gran cargamento de trigo y estaba lleno de otras provisiones, y Dios quiso que, entero e incólume, arribara delante del castillo. Sus defensores, en cuanto lo vieron, enviaron a saber y averiguar quiénes eran los del barco y qué venían a buscar. Cuando los del castillo bajaron, fueron al barco y preguntaron qué gente eran, de dónde venían y adónde iban, les contestaron:

—Somos mercaderes que llevamos provisiones para vender. Tenemos pan, vino, cecina y bastantes bueyes y cerdos que, si es necesario, se pueden matar.

Y los del castillo responden:

—¡Bendito sea Dios, que dio fuerza al viento para que aquí os trajera a orza! Sed bien venidos y desembarcad, que todo se os comprará tan caro como oséis venderlo. Venid en seguida a tomar vuestro dinero, y no os escaparéis de recibir y de contar los lingo-

tes de oro y de plata que os daremos a cambio del trigo; y por el vino y por la carne recibiréis un carro cargado de riquezas, y aún más, si es necesario.

Ahora sí que han hecho un buen negocio los que compran y venden; se ponen a descargar la nave y lo hacen llevar todo para confortar a los sitiados. Cuando los del castillo vieron venir a los que llevaban las provisiones, ya os podéis imaginar la gran alegría que tuvieron; y con gran celeridad prepararon la comida. Ahora ya puede estarse Clamadeu tanto tiempo como quiera esperando afuera, porque los de dentro tienen bueyes, cerdos y tocino en gran cantidad, y trigo para toda la estación. Los cocineros no están ociosos y los pinches encienden el fuego en las cocinas para cocer la comida. Ahora ya puede deleitarse el muchacho al lado de su amiga con toda tranquilidad; ella lo abraza y él la besa, y el uno se regocija con el otro. La sala ya no está silenciosa, antes bien hay en ella alegría y gran rumor. Todos están contentos por la comida, que tanto habían deseado; y los cocineros se han dado tanta prisa, que hacen sentar a las mesas a los que tanto lo necesitaban. Después de haber comido, se levantaron satisfechos.

Mucho se indignaron Clamadeu y su gente cuando supieron la nueva del bienestar que tenían los de dentro, y dicen que no les queda más remedio que levantar el sitio, porque prolongarlo sería en vano, ya que el castillo no puede ser reducido por hambre. Clamadeu, rabioso, envía al castillo un mensaje sin aprobación ni consejo de nadie, y hace saber al ca-

ballero bermejo que hasta el mediodía del día siguiente lo podrá encontrar solo en la llanura para combatir con él, si osa. Cuando la doncella oyó lo que se anunciaba a su amigo, quedó dolorida y triste; y cuando él a su vez le contesta que, pase lo que pase, desde el momento que lo ha retado, acudirá a la batalla, aumenta mucho y se acrecienta el dolor de la doncella, aunque, por mucho que ella se lamente, yo creo que él no renunciará. Todos y todas le ruegan mucho que no vaya a combatir con aquel que nunca ningún caballero ha superado en batalla. Pero el muchacho replica:

—Señores, haréis mucho mejor si os calláis, porque por nadie del mundo abandonaría esta empresa.

Así responde a sus palabras, y ya no se atreven a hablarle más, y van a acostarse y se duermen hasta la mañana siguiente, al salir el sol; pero están muy preocupados por su señor, a quien no saben cómo implorar para hacerlo desistir.

Por la noche su amiga le había rogado mucho que no fuera a la batalla y que se quedara en paz, pues ya no tenían que preocuparse de Clamadeu ni de su gente. De nada sirve todo esto, pero era rara maravilla que él encontrara una gran dulzura en las zalamerías de ella, pues a cada palabra lo besaba tan dulce y suavemente que le metía la llave del amor en la cerradura del corazón. Pero, a pesar de ello, no logró en modo alguno que desistiera de ir a la batalla, antes bien reclamó sus armas. El que las guardaba se las trajo lo más pronto que pudo. Mientras se armaba hubo gran duelo, pues a todas

y a todos pesaba; y él, encomendando a todos y a todas al Rey de los reyes, montó en su caballo noruego, que le habían traído, y no se entretuvo mucho con todos ellos. En cuanto partió, los dejó con gran dolor.

Cuando Clamadeu vio llegar al que debía combatir con él, tuvo el necio convencimiento de que muy prestamente le haría vaciar los arzones de la silla. En la landa, que era llana y hermosa, sólo estaban ellos dos, pues Clamadeu había licenciado y hecho partir a toda su gente. Ambos tenían la lanza apoyada ante el arzón, en el borrén, y echaron a correr el uno hacia el otro sin desafiarse y sin grandes razones. Ambos llevaban lanza de fresno, recia y manejable, con hierro aguzado; los caballos iban veloces y los caballeros eran fuertes y se odiaban a muerte, y se dieron tan recio que las laminillas de los escudos crujieron y las lanzas se quebraron, y cada uno derribó al otro; pero al instante se pusieron en pie e inmediatamente se acometieron con las espadas con igual brío y durante mucho rato. Os explicaría cómo ocurrió todo si quisiera entretenerme en ello, pero no vale la pena, pues igual está dicho en una palabra como en veinte: Al final, Clamadeu tuvo que pedir merced, muy a pesar suyo, y se amoldó a todos sus deseos, como había hecho su senescal, pues él tampoco quiso de ningún modo constituirse prisionero en Belrepeire, a lo que el senescal se había negado, ni por todo el imperio de Roma ir al prohombre que poseía el castillo bien construido; pero se avino a prometer que aceptaría

la prisión del rey Artús y que diría de su parte a la doncella que ultrajó Keu al pegarla, que deseaba vengarla, pesa a quien pese, si Dios le daba fuerzas para ello. Después le hizo prometer que, antes de que amaneciera el siguiente día, volverían sanos y salvos todos los que tenía presos en sus torres; que mientras él estuviera con vida, ahuyentaría, si podía, cualquier hueste que sitiara el castillo, y que la doncella jamás sería molestada ni por sus vasallos ni por él.

Y así Clamadeu se fue a su tierra, y al llegar ordenó que todos los prisioneros fueran sacados de la prisión y se fueran en completa libertad. En cuanto dijo tales palabras, sus órdenes fueron cumplidas. He aquí a los prisioneros sueltos, que se van inmediatamente con todos sus arneses, pues no se les retuvo nada. Por su parte, Clamadeu emprende el camino completamente solo. En aquella época era costumbre, como encontramos escrito en libros, que los caballeros se constituyeran prisioneros con el mismo equipo que llevaban en la batalla en la que habían sido vencidos, sin quitarse ni ponerse nada más. De este modo, Clamadeu emprende la marcha tras Anguinguerón, que va hacia Dinasdarón, donde el rey debía tener cortes.

Por otra parte, había gran alegría en el castillo, adonde habían vuelto los caballeros que tanto tiempo habían estado en dura prisión. Toda la sala y las moradas de los caballeros resuenan de alegría; en las capillas y en los monasterios tocan todas las campanas de júbilo, y no hay monje ni monja que

no dé gracias a Nuestro Señor. Por las calles y por las plazas van todas y todos danzando. Mucho gozo hay ahora en el castillo, pues nadie les asalta ni guerrea.

Mientras tanto, Anguinguerón va siguiendo su camino, y detrás de él Clamadeu, que durmió tres noches en los mismos albergues en que aquél había parado. Lo ha ido siguiendo por los albergues hasta llegar a Dinasdarón, en Gales, donde el rey Artús había reunido en sus salas una corte muy lucida. Ven a Clamadeu, que llega completamente armado, como era su obligación; y lo reconoció Anguinguerón, el cual había ya cumplido, contado y referido su mensaje la noche anterior, cuando llegó, y había sido retenido en la corte para formar parte de la mesnada y del consejo. Vio a su señor cubierto de sangre bermeja, y a pesar de ello lo reconoció y dijo inmediatamente:

—Señores, señores, ¡ved qué maravillas! El muchacho de las armas bermejas envía aquí, creedme, a aquel caballero que veis. Estoy completamente seguro de que lo ha vencido, porque está cubierto de sangre. Desde aquí distingo bien la sangre y a él mismo también, que es mi señor y yo soy su vasallo. Se llama Clamadeu de las Ínsulas, y yo imaginaba que sería tal, que no habría mejor caballero en el imperio de Roma, pero también cae la desgracia sobre los prohombres.

Mientras Anguinguerón hablaba así. Clamadeu llegó, y el uno corrió hacia el otro y se encontraron en la corte.

Era un día de Pentecostés, y la reina estaba sentada al lado del rey Artús, a la cabecera de la mesa, y había muchos condes, reyes y duques, y reinas y condesas; y damas y caballeros acababan de llegar del monasterio de oír todas las misas. Keu entró por en medio de la sala, no llevaba manto, y en la mano derecha empuñaba un bastoncillo e iba cubierto con un sombrero de fieltro de pelo rubio. No había en el mundo caballero más hermoso, y llevaba el cabello trenzado; pero su belleza y su gallardía quedaban empañadas por sus ruines jactancias. Su cota era de una rica tela, teñida de grana y bien coloreada, ceñida con un cinturón trabajado, cuya hebilla y todos sus adornos eran de oro: me acuerdo bien porque la historia así lo atestigua. Todo el mundo se retira para dejarle paso cuando entra por en medio de la sala; todos temían sus ruines jactancias y su mala lengua, y por esto le dejan libre el camino; pues no es sensato el que no teme las ruindades demasiado descubiertas, sean en burla o sean verdaderas. Todos los que allí estaban, temían sus ruines jactancias, y nadie le dijo nada. Ante todo el mundo se dirigió adonde estaba el rey y le dijo:

—Señor; si os pluguiera, ahora podríais comer.

—Keu —dijo el rey—, dejadme tranquilo, que, por los ojos de mi cara, en fiesta tan solemne, aunque esté reunida toda mi corte, no comeré hasta que llegue aquí una gran nueva.

Esto estaba diciendo, cuando entró en la corte Clamadeu, que, armado como era su deber, venía a constituirse prisionero, y dijo:

—Dios salve y bendiga al mejor rey que hay con vida, al más generoso y al más gallardo, como lo atestiguan todos cuantos están enterados de las buenas obras que ha hecho. Escuchadme ahora, buen señor, pues debo decir mi mensaje. Aunque me pesa, debo reconocer que me envía aquí un caballero que me ha vencido; por orden de él me es preciso entregarme prisionero a vos; no puedo evitarlo. Y si alguien me preguntara si sé cómo se llama, le contestaría que no, pero os puedo notificar que sus armas son bermejas y que dice que vos se las disteis.

—Amigo, que Nuestro Señor te valga —dijo el rey—; dime con verdad, si conserva su vigor y si está libre, contento y sano.

—Sí, amable señor; estad completamente seguro —contesta Clamadeu—, como el más valiente caballero que jamás he conocido. Y me dijo que hablara con la doncella que le sonrió, a la que Keu hizo tal ultraje que le dio una bofetada; pero dice que la vengará, si Dios le da poder para ello.

El bufón, al oír estas palabras, saltó de alegría y gritó:

—Señor rey, Dios me bendiga; la bofetada será bien vengada, ahora no lo tengáis a broma; y no podrá evitar que se le rompa el brazo derecho y se le disloque la clavícula.

Keu, que oye estas palabras, las juzga una idiotez; y sabed que no se abstuvo de maltratarle por cobardía, sino por respeto al rey y por vergüenza. El rey movió la cabeza y dijo a Keu:

—Mucho me duele que no esté aquí conmigo. Por tu necia lengua y por tu culpa se fue, lo que me pesa mucho.

Tras estas palabras, a una orden del rey, se levantaron Girflet y mi señor Yvain, que mejora a todos los que acompaña. El rey les dijo que se hicieran cargo de aquel caballero y lo condujeran a las cámaras donde se solazan las doncellas de la reina, y el caballero se inclina ante ellos. Los que habían recibido el encargo del rey, lo condujeron a aquellas cámaras y le enseñaron la doncella, y él le contó las nuevas que tanto deseaba oír, pues aún se dolía de la afrenta que se hizo en su mejilla. Ya estaba curada de la bofetada que había recibido, pero no estaba olvidada ni pasada la afrenta, pues es muy ruin quien olvida la afrenta y el ultraje que ha recibido. En el hombre vigoroso y fuerte el dolor pasa y la afrenta dura, pero en el ruin muere y se enfría.

Clamadeu cumplió su mensaje. Luego, durante toda su vida, el rey lo retuvo en su corte y mesnada.

Y aquel que le había disputado la tierra y la doncella —Blancheflor, su amiga la hermosa—, al lado de ella juega y se deleita. Toda la tierra sería libremente suya, si hubiese podido evitar que su corazón estuviera en otro sitio; pero ahora más se acuerda de otra cosa, pues tiene en el corazón a su madre, que vio caer desvanecida, y tiene más deseos de ir a verla que de nada más. No se atreve a despedirse de su amiga, porque ella se lo veda y prohíbe y ha ordenado a toda su gente que le pidan mucho que

se quede. Pero nada consiguen con lo que dicen, salvo que él haga la promesa que, si encuentra a su madre viva, la traerá consigo y desde entonces pueden estar seguros de que se quedará poseyendo la tierra, y si está muerta, hará lo mismo.

Así se pone en camino, prometiéndoles volver, y deja a su gentil amiga muy triste y dolorida, y también a los demás. Cuando salía de la villa, se celebraba una procesión como si fuera el día de la Ascensión o un domingo, pues iban todos los monjes revestidos de capas de seda y todas las monjas veladas. Y aquéllos y éstas decían:

—Señor, que nos has quitado del destierro y nos has vuelto a nuestras casas, no es de admirar que nos dolamos porque tan pronto quieres abandonarnos. Justo es que nuestro dolor sea el mayor que pueda existir.

Y él les dice:

—No debéis seguir llorando más. Yo volveré, si Dios me lo permite, y entristecerse no sirve para nada. ¿No creéis que esté bien que vaya a ver a mi madre, a la que dejé sola en el bosque que se llama la Yerma Floresta? Volveré, tanto si ella está viva como si no, y no dejaré de hacerlo en modo alguno. Si está viva, haré de ella una monja velada en vuestra iglesia; y si está muerta, celebraréis aniversarios por su alma a fin de que Dios y San Abraham la alojen entre las almas pías. Señores monjes y vosotras, hermosas damas, ello no os debe pesar, porque yo os haré mucho bien en sufragio de su alma, si Dios me permite que vuelva.

Los monjes, las monjas y todos los demás se volvieron; y él se marchó con la lanza en el borrén, completamente armado, como llegó.

En el castillo del Grial

Durante todo el día siguió su viaje sin encontrar criatura terrena, ni cristiano ni cristiana que le pudiese indicar el camino. No cesaba de pedir a Nuestro Señor, el sumo Padre, que le concediera encontrar a su madre llena de vida y de salud, si ésta era su voluntad. Todavía duraba esta plegaria cuando vio, al pie de un otero, un río de agua rápida y profunda, y sin atreverse a entrar en él, dijo:

—¡Ah, Señor todopoderoso! Si pudiera atravesar este río, estoy convencido de que en el otro lado encontraría a mi madre, si está viva.

Y va siguiendo la orilla hasta llegar a una roca que, como tocaba el río, le impedía ir más adelante. Entonces vio que bajaba por el río una barca que venía de arriba, en la cual iban dos hombres. Se para y espera, pues cree que seguirían navegando hasta llegar a su altura. Pero se detuvieron en medio del río y se quedaron quietos, porque habían anclado. El que estaba delante pescaba con caña y cebaba su anzuelo con un pescadito un poco mayor que un gobio. El que no sabía qué hacer ni dónde encontrar un paso, los saluda y les pregunta:

—Decidme, señores, ¿hay en este río vado o puente?

Y el que pesca le responde:

—No, hermano, a fe mía, y a lo que creo no hay otra barca mayor que ésta en la que estamos, que no podría llevar ni a cinco hombres. En veinte leguas hacia arriba y hacia abajo no se puede atravesar a caballo, pues no hay balsa, puente ni vado.

—Indicadme, pues —dice él—, por Dios, dónde podría hallar albergue.

Y él le contesta:

—Me imagino que tendréis necesidad de esto y de otras cosas. Yo os albergaré esta noche. Subid por esta quebrada que hay en la roca, y cuando lleguéis arriba veréis, en un valle, la mansión en que moro, cerca del río y cerca del bosque.

Él se va inmediatamente hacia arriba, hasta que llegó a la cumbre del cerro, y miró todo alrededor suyo y no vio sino cielo y tierra, y dijo:

—¿Qué he venido buscar aquí? Boberías y necedades. ¡Que Dios avergüence hoy a quien aquí me ha enviado! Me ha encaminado tan bien que me ha dicho que encontraría una mansión en cuanto llegara aquí arriba. Pescador que tal me dijiste: si me lo has dicho con mala intención, has cometido una gran deslealtad.

Entonces vio enfrente, en un valle, que aparecía la cima de una torre. Aunque uno fuera hasta Beirut no encontraría otra tan hermosa ni tan bien fundada; era cuadrada, de roca granítica, y tenía a los lados dos torrecillas. La sala estaba delante de la torre, y las galerías delante de la sala.

El muchacho baja hacia aquella parte, y confiesa que le ha encaminado bien el que le ha enviado

allí, y se reconcilia con el pescador, y ya no le llama traidor, desleal ni mentiroso, porque ha encontrado donde albergarse. Y así llega a la puerta, frente a la cual encontró un puente levadizo que estaba echado. Entra por el puente, y cuatro pajes acuden a él; dos de ellos lo desarman, el tercero se lleva su caballo y le da heno y avena, y el cuarto lo cubre con un manto de escarlata, fresco y nuevo; y luego lo introdujeron en las galerías. Y sabed que, por mucho que las buscara, uno no encontraría ni vería otras tan hermosas hasta Limoges. El muchacho se quedó en las galerías hasta que llegó el momento de presentarse al señor, que envió por él a dos servidores.

Con ellos fue a la sala, que era cuadrada y tenía tanto de largo como de ancho. En medio de la sala vio sentado en un lecho a un agradable prohombre de cabello entrecano, con la cabeza cubierta por un sombrero de cebellinas negras como las moras, con vuelos de púrpura por encima, y así era toda su ropa. Se apoyaba en el codo, y ante él ardía claramente un gran fuego de leña seca, colocado entre cuatro columnas. Cuatrocientos hombres se hubieran podido sentar holgadamente en torno al fuego, y todos hubieran tenido sitio suficiente. Las columnas eran muy fuertes, pues sostenían una chimenea alta y ancha de bronce macizo.

Los que conducían a su huésped, uno a cada lado, se presentaron ante su señor, el cual, al verlo llegar, lo saludó al punto y le dijo:

—Amigo, no os incomode que no me levante para recibiros, pues no me puedo valer.

—Por Dios, señor, callad —dijo él—; no me incomoda en modo alguno, por el gozo y la salud que Dios me dé.

El prohombre es tan solícito con él que se endereza todo lo que puede y le dice:

—Amigo, acercaos. No os consternéis por mí y sentaos sin reparos aquí a mi lado, que os lo ordeno.

El muchacho se sienta a su lado y el prohombre le dice:

—Amigo, ¿de qué parte habéis venido hoy?

—Señor —contesta—, esta mañana salí de un lugar que se llama Belrepeire.

—¡Válgame Dios! —dijo el prohombre—, habéis hecho hoy una muy larga jornada. ¿Salisteis antes de que el vigía hubiese anunciado el alba esta mañana?

—Ya había tocado hora de prima —dice el muchacho—, os lo aseguro.

Mientras así hablaban, por la puerta de la mansión entra un paje que lleva al cuello colgada una espada, que entrega al rico hombre. Éste la desenvainó hasta la mitad y vio dónde había sido hecha, pues en la espada estaba escrito; y vio también que era de buen acero y que únicamente se podría romper en un solo trance que todo el mundo ignoraba, salvo aquel que la había forjado y templado. El paje que la había traído dijo:

—Señor, la rubia doncella, vuestra hermosa sobrina, os envía este presente; jamás visteis nada

más bello por lo larga y ancha que es. Dadla a quien os plazca, pero mi señora estaría muy contenta si, allí donde fuera a parar, estuviera bien empleada. El que forjó esta espada sólo hizo tres, y morirá sin forjar ninguna otra después de ésta.

Al punto el señor colocó la espada, por el tahalí, que valía un gran tesoro, a aquel que allí era forastero. El pomo de la espada era del mejor oro de Arabia o de Grecia, y la vaina de orifrés de Venecia. Tan ricamente adornada el señor se la ha dado al muchacho, diciéndole:

—Buen hermano, esta espada os fue reservada y destinada, y quiero que la poseáis; pero ceñíosla y desenvainadla.

Él le da las gracias y se la ciñe, sin estrecharla mucho, y luego la saca desnuda de la vaina; y después de mirarla un poco, la vuelve a meter en la vaina. Y sabed que le estaba muy bien en el flanco, y mejor en la mano, y pareció que, cuando necesitara servirse de ella, lo haría como un barón. Vio detrás del fuego, que ardía claramente, a unos pajes, y encomendó la espada al que guardaba sus armas, el cual se hizo cargo de ella. Luego se volvió a sentar al lado del señor, que en todo le hacía gran honor.

Había allí dentro una iluminación tan grande como la podrían procurar las candelas en un albergue. Y mientras hablaban de diversas cosas, de una cámara llegó un paje que llevaba una lanza blanca empuñada por la mitad, y pasó entre el fuego y los que estaban sentados en el lecho. Todos los que

estaban allí veían la lanza blanca y el hierro blanco, y una gota de sangre salía del extremo del hierro de la lanza, y hasta la mano del paje manaba aquella gota bermeja. El muchacho que aquella noche había llegado allí, ve este prodigio, pero se abstiene de preguntar cómo ocurría tal cosa, porque se acordaba del consejo de aquel que lo hizo caballero, que le dijo y le enseñó que se guardara de hablar demasiado. Y teme que, si lo pregunta, se le considerará rusticidad; y por esto no preguntó nada.

Mientras tanto llegaron otros dos pajes que llevaban en la mano candelabros de oro fino trabajado con nieles. Los pajes que llevaban los candelabros eran muy hermosos. En cada candelabro ardían por lo menos diez candelas. Una doncella, hermosa, gentil y bien ataviada, que venía con los pajes, sostenía entre sus dos manos un grial. Cuando allí hubo entrado con el grial que llevaba, se derramó una claridad tan grande, que las candelas perdieron su brillo, como les ocurre a las estrellas cuando sale el sol, o la luna. Después de ésta vino otra que llevaba un plato de plata. El grial, que iba delante, era de fino oro puro; en el grial había piedras preciosas de diferentes clases, de las más ricas y de las más caras que haya en mar ni en tierra: las del grial, sin duda alguna, superaban a todas las demás piedras.

Del mismo modo que pasó la lanza, pasaron por delante del lecho, y desde una cámara entraron en otra. Y el muchacho los vio pasar, y no osó en modo alguno preguntar a quién se servía con el grial, pues

siempre conservaba en su corazón las palabras del sensato prohombre. Temo yo que ello le sea perjudicial, porque he oído decir que a veces uno tanto puede callar demasiado como hablar demasiado. Tanto si ello tiene que traer bien como acarrear mal —y no lo sé exactamente—, nada pregunta.

El señor ordena a los pajes dar el agua y poner los manteles. Lo hacen los que debían y acostumbraban hacerlo. El señor y el muchacho se lavaron las manos con agua templada. Dos pajes han traído una ancha mesa de marfil, y la historia atestigua que era toda de una pieza. La mantuvieron un momento delante de su señor y del muchacho, hasta que llegaron otros dos pajes que traían dos caballetes, que estaban hechos de una madera que tenía dos virtudes muy notables, pues sus piezas duran siempre, porque eran de ébano, una madera que nadie espere que se pudra ni que se queme, ya que no hay miedo que ocurra ninguna de estas dos cosas. La mesa fue montada sobre estos caballetes, y se puso el mantel. Pero ¿qué diría del mantel? Ni legado ni cardenal ni papa comieron nunca encima de uno tan blanco. El primer plato fue una pierna de ciervo con grasa y pimienta picante. No les faltó vino claro, de gusto suave, bebido en copas de oro. Un paje, que había cogido la pierna de ciervo en pimienta y la había puesto en el plato de plata, la trinchó delante de ellos y les ofreció los pedazos encima de un pastel muy cabal.

Y mientras tanto el grial volvió a pasar por delante de ellos, y el muchacho no preguntó a quién

se servía con el grial. Se abstenía de ello por el prohombre, que dulcemente lo reprendió por hablar demasiado, y lo tiene siempre en su corazón y lo recuerda. Pero se calla más de lo que le conviene, pues a cada plato que se les servía, ve pasar una vez más delante de él el grial completamente descubierto, y no sabe a quién se sirve con él, aunque deseaba saberlo. Pero ya tendrá ocasión de preguntarlo, se dice para sí, antes de marcharse, a uno de los pajes de la corte; pero esperará la mañana siguiente, cuando se despida del señor y de toda la demás mesnada. Así ha diferido la cosa y se ocupa en beber y comer.

En la mesa no se escatiman los vinos y los manjares, que son gustosos y agradables. La comida fue buena y sabrosa; aquella noche al prohombre y al muchacho que estaba con él les fueron servidos alimentos propios de reyes, condes y emperadores. Después de haber comido, los dos hablaron en la sobremesa; y los pajes prepararon las camas y las frutas para la noche, de las que había muchas y de gran precio: dátiles, higos, nueces moscadas, clavo, granadas, y finalmente electuarios: jingebrada alejandrina, pliris arconticón, resumptivo y estomaticón. Después tomaron varias bebidas: pigmento sin miel ni pimienta, viejo vino de moras y claro jarope. El muchacho se admira mucho de todo esto, que le era desconocido. El prohombre le dijo:

—Buen amigo, ya es hora de acostarse. Si no os desagrada, me iré a dormir a mi cámara; y vos, cuando tengáis ganas, acostaos aquí fuera. No

tengo ningún poder sobre mi cuerpo y será preciso que me lleven.

Cuatro decididos y fuertes servidores, que en aquel momento salían de la cámara, asieron de las cuatro puntas de la colcha que estaba extendida sobre el lecho en el que se sentaba el prohombre, y se lo llevaron donde debían. Con el muchacho quedaron otros pajes que lo sirvieron y le ayudaron en cuanto necesitó. Cuando quiso, lo descalzaron, lo desvistieron y lo acostaron en blancas y delgadas sábanas de lino.

Durmió hasta la mañana siguiente, cuando quebró el alba del día y la mesnada se había levantado; pero cuando él miró a su alrededor no vio por allí a nadie, y, aunque le desagradara, tuvo que levantarse él solo. Cuando ve que debe hacerlo por sí mismo, se levanta como mejor sabe, y se calza sin esperar ayuda; luego va a buscar sus armas y las encuentra al pie de una escalera, donde las habían dejado. Cuando hubo bien armado sus miembros, fue a las puertas de las cámaras que por la noche había visto abiertas, pero en vano va de un sitio a otro porque las encuentra muy bien cerradas; y llama, golpea y empuja mucho: nadie le abre ni le responde palabra. Cuando hubo llamado bastante, va a la puerta de la sala, la encuentra abierta y desciende todos los escalones hasta llegar abajo, donde encuentra su caballo ensillado y ve su lanza y su escudo apoyados en un muro. Entonces monta y va por todas partes buscando, pero no encuentra hombre vivo ni ve escudero ni paje, y se va direc-

tamente hacia la puerta y encuentra el puente echado, pues lo habían dejado así para que nada lo detuviera cuando llegara a él y lo pudiera pasar sin obstáculo. Se figura que todos los pajes se deben haber ido, por el puente que ve echado, al bosque a fin de reconocer sus lazos y sus trampas. No quiere quedarse más allí y se propone ir tras ellos para ver si alguno le dice por qué sangra la lanza, si puede ser por alguna pena, y adónde se lleva el grial.

Sale entonces por en medio de la puerta, y antes de que hubiese pasado el puente del todo, sintió que los pies de su caballo se elevaban muy alto, y que daba un brinco tan grande que, si no hubiese saltado bien, malparados hubieran quedado el caballo y el que lo montaba. El muchacho volvió el rostro para ver qué había pasado, y vio que habían levantado el puente. Llamó y nadie le contestó, y dijo:

—¡Oye tú, tú que has levantado el puente! ¡Háblame! ¿Dónde estás, que no te veo? Acércate, que te veré y te preguntaré nuevas de otras cosas que quisiera saber.

Así pierde el tiempo hablando en vano, porque nadie le quiere responder.

Con la prima

Se interna en la floresta y va por un sendero en el que encuentra huellas recientes de caballos que habían pasado por allí, y dice:

—Creo que por aquí han ido los que voy buscando.

Se precipita en el bosque mientras le van durando aquellas huellas, hasta que inopinadamente ve a una doncella al pie de una encina que llora, grita y se desespera como infeliz desdichada. Va diciendo:

—¡Desgraciada de mí, infortunada! ¡En qué vil hora nací! Maldita se la hora en que fui engendrada y la que nací, pues hasta ahora jamás me había ocurrido nada que tanto me doliese. No debería tener a mi amigo muerto, si Dios lo hubiese querido, porque mucho mejor hubiera obrado si él estuviera vivo y yo muerta. La muerte, que tanto me desazona, ¿por qué tomó antes su alma que la mía? Cuando veo muerto al ser que más quería, ¿de qué me sirve la vida? Sin él de nada me sirven la vida ni el cuerpo. Muerte, ¡saca afuera mi alma! Que sea la camarera y la compañera de la suya, si se digna aceptarla.

De este modo hacía muy gran duelo sobre un caballero que tenía brazos con la cabeza cortada. El muchacho, en cuanto la vio, no se detuvo hasta llegar a ella. Cuando estuvo cerca la saludó, y ella a él con la cabeza baja y sin dejar por ello su duelo. El muchacho le preguntó:

—Doncella, ¿quién ha muerto a este caballero que yace sobre vos?

—Gentil señor, un caballero lo mató esta mañana —contestó la doncella—. Pero me sorprende extraordinariamente una cosa que observo: que se podría, así Dios me guarde, cabalgar cuarenta

leguas, así lo afirman, derechamente en el sentido en que vos venís, sin encontrarse ni un solo albergue que fuera bueno, digno y sano, y vuestro caballo tiene los flancos lustrosos y el pelo alisado, y, si alguien lo hubiese lavado y almohazado y preparado una yacija de avena y de heno, no tendría el vientre tan lleno ni el pelo tan liso. Y en cuanto a vos mismo, me parece que esta noche habéis estado holgado y decansado.

—A fe mía —dice él—, hermosa, anoche disfruté de la mayor holgura posible, y si se nota, es natural. Y si alguien, aquí donde estamos, gritara ahora fuertemente, se podría oír con toda claridad allí donde dormí anoche. Vos no conocéis ni habéis recorrido bien este país, pues sin discusión alguna yo tuve el mejor albergue que jamás he tenido.

—¡Ah, señor! Vos dormisteis, pues, en casa del rico Rey Pescador.

—Doncella, por el Salvador, yo no sé si es pescador o rey, pero es muy discreto y cortés. Nada más puedo deciros de él, salvo que ayer, a la caída de la tarde, encontré a dos hombres que navegaban plácidamente en una barca. El uno la gobernaba y el otro pescaba con anzuelo. Éste ayer tarde me mostró su casa y me albergó en ella.

Y la doncella dijo:

—Gentil señor, es rey, os lo puedo asegurar; pero en una batalla fue herido y tullido sin remedio, de suerte que ya no se puede valer, pues fue alcanzado por un venablo entre los dos muslos, y ello aún le angustia tanto que no puede montar a caballo. Pero

cuando quiere distraerse o tomarse algún solaz, se hace meter en una barca y va pescando con el anzuelo; por esto se llama el Rey Pescador. Y por esta razón se distrae así, pues no podría soportar ni tolerar ninguna otra distracción. No puede cazar ni entregarse a la montería, pero tiene monteros, arqueros y cazadores que van por sus florestas flechando. Y por esto le gusta estar en esta morada aquí cerca, pues en todo el mundo no hay ninguna más adecuada para él, y se ha hecho hacer tal mansión como conviene a un rico rey.

—Doncella, por mi fe que es cierto lo que os oigo decir, porque ayer tarde me sorprendí extraordinariamente en cuanto estuve ante él. Yo me mantenía un poco alejado, y me dijo que me sentara a su lado y que no considerara altivez si no se levantaba para recibirme, porque no le era fácil ni posible, y yo me senté junto a él.

—Realmente, os hizo muy grande honor al sentaros a su lado. Decidme ahora si, cuando estabais sentado junto a él, visteis la lanza cuya punta sangra sin que haya en ella carne ni vena.

—¿Sí la vi? Ya lo creo, por mi fe.

—¿Y preguntasteis al rey por qué sangraba?

—No dije absolutamente nada, así Dios me valga.

—Sabed, pues, que habéis procedido muy mal. ¿Y visteis el grial?

—Sí, muy bien.

—¿Y quién lo llevaba?

—Una doncella.

—¿De dónde venía?

—De una cámara.

—¿Y adónde fue?

—Entró en otra cámara.

—¿Iba alguien delante del grial?

—Sí.

—¿Quién?

—Sólo dos pajes.

—¿Y qué llevaban en las manos?

—Candelabros llenos de candelas.

—¿Y quién venía después del grial?

—Otra doncella.

—¿Y qué llevaba?

—Un pequeño plato de plata.

—¿Preguntasteis a la gente adónde iban de este modo?

—Tal pregunta jamás salió de mi boca.

—Peor que peor, válgame Dios. ¿Cómo os llamáis amigo?

Y él, que no sabía su nombre, lo adivina y dice que se llamaba Perceval el Galés, y no sabe si dice verdad o no; pero decía la verdad, aunque no lo sabía. Cuando la doncella lo oyó, se puso en pie ante él y le dijo encolerizada:

—Tu nombre ha cambiado, buen amigo.

—¿Cómo?

—Perceval el Desdichado. ¡Ay, Perceval infortunado, cuán malaventurado eres ahora a causa de todo lo que no has preguntado! Porque hubieras reparado tanto, que el buen rey, que está tullido, hubiera recuperado el dominio de sus miembros y la posesión de su tierra, y a ti te hubieran llegado

muchos bienes. Has de saber que muchos sinsabores te vendrán a ti y a otros. Ello te ha ocurrido, sábelo bien, por el pecado respecto a tu madre, que ha muerto por el dolor que tú le produjiste. Yo te conozco mejor que tú a mí, pues tú no sabes quién soy; contigo me crié en casa de tu madre, durante mucho tiempo: soy tu prima hermana y tú eres mi primo hermano. Y no me apena menos la desgracia que te ha ocurrido al no indagar qué se hacía con el grial y adónde se le lleva y la muerte de tu madre, que lo que me apena este caballero, al que amaba y quería mucho porque me llamaba su amiga amada y me quería como franco caballero leal.

—¡Ah, prima! —dice Perceval—, si lo que me habéis dicho es cierto, decidme cómo lo sabéis.

—Lo sé tan de cierto —responde la doncella—, que yo misma la vi enterrar[1].

—Tenga Dios piedad de su alma, por su bondad —dijo Perceval—. Triste historia me habéis contado. Y puesto que está enterrada, ¿por qué he de seguir buscándola? Sólo iba porque quería verla; ahora debo emprender otro camino. Mucho me gustaría que quisierais venir conmigo, porque éste que yace aquí muerto os aseguro que ya no os servirá de nada. Los muertos con los muertos y los vivos con los vivos, y vámonos juntos vos y yo. Me parece gran necedad que os quedéis aquí custodiando este muerto; pero sigamos al que lo ha

[1] Tal vez sería posible traducir: «Lo sé tan de cierto como si la hubiese visto enterrar», lo cual parece acomodarse más a la lógica del relato.

matado y os prometo y aseguro que, si logro alcanzarlo, o me vencerá o yo le venceré a él.

Y ella, que no puede mitigar el gran dolor que siente en el corazón, le contesta:

—Buen amigo, en modo alguno me iré con vos ni me separaré de él hasta que lo haya enterrado. Si me creéis, seguir por aquella calzada, hacia allá, que por aquel camino se fue el caballero malvado y cruel que mató a mi dulce amigo. Pero, Dios me valga, no he dicho todo esto porque quiera que vos vayáis tras él, sino porque anhelo su daño como si me hubiese muerto. Mas, ¿de dónde ha salido esta espada que os cuelga del flanco izquierdo, que jamás derramó sangre de hombre ni fue desenvainada en ningún trance? Yo sé bien dónde fue hecha y sé bien quién la forjó. Procurad no fiaros de ella, que sin duda alguna os traicionará cuando estéis en gran batalla, pues os volará hecha pedazos.

—Hermosa prima, la envió ayer noche una de las sobrinas de mi buen huésped, y él me la dio y yo me tengo por muy satisfecho. Pero me inquieta mucho lo que me habéis dicho, si es cierto. Decidme ahora, si los sabéis: en el caso de que se rompiera, ¿se podría reparar?

—Sí, pero sería muy trabajoso para el que supiera seguir el camino que lleva al lago que hay al pie de Cotoatre. Allí, si la ventura os llevara, la podríais rehacer, templar de nuevo y restablecer. Id exclusivamente a casa de Trebuchet, un herrero que así se llama, porque él la hizo y la rehará, lo que no logrará jamás ningún hombre que se empeñe en

ello. Procurad que ningún otro ponga en ella sus manos, porque no sabría cómo conseguirlo.

—Cierto —dijo Perceval—, me dolería mucho que se rompiera.

Y él entonces se va y ella se queda, pues no quiere separarse del cuerpo del aquel cuya muerte tanto apena su corazón.

El orgulloso de la Landa

Y él va siguiendo unas huellas en el sendero hasta que encuentra un palafrén escuálido y cansado que iba al paso delante de él. Imaginó que estaba tan flaco y miserable porque había caído en malas manos. Parecía muy fatigado y mal alimentado, como se hace con caballo prestado, que de día se le cansa mucho y de noche se le cuida poco. Así era aquel palafrén, que de tan flaco temblaba como si estuviera aterido. Sus crines estaban peladas y las orejas le caían; los mastines y los dogos esperaban de él carnaza y pasto, pues sólo tenía el cuero encima de los huesos. Llevaba una silla en el lomo y un cabestro muy en consonancia con tal animal. Lo montaba una doncella, la más miserable que jamás fue vista. No obstante, si hubiese ido compuesta, hubiera sido muy hermosa y gentil, pero iba tan desastrada que en las ropas que vestía no había ni un palmo sano, y por los rotos le salían del seno los pechos. De cuando en cuando iba remendada con nudos y gruesas costuras; su carne parecía desga-

rrada por un rastrillo, pues la tenía abierta y requemada por el calor, el viento y el hielo. Iba descubierta y sin manto, y en su rostro había feos surcos producidos por sus lágrimas, que sin detenerse en su camino le habían descendido hasta el seno y por debajo de la ropa llegaban hasta regarle las rodillas. Muy dolorido debía de tener el corazón que tanta desdicha padecía.

Perceval, en cuanto la vio, fue velozmente hacia ella, la cual apretó su vestido para cubrir sus carnes, pero ello hacía que se abrieran otros agujeros, y, cuando se cubría una parte, tapaba un agujero y abría ciento. La alcanza Perceval descolorida, pálida y tan miserable, que al ir a acercarse a ella la oyó dolerse tristemente de su pena y su desdicha.

—¡Dios! —decía—, no permitas que siga viviendo así. No he merecido en modo alguno ser tanto tiempo tan desdichada y sufrir tanta desventura. Dios, tú que sabes bien que en nada he faltado, envíame, si te place, quien me alivie esta pena; o líbrame tú de aquel que me hace vivir en tal oprobio, en quien no encuentro piedad, y ni puedo escapar de él viva ni él quiere matarme. No sé por qué desea con tanto empeño mi compañía, si no es porque anhela mi vergüenza y mi desgracia. Y aunque él supiera de cierto que yo lo merecía, debería tener piedad, si me conserva algún afecto, porque lo he pagado tan caro. En verdad, ningún afecto me tiene, desde el momento en que me hace llevar tras él tan dura vida, sin que le importe nada.

Entonces Perceval, que estaba ya a su lado, le dijo.

—Hermosa, Dios os guarde.

Cuando la doncella lo oyó, bajó la cabeza y respondió en voz baja:

—Señor que me has saludado, tenga tu corazón cuanto desee, aunque no me está permitido decírtelo.

Y Perceval, a quien la vergüenza alteró el color, respondió:

—¡Por Dios, doncella! ¿Por qué? Pienso y creo, ciertamente, que no os he visto nunca ni os he hecho nada malo.

—Sí que lo has hecho —dijo ella—, porque soy tan desdichada y tanta es mi pena, que nadie me debe saludar; y sudo de angustia cuando alguien habla conmigo o me mira.

—Os aseguro que yo no me figuraba causaros ningún mal —dice Perceval—. Yo no he venido aquí para haceros deshonor ni ultraje, sino que mi camino me ha traído a vos; y puesto que os he visto tan malparada, pobre y desnuda, no tendrá alegría mi corazón hasta que sepa la verdad. ¿Qué aventura os ha llevado a tal dolor y a tal pena?

—¡Ah, señor, por piedad! —dice ella—. Marchaos, huid de aquí y dejadme estar en paz. El pecado os hace quedar aquí; huid y obraréis sabiamente.

—Quisiera saber —dice él— de qué temor y de qué amenaza tengo que huir, cuando nadie me persigue.

—Señor —dice ella—, no os pese, pero huid mientras os sea posible, que no sorprenda esta conversa-

ción el Orgulloso de la Landa, que sólo ambiciona batallas y peleas; porque si os encontrara aquí, estad seguros de que os mataría inmediatamente. Le molesta tanto que alguien me pare o que me retenga conversando que, si llega a tiempo, lo deja sin cabeza. No hace mucho que mató a uno; pero antes él cuenta a todos por qué me ha sumido en tanta vileza y miseria.

Mientras hablaban así el Orgulloso salió del bosque y llegó, como un rayo, por la arena y por el polvo, gritando muy alto:

—Ha caído la desgracia sobre ti, tú que vas al lado de la doncella. Has de saber que ha llegado tu fin por haberla retenido y parado un solo paso. Pero no te mataré hasta haberte explicado por qué motivo y por qué mala acción la hago vivir con tanta deshonra; pero ahora escucha y oirás la historia. Hogaño había ido un día al bosque y dejé en mi pabellón a esta doncella, que era lo único que amaba; hasta que por casualidad pasó por allí un muchacho galés. No sé quién era ni dónde iba, pero consiguió besarla a la fuerza, según ella me confesó. Pero ¿qué le impedía mentirme? Y si la besó contra su voluntad, ¿acaso no cumplió él después todo su deseo? Sí, pues nadie creería que la besara sin hacer nada más, pues una cosa trae la otra. Quien besa a una mujer, estando los dos solos, y no hace nada más, creo que es él el que no sigue adelante. La mujer que entrega su boca, muy ligeramente da todo lo demás, si hay quien bien lo entienda. Y aunque ella se defienda, ya se sabe, sin duda alguna,

que la mujer siempre quiere vencer, excepto únicamente en aquella pelea en la que tiene el hombre cogido por la garganta, y araña, muerde y forcejea, pues entonces quisiera ser la vencida. Se defiende, y es tan cobarde en su entrega, que está impaciente y quiere que se le haga fuerza, y luego no lo agradece. Por esto creo que él la hizo suya. Le quitó un anillo mío que llevaba en el dedo y se lo llevó, lo que me indigna; pero antes se bebió el fuerte vino y se comió los buenos pasteles que yo me hacía guardar. Ahora mi amiga recibe el cortés salario que le corresponde. Quien hace una locura, que la pague, para que se guarde de reincidir. Pudo verme muy encolerizado cuando volví y lo supe, y como tenía razón juré solemnemente que su palafrén no comería avena, ni sería sangrado ni herrado de nuevo, y que ella no llevaría más cota ni manto que los que vestía entonces, hasta que yo derrotara, matara y cortara la cabeza al que la había forzado.

Cuando Perceval lo hubo escuchado, le respondió palabra por palabra:

—Amigo, sabed sin duda alguna que ya ha cumplido su penitencia, pues yo soy el que la besó, y muy a pesar suyo, pues le dolió mucho. Tomé el anillo de su dedo, y nada más pasó ni nada más hice; y si me comí, os lo confieso, un pastel y medio y bebí tanto vino como quise, en esto no obré como un necio.

—Por mi cabeza —replica el Orgulloso—, has dicho ahora cosas admirables al reconocer todo

esto. Te has hecho merecedor de la muerte al confesar la verdad.

—La muerte no está aún tan cerca como te figuras —dijo Perceval.

Entonces, sin decir más, dejaron correr los caballos uno contra otro y se toparon con tal ímpetu que hicieron sus lanzas astillas. Ambos vaciaron las sillas y se derribaron mutuamente; pero en seguida se pusieron en pie y desnudaron las espadas y se asestaron grandes golpes. [Perceval le dio primero con la espada que le había sido regalada, porque quería probarla. Le asestó un golpe tan fuerte en la parte superior del yelmo de acero, que se rompió en dos pedazos la buena espada del Rey Pescador. El Orgulloso no se atemorizó, y se lo devolvió con mucha fuerza encima del yelmo labrado, y le derribó flores y piedras. Perceval tiene muy triste el corazón porque le ha fallado su espada. Pero al punto desenvaina la que fue del Caballero Bermejo, y se atacan de nuevo; pero antes recoge todos los pedazos de la otra y los guarda en la vaina. Entonces emprenden un combate tan recio que jamás visteis otro mayor][1]. La batalla fue fuerte y ruda. No quiero describirla más porque me parece que sería trabajo en vano: combatieron los dos hasta que el Orgulloso de la Landa se rindió y pidió

---

[1] El pasaje que va entre paréntesis es seguramente apócrifo. La mayoría de los manuscritos no explican la rotura de la espada, anunciada poco antes por la prima de Perceval. Este episodio, en 20 versos, es propio del manuscrito *T*, sobre el que está hecha la presente traducción; en el manuscrito *P* tiene 204 versos, y 428 en *H*.

merced. Y él, que no olvidaba que el prohombre le rogó que nunca matara a caballero que le pidiera merced, le dijo:

—Caballero, por mi fe, tú no tendrás mi merced hasta que tú la tengas de tu amiga, pues te puedo jurar que en modo alguno mereció el daño que tú le has hecho padecer.

Y aquél, que la amaba más que a sus ojos, le contestó:

—Gentil señor, quiero hacerle la reparación que vos dispongáis. No me ordenaréis nada que no esté dispuesto a hacerlo, y tengo el corazón triste y negro por el mal que le he hecho sufrir.

—Ve, pues, a la morada más próxima que poseas en estos alrededores —le dijo—, y hazla bañar a su placer hasta que quede curada y sana. Luego prepárate y llévala, bien compuesta y bien vestida, al rey Artús, salúdalo de mi parte y ponte a su merced, equipado tal como vas ahora. Y si te pregunta de parte de quién vas, dile que de parte de aquel que él hizo caballero bermejo con la aprobación y el consejo de mi señor Keu, el senescal. Y tendrás que relatar en la corte la penitencia y el daño que has hecho sufrir a tu dama, de modo que lo oigan todos los que allí se encuentren y todas, con la reina y las doncellas, entre las cuales las hay muy hermosas. Pero por encima de todas ellas aprecio a una, que, porque me sonrió, Keu le dio tal bofetada que la dejó completamente aturdida. Te mando que la busques y que le digas de mi parte que, bajo ningún pretexto entraré en corte que el rey Artús reú-

na, hasta que la haya tan bien vengado que esté alegre y contenta.

Él responde que irá muy de grado y que dirá todo cuanto le ha ordenado, sin más demora que la que sea precisa para que su dama se reponga y se atavíe como le será menester. Y que muy a gusto se lo llevaría a él mismo para que descansara y pudiera curar y atender sus heridas y sus llagas.

—Vete ahora, y que buena ventura tengas —dice Perceval—, preocúpate de otras cosas, que yo buscaré albergue en otro sitio.

Acaba así la conversación, y ni el uno ni el otro esperan más, pues se separan sin más razones.

Aquella noche hizo bañar a su amiga y vestirla ricamente, y tan bien cuidó de ella que recuperó su hermosura. Los dos emprendieron después derechamente el camino de Carlión, donde el rey Artús tenía su corte, pero muy privadamente, pues sólo había tres mil caballeros de mérito. El que venía con su dama se constituyó en prisionero del rey Artús ante todo el mundo, y cuando estuvo delante de él le dijo:

—Gentil señor rey, soy prisionero, para hacer de mí cuanto queráis. Y es bien razonable y justo, pues así me lo ordenó el muchacho que os pidió armas bermejas y las obtuvo.

Así que el rey lo oyó, comprendió muy bien qué quería decir.

—Desarmaos —le dijo—, gentil señor. Que tenga gozo y buena ventura el que me ha hecho el pre-

sente de vos, y vos sed bien venido. Por él seréis apreciado y honrado en mi casa.

—Señor, aún tengo que deciros algo antes de desarmarme; pero yo quisiera que la reina y sus doncellas vinieran a oir las nuevas que os he traído, pues no las contaré hasta que esté presente aquella que fue golpeada en la mejilla sólo por haber sonreído; jamás hizo otro mal.

Así da fin a sus palabras; y cuando el rey oye que es preciso que la reina se halle presente, la manda buscar; y ella llegó con todas sus doncellas, que se quedaron en pie en dos filas.

Cuando la reina se hubo sentado al lado de su señor el rey Artús, el Orgulloso de la Landa le dijo:

—Señora, salud os envía un caballero al que aprecio mucho y que me ha vencido con sus armas. Nada más puedo deciros de él, sino que os envía mi amiga, que es esta doncella que está aquí.

—Amigo, mucho se lo agradezco —dijo la reina.

Y él le cuenta toda la vileza y el ultraje que largamente le había impuesto, las penas que había pasado y la razón porque lo hizo; se lo dijo todo sin esconder nada. Después le enseñaron a aquella que el senescal Keu pegó, y le dijo:

—Doncella, el que me ha enviado aquí me rogó que os saludara de su parte, y que no descalzara mis pies hasta que os hubiese dicho que, si Dios le ayuda, no entrará, por nada que ocurra, en ninguna corte que reúna el rey Artús hasta que os haya vengado de la bofetada, del cachete, que os dieron por él.

Cuando el bufón lo oyó, se puso en pie de un salto, gritando:

—Keu, Keu, así Dios me bendiga, que lo pagaréis muy de veras, y ello ocurrirá próximamente.

Y después del bufón añadió el rey:

—¡Ah, Keu, muy cortéstemente obraste cuando te burlaste del muchacho! Tus burlas me lo han quitado, de modo que ya no espero verlo nunca más.

Luego el rey hizo sentar ante sí a su caballero prisionero, le perdonó su prisión y le ordenó que se desarmara. Y mi señor Gauvain, que estaba sentado al lado derecho del rey, pregunta:

—Por Dios, señor, ¿quién puede ser éste que sólo con sus armas ha vencido a tan buen caballero como es ése? Pues en todas las ínsulas del mar no he oído nombrar, ni he visto, ni he conocido, caballero que pueda compararse a ése ni en armas ni en caballería.

—Gentil sobrino, yo no lo conozco —dice el rey—, aunque lo he visto; pero cuando lo vi no me pareció oportuno preguntarle nada. Me dijo que lo hiciera caballero inmediatamente, y yo, al verlo gentil y agradable, le dije: «Hermano, con mucho gusto; pero desmontad, que mientras tanto se os irá a buscar unas armas doradas.» Y él contestó que ni las tomaría ni echaría pie a tierra hasta que tuviera armas bermejas. Dijo también otras cosas sorprendentes: que no quería tener otras armas sino las del caballero que se llevaba mi copa de oro. Y Keu, que era irritante, lo es todavía y lo será siempre, y que jamás quiere decir nada bueno, le dijo: «Hermano, el rey te da las armas y te las entrega, así

que ahora mismo puedes ir a tomarlas.» Y él, que no supo entender la burla, se creyó que se lo decía de veras. Fue tras de aquél y lo mató con un venablo que le lanzó. No sé cómo empezaron la pelea y la refriega, pero sí que el Caballero Bermejo de la Floresta de Quinquerroi lo golpeó con altivez con su lanza, no sé por qué motivo; y el muchacho le atravesó un ojo con su venablo, lo mató y se quedó con sus armas. Y después me ha servido tan a mi placer que, por mi señor San David, al que se ora y reza en Gales, no dormiré dos noches seguidas en cámara ni en sala hasta que sepa si vive en mar o en tierra, y partiré para ir en su busca.

Así que el rey hubo hecho este juramento, todos se convencieron de que no había más remedio que partir.

Las gotas de sangre en la nieve

Entonces hubierais visto meter sábanas, cubiertas y almohadas en maletas, llenar cofres, cargar acémilas, carretas y carros, y que no se escatimaban pabellones, tiendas ni tendejones. Un clérigo sabio y muy letrado no hubiera podido escribir en un solo día todo el equipo y la impedimenta que se aprestaron inmediatamente; pues como si fuera a la hueste, parte el rey de Carlión, y lo siguen todos los barones, y no queda doncella que la reina no se la lleve para boato y señorío.

Por la noche acamparon en un prado cercano a una floresta. A la mañana siguiente nevó mucho, y

toda la comarca estaba muy fría. Perceval se levantó de madrugada, como solía, porque quería buscar y encontrar aventura y caballería; y se encaminó al prado, helado y nevado, donde había acampado la hueste del rey.

Pero antes de que llegara a las tiendas, volaba una bandada de ocas que la nieve había deslumbrado. Las vio y oyó cómo iban chillando a causa de un halcón que venía acosándolas con gran ímpetu, hasta que encontró a una separada de la bandada, a la que atacó y acometió de tal modo que la derribó en tierra; pero era tan de mañana, que se fue sin querer ensañarse en la presa. Perceval aguija hacia donde ha visto el vuelo. La oca había sido herida en el cuello, y derramó tres gotas de sangre que se esparcieron sobre lo blanco, y pareció color natural. La oca no sentía mal ni dolor que la retuviera en tierra, y, antes de que él llegara, ya había reemprendido el vuelo.

Cuando Perceval vio hollada la nieve sobre la cual había descansado la oca, y la sangre que aparecía alrededor, se apoyó en la lanza para contemplar aquella apariencia; pues la sangre y la nieve juntas le rememoran el fresco color de la faz de su amiga, y se ensimisma tanto que se olvida; porque en su rostro lo rojo estaba colocado sobre lo blanco igual que aquellas tres gotas de sangre que aparecían sobre la nieve. Y la contemplación en que estaba sumido le placía tanto porque le parecía que estaba viendo el joven color de la faz de su hermosa amiga.

Perceval se absorbe en la contemplación de las tres gotas, en lo que empleó las primeras horas de la mañana, hasta que de las tiendas salieron escuderos que lo vieron absorto y se creyeron que dormitaba. Los escuderos, antes de que el rey se despertara, que aún dormía en su tienda, encontraron ante el pabellón real a Sagremor, que por su desmesura era llamado el Desmesurado. Los interpela:

—Decidme y no me lo ocultéis, ¿por qué venís aquí tan temprano?

—Señor —contestan ellos—, fuera de la hueste hemos visto a un caballero que dormita sobre su corcel.

—¿Está armado?

—Sí, en verdad.

—Yo iré a hablar con él —les dice—, y lo traeré a la corte.

E inmediatamente Sagremor corre a la tienda del rey y lo despierta, diciéndole:

—Señor, allí fuera en la landa hay un caballero que dormita.

Y el rey ordena que vaya, y también le dice y le ruega que lo traiga sin demora. En seguida mandó Sagremor que le sacaran las armas y pidió su caballo. Se cumplió en cuanto lo dijo, y se hizo armar bien y pronto. Completamente armado salió de la hueste y se acercó al caballero y le dijo:

—Señor, tenéis que ir al rey.

El otro no se mueve y da la impresión de no oírlo. Lo repite; el otro se calla, y él se indigna y dice:

—Por el apóstol San Pedro, iréis a pesar vuestro. Me arrepiento de haber gastado palabras tan en vano al rogároslo.

Entonces despliega su enseña, que llevaba enrollada en la lanza, y haciéndose un poco atrás para tomar ímpetu, hace correr al caballo hacia él y le avisa que se ponga en guardia, porque le acometerá si no se previene. Perceval mira hacia él y lo ve venir al galope; abandona su ensimismamiento y le sale al encuentro aguijando. En cuanto topan el uno con el otro, se quiebra la lanza de Sagremor; pero la de Perceval ni se rompe ni se dobla, sino que empuja con ella con tal vigor que lo derriba en medio del campo. El caballo, sin dilación, sale huyendo hacia el campamento con la cabeza erguida, y los que en las tiendas se estaban levantando lo ven, y a más de uno le fue desagradable.

Pero Keu, que nunca se podía abstener de decir sarcasmos, se burla y dice al rey:

—Gentil señor, ved cómo vuelve Sagremor. Trae al caballero por el freno y lo conduce a pesar suyo.

—Keu —dice el rey—, no está bien que de este modo os burléis de los prohombres. Id vos, y veremos si lo hacéis mejor que él.

—Muy contento estoy —responde Keu— de que os plazca que yo vaya, y os aseguro que os lo traeré a la fuerza, tanto si quiere como si no, y le haré decir su nombre.

Se hace armar cumplidamente, y luego monta y va hacia aquel que tan absorto estaba en las tres

gotas que contemplaba, que no se daba cuenta de nada más. Desde muy lejos le grita:

—Vasallo, vasallo, venid al rey. Vendréis en seguida, por mi fe, o lo pagaréis muy caro.

Perceval, al oírse amenazar, vuelve la cabeza de su caballo y pica con las espuelas de acero hacia aquel que no viene lentamente. Ambos desean hacerlo bien y se acometen sin disimulo. Keu da tan fuerte que rompe y quiebra su lanza como una corteza, pues ha puesto en ello todo su vigor. Perceval no se demora y le da encima de la bloca, y de tal modo lo derriba sobre una roca, que le disloca la clavícula y le parte el hueso del brazo derecho, entre el codo y el sobaco, como si fuera una seca astilla, tal como dijo el bufón, que muy a menudo lo había pronosticado: cierto fue el pronóstico del bufón. Keu se desvanece por el dolor, y su caballo huye hacia las tiendas a gran trote.

Cuando los bretones ven que vuelve el caballo sin el senescal, los pajes montan y damas y caballeros acuden, lo encuentran desvanecido y se figuran que está muerto. Entonces todos y todas comenzaron a hacer un gran duelo sobre él.

Y Perceval se vuelve a apoyar en la lanza sobre las tres gotas. Pero el rey sentía gran pesadumbre porque el senescal estaba herido; y está tan triste y apenado que le dicen que no desmaye, que se curará, siempre que haya médico que sepa volverle a poner la clavícula en su sitio y ajustar el hueso roto. El rey, que sentía gran ternura por él y en su corazón lo amaba mucho, le envía un médico muy

sabio y dos doncellas de su escuela, que le encajaron la clavícula, le soldaron el hueso roto y le vendaron el brazo. Lo llevaron luego a la tienda del rey y lo reanimaron mucho, diciéndole que curaría completamente y que no desespere por nada. Mi señor Gauvain dijo al rey:

—Señor, señor, Dios me valga, no es de razón, como bien sabéis y como vos mismo siempre habéis dicho y juzgado acertadamente, que un caballero aparte a otro de su ensimismamiento, cualquiera que sea, como esos dos han hecho. Yo no sé si ellos tienen razón, pero lo cierto es que les ha salido mal. El caballero estaría pensativo porque habría perdido alguna cosa o su amiga le había sido robada, y se entristecía y penaba por ello. Si os pluguiera, iría a ver su continente, y si lo encontrara ya fuera de su ensimismamiento, le diría y le rogaría que viniese a vos hasta aquí.

Estas palabras indignaron a Keu, que dijo:

—¡Ah, mi señor Gauvain! Traeréis al caballero cogido del freno, aunque le pese. Bien hecho estará, si os lo tolera y os otorga la batalla; de este modo habéis hecho prisioneros a muchos. Cuando el caballero está fatigado y ha peleado mucho, entonces es el momento oportuno para que el que es un prohombre le pida un don y le vaya a combatir. Gauvain, cien veces sea maldito mi cuello si vos no sois tan necio que no se os pueda enseñar algo; lo que sabéis es regalar con palabras muy bellas y elegantes. ¿Proferiréis acaso palabras insultantes, rudas y altivas? Maldito sea el que lo creyó y quien

lo crea, aunque sea yo mismo. En verdad que este negocio lo podréis solventar en brial de seda; no os será preciso ni desenvainar espada ni quebrar lanza. Sólo os podréis enorgullecer de que no os faltará la lengua para decirle: «Señor, Dios os guarde y os dé gozo y salud», y al punto hará vuestra voluntad. Nada tengo que enseñaros, porque vos lo amansaréis como se amansa a un gato acariciándolo, y todos dirán, «Ahora combate fieramente mi señor Gauvain».

—¡Ah, señor Keu! —respondió él—, me lo podríais decir más amablemente. ¿Queréis vengar en mí vuestra cólera y vuestro mal humor? Si puedo, dulce amigo, os aseguro que lo traeré. Y no volveré con el brazo estropeado ni la clavícula dislocada porque no me gusta nada este salario.

—Id en seguida, sobrino —dijo el rey—, que habéis hablado muy cortésmente. Si es posible, traédmelo; pero llevad todas vuestras armas, porque desarmado no iréis en modo alguno.

Al punto se hace armar aquel que tenía la fama y el mérito de todas las bondades, y monta en un caballo fuerte y diestro. Se va derechamente hacia el caballero, que estaba apoyado en la lanza y aún no se había cansado de su ensimismamiento, que mucho le placía. Y como el sol había derretido dos de las gotas de sangre que estaban en la nieve y la tercera iba borrándose, el caballero ya no estaba tan absorto como antes. Mi señor Gauvain se le acerca cabalgando despacio, y sin poner el rostro fiero le dice:

—Señor, os hubiera saludado si conociera vuestro corazón tan bien como conozco el mío. Lo que yo puedo deciros es que soy un mensajero del rey, que por mediación mía os manda y os ruega que vayáis a hablar con él.

—Ya han estado otros dos aquí —contesta Perceval—, que me quitaban mi gozo y me querían llevar como si fuera un prisionero. Pero estaba yo tan sumido en un ensimismamiento que me placía mucho, que los que querían apartármelo no buscaban mi provecho. Porque en este lugar había tres gotas de fresca sangre que iluminaban lo blanco; y al contemplarlo me parecía que estaba viendo el fresco color del rostro de mi hermosa amiga, y no quería apartarme de aquí.

—En verdad —dijo mi señor Gauvain—, que este ensimismamiento no era vil, sino muy cortés y dulce; y era perverso y rudo el que alejaba a vuestro corazón de ello. Pero ahora mucho quiero y deseo saber qué pensáis hacer vos; porque, si no os disgustara, muy de grado os conduciría hasta el rey.

—Decidme primeramente, amable amigo —contesta Perceval—, si está allí el senescal Keu.

—Sí está, en verdad. Y sabed que fue él quien hace poco justó con vos, pero tan cara le salió la justa que, si no lo sabéis, le habéis quebrado el brazo derecho y dislocado la clavícula.

—Pues entonces he bien vengado, a lo que creo, a la doncella que él pegó.

Cuando mi señor Gauvain lo oyó se sorprendió, y estremeciéndose, dijo.

—Señor, Dios me valga, el rey no busca otra cosa sino a vos. ¿Cómo os llamáis, señor?

—Perceval, señor, ¿y vos?

—Señor, sabed, ciertamente que mi nombre de bautismo es Gauvain.

—¿Gauvain?

—Sí, gentil señor.

Perceval se alegró mucho y dijo:

—Señor, he oído hablar de vos muy bien en muchos sitios, y deseaba que entre nosotros dos hubiera amistad, si os place y os conviene.

—En verdad —dijo mi señor Gauvain— que ella no me place menos que a vos, sino más, a lo que creo.

Y Perceval respondió:

—Así, pues, yo iré gustosamente, porque ello es justo, adonde vos queráis, y me considero mucho más digno desde el momento que soy vuestro amigo.

Entonces se abrazan el uno al otro y se ponen a desatarse los yelmos, las cofias y las viseras, se quitan las mallas y se van con gran contento.

Los pajes, que los vieron abrazarse desde un otero donde estaban apostados, corrieron a presencia del rey y le dijeron:

—Señor, señor, mi señor Gauvain trae al caballero, y uno y otro van muy gozosos.

Cuantos oyen la nueva salen de las tiendas y corren a su encuentro. Y Keu dice al rey, su señor:

—Ya ha alcanzado el premio y el honor mi señor Gauvain, vuestro sobrino. Muy peligrosa y dura fue

la batalla, si no me equivoco, pues vuelve tan alegremente como se marchó: no ha recibido ningún golpe de otro, ni otro ha sentido ningún golpe suyo, ni él le ha desmentido las palabras; es justo que reciba alabanza y premio y que se diga que ha logrado lo que nosotros no pudimos conseguir, aunque pusimos en ello todo nuestro poder y nuestro esfuerzo.

Y así, como suele, dice Keu todo lo que le viene en gana, sea justo o no. Y mi señor Gauvain no quiere llevar a la corte a su compañero armado, sino desarmado. En su tienda lo hace desarmar y un chambelán suyo saca de su cofre unas ropas, que le presenta y le ofrece para que las vista. Cuando estuvo bien y elegantemente vestido con cota y manto muy buenos y que le caían muy bien, se dirigieron, uno al lado del otro, al rey, que estaba sentado delante de su tienda, y mi señor Gauvain le dijo:

—Señor, os traigo a aquel que, según creo, conocisteis con mucho agrado hace exactamente quince días. Éste es aquel de quien tanto hablabais; éste es aquel que ibais buscando: os lo traigo, helo aquí.

—Gracias a vos, gentil sobrino —dijo el rey, que se apresuró a ponerse en pie para recibirlo, diciéndole—: Gentil señor, bienvenido seáis. Os ruego que me digáis cómo debo llamaros.

—A fe mia, no os lo ocultaré —dijo Perceval—, buen señor rey: me llamo Perceval el Galés.

—¡Ah, Perceval, gentil dulce amigo!, desde el momento en que habéis entrado en mi corte, no parti-

réis de ella con mi venia. Mucho he lamentado que cuando os vi por vez primera no supe comprender la reparación a que Dios os había destinado. Pero se averiguó en seguida y toda mi corte lo supo por la doncella y por el bufón que golpeó el senescal Keu; y vos habéis hecho completamente verdaderos sus pronósticos. Ahora nadie pone en duda que haya oído nuevas verdaderas de vuestras caballerías.

Mientras decía estas palabras llegó la reina, que había oído las nuevas del que había llegado. En cuanto Perceval la vio, pues le fue dicho quién era, y advirtió detrás a la doncella que sonrió cuando él la miró, fue en seguida hacia ellas y dijo:

—Dios dé gozo y honor a la más hermosa, a la mejor, de cuantas damas existen, como atestiguan todos los que la ven y todos los que la han visto.

La reina le respondió:

—Vos seáis el bien hallado, como caballero experimentado en altas y bellas empresas.

Luego Perceval saluda a la doncella que le sonrió, y la abraza y le dice:

—Hermosa, si os fuera necesario, yo sería el caballero que jamás os negará su ayuda.

La doncella le dio las gracias.

La fea doncella de la mula

Grande fue el agasajo que el rey, la reina y los barones hicieron a Perceval el Galés, con el cual aquel mismo día regresaron a Carlión. Grandes fies-

tas hicieron toda aquella noche, y lo mismo el día siguiente, hasta el tercero, cuando vieron llegar a una doncella montada en una mula leonada y que llevaba en la mano derecha una zurriaga.

Esta doncella llevaba dos trenzas torcidas y negras; y si son ciertas las palabras con que el libro las describe, nunca hubo nada tan rematadamente feo, ni en el mismo infierno. Nunca habéis visto hierro tan ennegrecido como su cuello y sus manos, y esto era lo de menos comparado con sus otras fealdades. Sus ojos eran dos agujeros pequeños, como ojos de rata; su nariz era de mona o de gato, y sus labios de asno o de buey. Sus dientes eran de un color tan rojizo que parecían de yema de huevo, y tenía barbas como un buco. En la mitad del pecho tenía una jiba y por la espalda parecía corcovada; sus caderas y sus hombros eran muy adecuados para danzar, y con la joroba de detrás y las piernas, retorcidas como dos hachas, parecía estar a punto de abrir el baile.

Avanza con su mula hasta situarse frente a todos los caballeros: jamás en corte de rey se había visto doncella semejante. Saluda en general al rey y a todos sus barones, excepto a Perceval, y desde la mula leonada dijo lo siguiente:

—¡Ay, Perceval! Fortuna es calva por detrás, y delante tiene un mechón. Maldito sea quien te salude y quien te desee y procure algún bien, pues no acogiste a Fortuna cuando la encontraste. Entraste en casa del Rey Pescador y viste la lanza que sangra, y te fue tan penoso abrir la boca y hablar que

no pudiste preguntar por qué brota aquella gota de sangre de la punta del hierro blanco; tampoco preguntaste ni indagaste a qué prohombre se servía con el grial que tú viste. Muy desdichado es el que ve la ocasión que más le conviene y aún espera que venga otra mejor. Tú eres el desdichado, porque tuviste ocasión y lugar de hablar y te callaste; fue tu gran oportunidad. Gran desgracia fue que te callaras, pues si hubieses preguntado, el rico rey, que ahora languidece, estaría ya completamente curado de su herida y poseería su tierra en paz, lo que ya no conseguirá nunca. ¿Y sabes tú que ocurrirá debido a que el rey no posea la tierra y no sea curado de sus heridas? Las damas perderán a sus maridos, las tierras serán devastadas, las doncellas, desamparadas, quedarán huérfanas y morirán muchos caballeros. Todos estos males vendrán por tu culpa.

Luego dijo la doncella al rey:

—Rey, me voy, no os desagrade, porque esta noche debo albergarme lejos de aquí. No sé si habéis oído hablar del Castillo Orgulloso, pero esta noche tengo que estar allí. Hay en este castillo quinientos sesenta y seis caballeros de mérito, y sabed que todos tienen a su amiga consigo, gentiles damas, corteses y hermosas. Os doy la nueva de que nadie va allí que no encuentre justa o batalla. El que quiera hacer caballerías, si allí las busca, no saldrá defraudado. Pero el que quiera alcanzar el mayor premio de todo el mundo, yo creo saber el sitio y lugar de la tierra donde podrá conquistarlo mejor, si es capaz de emprenderlo. En el cerro que hay cerca de Montescleire

hay una doncella sitiada; gran honor conquistaría el que pudiera levantar el sitio y liberar a la doncella, pues ganaría la mejor fama y, si Dios le diera tan buena ventura, podría ceñir con todo derecho la Espada del Extraño Tahalí.

Entonces la doncella, que ya había dicho todo lo que había querido, se calló y se fue sin decir nada más. Y mi señor Gauvain se puso en pie de un salto y dijo que iría y haría todo cuanto pudiera para socorrer a la doncella. Por su parte, Girflet, el hijo de Do, dijo que, si Dios le ayudaba, iría ante el Castillo Orgulloso.

—Y yo subiré al Monte Doloroso —dijo Kahedín—, y no cejaré hasta llegar allí.

Pero Perceval habló de modo distinto. Dijo que en toda su vida no dormiría dos noches seguidas en el mismo albergue; que cuando tuviera nuevas de un paso difícil, no dejaría de ir a pasarlo; que cuando supiera de un caballero que vale más que otro, o que otros dos, no se abstendría de luchar con él, hasta saber a quién se sirve con el grial y hasta haber encontrado la lanza que sangra y se le diga la verdad probada de por qué sangra; y por ningún trabajo dejará de hacerlo.

Y se levantaron hasta cerca de cincuenta caballeros, comprometiéndose y juramentándose a dar cima a toda suerte de maravillas y aventuras de que tengan noticia, aunque sea en una dañina tierra.

RETO DE GUINGANBRESIL

Mientras se preparaban y se estaban armando, entra Guinganbresil por en medio de la puerta de la sala, con un escudo de oro, en el que una banda de azur ocupaba la tercera parte perfectamente medida. Guinganbresil reconoció al rey y lo saludó como debía; pero no saludó a Gauvain, al que acusó de traición diciéndole:

—Gauvain, tú mataste a mi señor, y lo hiciste sin haberlo desafiado. Por ello eres digno de vergüenza, de reproche y de vituperio, y te acuso de traición. Y sepan bien todos estos barones que no he mentido ni en una sola palabra.

Al oir esto mi señor Gauvain se puso en pie de un salto muy corrido, y su hermano, Agrevain el Orgulloso, se irguió, lo retuvo y le dijo:

—¡Por Dios, gentil señor! No deshonréis vuestro linaje. Yo os defenderé de este vituperio, de este reproche y de esta vergüenza de que este caballero os acusa, os lo prometo.

Y él le replicó:

—Hermano, nadie me defenderá sino yo mismo, y soy yo quien debe defenderse porque sólo me acusa a mí. Pero si yo hubiese hecho algún daño a algún caballero, y lo supiera, gustosamente pediría paz y propondría tal reparación, que tanto sus amigos como los míos la encontrarían bien. Pero como lo que ha dicho es un ultraje, yo me defiendo de él y ofrezco mi prenda, aquí o donde a él le plazca.

Y él dice que le probará la vergonzosa y villana traición al cabo de la cuarentena ante el rey de Escavalón, quien, a su juicio y parecer, es más hermoso que Absalón.

—Y yo te juro —dice Gauvain— que inmediatamente te seguiré, y allí veremos quien impondrá su derecho.

Al punto Guinganbresil se vuelve, y mi señor Gauvain se prepara para seguirle sin tardanza. Quien tenía buen caballo, buena lanza, buen yelmo o buena espada, se apresuró a ofrecérselo; pero a él no le agradó llevar nada ajeno. Se llevó consigo a siete escuderos, siete caballos y dos escudos. Antes de que saliera de la corte se hizo por él gran duelo: hubo pechos golpeados, cabellos arrancados y muchas caras arañadas. No hubo dama, por juiciosa que fuera, que no manifestara gran dolor por él. Gran llanto derraman muchas y muchos, y mi señor Gauvain se va.

Me oiréis relatar muy largamente las aventuras que encontró.

Gauvain y la doncella de las mangas pequeñas

Primeramente vio pasar por una landa una comitiva de caballeros, y le preguntó a un escudero, que iba solo detrás, llevando de la brida un caballo español y un escudo al cuello:

—Escudero, dime quiénes son estos que pasan por aquí.

Y le respondió:

—Señor, es Meliant de Liz, un caballero noble y valiente.

—¿Eres tú suyo?

—No; mi señor se llama Traé d'Anet, y no vale menos que él.

—A fe mía —dijo mi señor Gauvain—, que conozco bien a Traé d'Anet. ¿Adónde va? No me lo ocultes.

—Señor, va a un torneo que Meliant de Liz ha fijado contra Tiebaut de Tintaguel, y mi deseo sería que fuerais al castillo para luchar contra los de fuera.

—¡Dios! —exclamó entonces mi señor Gauvain— ¿no fue Meliant de Liz criado en casa de Tiebaut?

—Sí, señor; así Dios me salve; su padre amó mucho a Tiebaut como amigo suyo, y tanto confió en él, que en su lecho de muerte le encomendó a su hijo, que era niño. Él lo crió y lo cuidó lo más cariñosamente que pudo, hasta que fue capaz de pedir y requerir el amor de una hija suya; y ella dijo que no le concedería su amor mientras fuera escudero. Y él, que anhelaba grandes empresas, se hizo armar caballero en seguida e insistió en su petición. «Ello no será en modo alguno —dijo la doncella—, a fe mía, hasta que, delante de mí, hayáis hecho tantas armas y justado tanto que mi amor os cueste caro; porque las cosas que se adquieren de balde no son tan dulces y sabrosas como las que se compran. Si queréis tener mi amor, concertad un torneo con mi padre, porque quiero asegurarme bien de que mi

amor estará bien colocado si lo pongo en vos.» Y, tal como ella propuso, el torneo ha sido fijado, porque amor tiene tan gran señorío sobre aquellos que están bajo su dominio, que no osarían negarle nada que se dignase ordenarles. Muy indolentes seríais vos si no entrarais en el recinto del castillo, pues si los queréis ayudar, tendrán gran necesidad de vos.

Y él le contestó:

—Vete, hermano, y sigue a tu señor, es lo más juicioso, y deja estar esto que dices.

Entonces él se marchó, y mi señor Gauvain siguió su camino, sin dejar de dirigirse a Tintaguel, pues no podía pasar por otro sitio.

Tiebaut había hecho reunir a todos sus parientes y primos, había llamado a sus vecinos, y todos habían acudido, poderosos y humildes, jóvenes y ancianos. Pero Tiebaut no había encontrado en su consejo privado aprobación para tornear con su señor [1], pues tenían mucho miedo que los quisiera destruir completamente, e hicieron amurallar bien el castillo y revocar todas sus entradas. Las puertas fueron amuralladas con piedras duras y mortero, y ya no se necesitó otro portero; sólo dejaron despejada una pequeña poterna, cuya puerta no era precisamente de vidrio, pues, para que fuera duradera, era de cobre, y se cerraba con una barra y había en ella el hierro que cabe en un carro.

---

1 Alude, indudablemente a Meliant de Liz, aunque no se ha dicho ni se podía sospechar que éste fuera «señor» de los que Tiebaut ha reunido en consejo o incluso del propio Tiebaut.

Hacia esta puerta se dirigía mi señor Gauvain con toda su impedimenta, y por aquí tenía que pasar o volverse atrás, pues no había otra vía ni camino hasta siete leguas largas. Cuando vio que la poterna estaba cerrada, se metió en un prado vallado con estacas que había al pie de la torre, y desmontó al lado de una encina en la que colgó sus escudos. Lo veían la gente del castillo, la mayoría de la cual tenía gran pena porque se había suspendido el torneo. Pero había en el castillo un viejo vavasor, muy temido y muy sabio, poderoso por sus tierras y por su linaje, y que era creído en todo cuanto decía, cualquiera que fuera el resultado. Cuando los que llegaban le fueron mostrados desde lejos, antes de que hubiesen entrado en el prado cercado, fue a hablar a Tiebaut y le dijo:

—Señor, así Dios me salve, que he visto venir hacia aquí a dos caballeros que, a mi parecer, son compañeros del rey Artús. Dos prohombres tienen mucha categoría, y hasta uno solo puede vencer en un torneo. Por mi parte aconsejaría que fuéramos decididamente al torneo, pues tenéis buenos caballeros, buenos soldados y buenos arqueros que les matarán los caballos. Estoy seguro de que vendrán a tornear hacia esta puerta. Si su orgullo los trae hasta aquí, nuestra será la ganancia y de ellos la pérdida y el quebranto.

Siguiendo este consejo, Tiebaut permitió a todos que se armaran y que salieran armados los que quisiesen. Ahora se alegran los caballeros, y los escuderos corren a las armas y a los caballos y los ensillan.

Y las damas y las doncellas van a sentarse en los sitios más altos para contemplar el torneo; y ven, debajo de ellas, en la esplanada, la impedimenta de mi señor Gauvain, y al principio se figuraron que había dos caballeros al advertir dos escudos colgados de la encina. Dicen que se han colocado arriba para verlo todo, y se consideran nacidas en buena hora porque podrán ver a estos dos caballeros que se armarán delante de ellas. Esto suponían unas, pero había otras que decían:

—¡Dios, señor mío! Este caballero lleva tanta impedimenta y tantos corceles que habría suficiente para dos, y no va con ningún compañero. ¿Qué hará con dos escudos? Nunca fue visto caballero que llevara dos escudos juntos.

Y les parece asombroso que, si aquel caballero va solo, lleve dos escudos. Mientras hablaban de este modo y los caballeros salían, la hija mayor de Tiebaut, la que había hecho concertar el torneo, subió a la parte alta de la torre. Con la mayor estaba la pequeña, que vestía sus brazos tan graciosamente que era llamada la Doncella de las Mangas Pequeñas, pues las llevaba muy ceñidas. Junto con las dos hijas de Tiebaut subieron todas las damas y las doncellas. En aquel momento delante del castillo se reúne el torneo; y no había nadie tan apuesto como Meliant de Liz, a juicio de su amiga, que decía a las damas de su alrededor:

—Señoras, no sabría mentiros, pero os aseguro que nunca vi ningún caballero que me gustara tanto como Meliant de Liz. ¿Hay mayor solaz y deleite

que contemplar a tan hermoso caballero? Quien tan bien sabe conducirse, bien ha de montar a caballo y manejar lanza y escudo.

Y su hermana, que estaba sentada a su lado, le dijo que había otro más gallardo. Y aquélla se encolerizó tanto, que se levantó para pegarla, pero las damas la echaron hacia atrás, la detuvieron e impidieron que le diera, lo que le pesó mucho.

Y empieza el torneo, en el que se quebró mucha lanza, se dieron muchos golpes con las espadas y hubo muchos caballeros derribados. Sabed que al que justa con Meliant de Liz muy caro le cuesta, pues ante su lanza no hay quien resista sin caer por el duro suelo. Y si se le quiebra la lanza, asesta grandes golpes con la espada, y lo hace mejor que cuantos hay en una y en otra parte. Su amiga siente tanto gozo que no puede callarse, y dice:

—Señoras, ¡ved qué maravillas! Nunca visteis ni oísteis hablar de nada parecido. Ved aquí al más gallardo mozo que jamás vieron vuestros ojos, pues es el más hermoso y el que mejor lidia de todos los que hay en el torneo.

Y la pequeña dijo:

—Yo veo a otro que tal vez es más gallardo y mejor.

Y aquélla al punto, como encendida y fogosa, la interpela:

—¿Vos, chiquilla, habéis sido tan atrevida que por vuestra mala ventura habéis osado censurar a criatura que yo haya alabado? Tened esta bofetada, y guardaos de volverlo a hacer.

Y le pega de tal modo que le marca todos los dedos en el rostro. Las damas que están a su lado le reprenden mucho y se la quitan; y poco después vuelven a hablar entre ellas de mi señor Gauvain:

—¡Por Dios! —dice una de las doncellas—. El caballero que está debajo de aquel árbol, ¿qué espera, que no se arma?

Y otra más importuna les dice:

—Ha jurado la paz.

Y otra añade después:

—Es un mercader. No os figuréis que intervenga en el torneo. Todos estos caballos los trae para venderlos.

—No, es un banquero —dice la cuarta—. Y lo único que quiere es distribuir el caudal que lleva entre los pobres escuderos que hay por aquí. No creáis que os engaño: en estos sacos y en estas maletas hay moneda y vajilla.

—Tenéis muy mala lengua, en verdad —dice la pequeña—, y os equivocáis. ¿Os imagináis a un mercader con una lanza tan grande como la que lleva éste? Me tenéis muerta con las diabluras que decís. Por la fe que debo al Espíritu Santo, más parece un torneador que un mercader o un banquero. Es caballero, bien lo parece.

Y todas las damas le atajan:

—Tenéis razón, hermosa amiga: si lo parece es que no lo es. Pero finge serlo porque así se imagina defraudar los impuestos y los peajes. Es tonto y se cree listo, pues de ésta no pasa sin que sea preso

como ladrón cogido y sorprendido en un robo vil y necio y que se le eche una soga al cuello.

Mi señor Gauvain oye claramente los escarnios que las damas dicen de él, y siente gran vergüenza y gran enojo; pero piensa, y tiene razón, que se le ha acusado de traición y que debe ir a defenderse; y que si no se presentara en la batalla, como ha jurado, deshonraría a él primero y después a todo su linaje. Y como temía la posibilidad de ser herido o preso, no había participado en el torneo, aunque tenía muchas ganas, pues ve que la pelea cada vez se hace más fuerte y mejora.

Meliant de Liz pide lanzas gruesas para atacar mejor. Y todo el día, hasta el atardecer, hubo torneo delante de la puerta. Quien algo ha ganado se lo lleva donde se figura tenerlo más a salvo. Las damas ven a un escudero gordo y calvo que agarraba un trozo de lanza y llevaba una cabezada al cuello. Una de las damas le llama necio y tonto, y le dice:

—Dios me valga, escudero, que sois un loco desatado, pues vais por la refriega rapiñando hierros de lanza, cabezadas, astillas y gruperas. ¿Así os equipáis de escudero? Quien tanto se rebaja, poco se aprecia a sí mismo. Veo muy cerca de vos, en este prado que está debajo de nosotras, una fortuna sin custodia ni defensa; y necio es quien no piensa en su provecho mientras puede conseguirlo. Ved al caballero más bondadoso que jamás ha existido, que no se movería aunque le pelaran los bigotes. No menospreciéis este botín, y proceded cuer-

damente apoderándoos de todos estos caballos y del resto de la hacienda, que nadie os lo impedirá.

E inmediatamente aquél entró en el prado, dio a uno de los caballos con su trozo de lanza y dijo:

—Vasallo, ¿acaso no estáis bueno y sano que os habéis pasado todo el día aquí apostado, sin hacer absolutamente nada y sin falsar escudo ni quebrar lanza?

—Dime —le contesta—, ¿y a ti qué te importa? Tal vez llegarás a saber el motivo de la abstención; por mi cabeza, ahora no me dignaré explicártelo. Sal de aquí, sigue tu camino y ocúpate de lo tuyo.

Y se alejó de él en seguida, pues no era capaz de atreverse a insistir en cosa que lo enojara.

Se ha suspendido el torneo, y ha habido muchos caballeros prisioneros y muchos caballos muertos; y, si los de fuera se han llevado el mérito, los de dentro se han hecho con la ganancia. Al separarse por la noche, tras haberse comprometido a reunirse al día siguiente en el campo para tornear, entraron en el castillo los que de allí habían salido. Y también mi señor Gauvain, que entró detrás de la comitiva y encontró delante de la puerta al noble vavasor que había aconsejado a su señor que empezara el torneo; y con gracia y amabilidad le pidió que lo albergara.

—Señor —le contestó—, en este castillo tenéis albergue preparado. Descansad en él, si os place; si siguierais más adelante, hoy no encontraríais buen albergue, y por esto os ruego que os quedéis aquí.

—Gentil señor —le dijo Gauvain—, me quedaré agradeciéndooslo mucho, pues cosas peores he oído decir.

El vavasor se lo lleva a su casa y, hablando de esto y de aquello, le preguntó a qué se debía que durante todo el día no hubiera intervenido con sus armas en el torneo. Y él le dio cumplida razón: que se le acusaba de traición, y temía caer prisionero, o ser herido o maltrecho, lo que le impediría justificarse de la injuria, y le parecía que con su tardanza podría deshonrar a sí mismo y a todos sus amigos si no acudía a la hora en que la batalla había sido concertada. El vavasor se lo elogió mucho y le dijo que le parecía muy bien, pues si por esto se había inhibido del torneo, era muy razonable. Y lo acompaña hasta su casa, en la cual los dos desmontan.

Las gentes del castillo se dedican a inculparlo duramente y sostienen una gran discusión para decidir cómo su señor podría prenderlo. La hija mayor insiste en ello cuanto puede y sabe por odio a su hermana, y dice:

—Señor, bien sé que hoy nada habéis perdido, sino que creo que habéis ganado mucho más de lo que os imagináis, y os diré por qué. Erraríais si os limitarais a ordenar que vayan a prenderlo, pues no se atreverá a defenderlo quien lo ha entrado en esta villa, porque vive de malas supercherías. Lleva consigo lanzas y escudos y conduce caballos para parecer caballero y así defraudar en los impuestos, pues de esta suerte se finge exento cuando viaja con sus mercaderías. Dadle el premio que merece;

está en casa de Garín, el hijo de Berta, que lo ha albergado. Por aquí pasó hace poco y vi que él lo llevaba hacia allá.

Así se esforzaba en que se le hiciera oprobio. Y el señor, al punto, monta y se encamina a la casa en que mi señor Gauvain vivía, porque quería ir en persona. Cuando la hija pequeña vio que se iba en tal disposición, salió por una puerta trasera, sin preocuparse de que se la viese, y se fue directamente al albergue de mi señor Gauvain, en casa de Garín, el hijo de Berta, que tenía dos hijas muy hermosas. Cuando vieron estas doncellas que su pequeña señora se acercaba, se sintieron obligadas a manifestar alegría, lo que hicieron sin disimulo. La tomaron por las manos y la recibieron con gran gozo besándole los ojos y la boca.

Garín, que no era pobre ni menesteroso, había vuelto a montar a caballo y, juntamente con su hijo Hermán, se dirigían a la corte, como de costumbre, porque querían hablar con se señor, pero lo encontraron en medio de la calle. El vavasor lo saludó y le preguntó dónde iba, y él le contestó que quería ir a recrearse a su casa.

—Por mi fe —dijo Garín—, que esto no me molesta ni me desagrada; y vos podréis ver al más gallardo caballero de la tierra.

—Por mi fe —ataja el señor—, no es esto precisamente lo que pretendo, sino hacerlo prender. Es un mercader que viene a vender caballos y se hace pasar por caballero.

—¡Vaya! —dijo Garín—. De muy vil asunto me habláis. Yo soy vuestro vasallo y vos mi señor, pero aquí mismo os devuelvo vuestro homenaje. Ahora mismo os desafío, en mi nombre y en el de todo mi linaje, antes de tolerar que en mi casa hagáis a éste ninguna inconveniencia.

—Nunca pretendía hacerla, así Dios me valga —dice el señor—, y vuestra casa y vuestro huésped sólo recibirán de mí honor; y no precisamente, a fe mía, porque me lo hayan aconsejado y haya sido amonestado.

—Muchas gracias —dice el vavasor—, y será para mí un gran honor si venís a ver a mi huésped.

Se aproximan el uno al otro y se van juntos en seguida, hasta llegar a la casa donde estaba mi señor Gauvain. Cuando éste, que tenía muy buena crianza, lo vio, se levantó y dijo:

—Bien venido seáis.

Y los dos lo saludaron y se sentaron a su lado. Y el señor de aquel país le preguntó por qué durante todo el día, ya que había venido al torneo, se había abstenido de tornear. Y él, sin negarle que ello le había producido rubor y vergüenza, le cuenta acto seguido que un caballero lo acusaba de traición y que iba a una corte real a defenderse de ello.

—Justo motivo tuvisteis, sin duda alguna —dijo el señor—. Pero ¿dónde será esta batalla?

—Señor —contesta—, debo presentarme ante el rey de Escavalón, y voy por el camino más recto, me imagino.

—Yo os daré una escolta que os conducirá —dijo el señor—. Y como os será preciso pasar por una tierra muy pobre, os daré víveres, y caballos que los lleven.

Y mi señor Gauvain le responde que no tiene necesidad de aceptarlo; pues si los puede encontrar a la venta, tendrá gran abundancia de víveres, y también buen albergue y todo lo que necesite, vaya donde vaya, y que por esto no acepta el ofrecimiento.

En esto el señor se levanta para irse, pero al hacerlo ve venir por la otra parte a su hija pequeña, la cual inmediatamente abrazó a Gauvain por las piernas y le dijo:

—Gentil señor, escuchadme, que vengo a querellarme ante vos de mi hermana, que me ha pegado. Hacedme justicia, si os place.

Y mi señor Gauvain se quedó callado, porque no sabía a quién se refería, pero le pasó la mano por la cabeza. Y la doncella tira de él y le dice:

—Con vos hablo, gentil señor, y ante vos me querello de mi hermana, a la que no quiero ni amo porque por vos me ha hecho hoy una gran afrenta.

—¿Y a mí, hermosa, qué me atañe? —dice él—. ¿Qué justicia puedo haceros?

El señor, que ya se había despedido, al oír lo que su hija pedía le dijo:

—Hija, ¿quién os manda venir a querellaros ante los caballeros?

Y Gauvain preguntó:

—Amable señor, ¿ésta es, pues, hija vuestra?

—Sí —contesta el señor—, pero no hagáis caso de sus palabras. Es muy niña, una boba criatura alocada.

—Sí, pero yo sería muy grosero —dice mi señor Gauvain— si no escuchara lo que quiere. Decidme —añade—, niña mía dulce y buena, ¿qué justicia podría haceros de vuestra hermana, y cómo?

—Señor, sólo es preciso que mañana, por amor a mí, os plazca entrar armado en el torneo.

—Decidme, amiga querida, si alguna otra vez tuvisteis necesidad de requerir a algún caballero.

—Nunca, señor.

—No hagáis caso de lo que dice —interrumpe el señor—, y no escuchéis sus tonterías.

Y mi señor Gauvain le dijo:

—Señor, así Dios me ayude, ha dicho unas niñerías tan graciosas, como cuadra a doncella tan pequeña, que no se lo negaré; y ya que lo desea, mañana seré un rato su caballero.

—Os lo agradezco mucho, gentil señor caballero —dijo ella, que estaba tan contenta que se inclinó hasta sus pies.

Entonces se marcharon sin decir nada más. El señor coloca a su hija en el cuello del palafrén, y le pregunta por qué había surgido la querella. Y ella le cuenta la verdad de cabo a rabo, diciendo:

—Señor, me era muy desagradable oír a mi hermana que aseguraba que Meliant de Liz era el mejor y el más hermoso de todos. Y yo, que había visto abajo en el prado a este caballero, no pude evitar contradecirla afirmando que veía a uno más

hermoso. Por esto mi hermana me llamó necia chiquilla y me zurró, y maldito sea el que le divirtió. Me dejaría cortar las dos trenzas hasta la nuca, lo que me afearía mucho, a cambio de que en el día de mañana mi caballero, en medio de la pelea, derribara a Meliant de Liz. Se acabarían entonces los gritos de mi señora hermana, que hoy ha sostenido una gran discusión que enoja a todas las damas; pero a gran viento poca lluvia.

—Hermosa hija —le dice el señor—, os recomiendo y os permito, porque sería de gran cortesía, que le enviéis alguna prenda de amistad, sea una manga, sea una toca.

Y ella, que era muy inocente, le contesta:

—Muy de grado lo haré, si vos lo decís; pero mis mangas son tan pequeñas que no osaría enviarle una. Tal vez no la apreciaría en nada.

—Hija —dijo el señor—, ya pensaré en ello. Ahora callad, que estoy muy satisfecho.

Y así hablando la lleva entre sus brazos, y a ella le dan gran placer que la abrece y la coja, hasta que llegan ante el palacio. Cuando la otra lo vio llegar llevando delante a la pequeña, sintió gran saña en su corazón y le dijo:

—Señor, ¿de dónde viene mi hermana, la Doncella de las Mangas Pequeñas? Ya sabe muchas mañas y muchas argucias, y se ha despabilado muy pronto. Pero ¿dónde la habéis llevado?

—¿Y a vos qué os importa? —contesta él—. Deberíais callaros, que ella vale más que vos, y le ha-

béis tirado de las trenzas y pegado, lo que mucho me pesa. No habéis obrado como cortés.

Y se quedó muy turbada por la riña y reprimenda de su padre. Éste hizo sacer de un cofre una tela de seda bermeja, la hizo cortar y hacer una manga muy larga y holgada, y llamó a su hija y le dijo:

—Hija, levantaos mañana bien temprano e id al caballero antes de que salga. Dadle por amor esta manga nueva, y que la lleve cuando vaya al torneo.

Y ella contesta a su padre que, en cuanto vea amanecer al alba clara, se despertará muy gustosamente y se lavará y compondrá.

Tras estas palabras el padre se fue; y ella, que sentía gran gozo, rogó a todas sus acompañantes que no la dejaran dormir mucho por la mañana y que se apresuraran a despertarla así que vieran amanecer, si realmente querían su amor.

Lo cumplieron fielmente, pues en cuanto vieron por la madrugada quebrar el alba, la hicieron vestir y levantarse. La doncella se levantó temprano, y completamente sola se fue al albergue de mi señor Gauvain; pero no llegó tan pronto que no se hubiesen levantado ya todos para ir al monasterio a oír una misa que se cantó para ellos. La doncella aguardó en casa del vavasor hasta que hubieron rezado muy largamente y oído todo lo que debían oír. Y cuando regresaron del monasterio corrió hacia mi señor Gauvain y le dijo:

—Dios os salve y os dé honor en el día de hoy. Pero por mi amor llevad esta manga que os traigo.

—De buen grado la llevaré y mucho os lo agradezco, amiga —respondió mi señor Gauvain.

No tardó mucho que empezaran a armarse los caballeros, y a reunirse fuera de la villa, y por su parte las doncellas y todas las damas del castillo subieron a las murallas y vieron la llegada de las comitivas de caballeros fuertes y bravos. Adelantándose a todos Meliant de Liz galopa hacia la liza, y deja a sus compañeros retrasados dos yugadas y media. Cuando la amiga ve a su amigo, no puede callar la lengua, y dice:

—Señoras, venid a ver al que posee la fama y el señorío de la caballería.

Y mi señor Gauvain se precipita tanto como puede correr su caballo hacia aquel que no lo teme y que hace pedazos su lanza. Y mi señor Gauvain lo acomete, y le causa tal quebranto, que lo deja en tierra boca arriba. Tiende la mano hacia su caballo, lo agarra del freno, lo entrega a un paje y le dice que vaya con él a aquella por la cual tornea y le diga que le envía el primer botín que ha ganado aquel día, porque quiere que sea para ella. Y el paje lleva el caballo con su silla a la doncella, que desde una ventana de la torre había visto caer a Meliant de Liz, y decía:

—Hermana, ahora podéis ver por el suelo a Meliant de Liz, al que tanto ibais ponderando. Sólo el buen conocedor sabe alabar justamente: ahora se confirma lo que dije ayer, y ahora se ve bien claro, así Dios me salve, que hay quien vale más.

Y así, con toda la intención, va mortificando a su hermana, hasta el punto que la saca de quicio y dice:

—¡Cállate, chiquilla! Que si vuelvo a oírte decir una sola palabra, te daré tal bofetada que los pies no te aguantarán derecha.

—No tentéis a Dios, hermana —dice la doncella pequeña—, proque no es justo que me peguéis por haber dicho la verdad. Lo cierto es que yo lo he visto bien derribado, y vos tan bien como yo; y me parece que todavía no tiene fuerzas para levantarse. Y aunque reventéis, os debo añadir que no hay aquí dama que no lo vea pernear echado en el suelo.

La otra, que no podía soportarlo, le hubiera dado un cachete, pero las damas que estaban alrededor no le dejaron que la pegara. Entonces vieron venir al escudero, que llevaba el caballo cogido con la mano derecha, el cual, cuando encontró a la doncella sentada en una ventana, se lo ofreció. Le dio más de sesenta gracias, e hizo guardar el caballo. El paje fue a transmitir las gracias a su señor, el cual bien parecía ser el amo y señor del torneo, pues no hay caballero, por diestro que sea, que si le apunta con la lanza, no le suelte los estribos. Nunca había tenido tanta ansia de ganar corceles. Cuatro, que ganó con su esfuerzo, ofreció aquel día: el primero lo envió a la doncella pequeña; con el segundo correspondió a las atenciones de la mujer del vavasor, a quien le complació mucho; y las dos hijas de éste tuvieron el tercero y el cuarto.

Se da por acabado el torneo, y mi señor Gauvain regresa por la puerta llevándose la primacía de un campo y de otro. Todavía no era mediodía cuando salió de la liza. En su regreso acompañaba a mi señor Gauvain una gran comitiva de caballeros, de los que estaba llena la villa, y todos cuantos lo seguían preguntaban y querían saber quién era y de qué país. Frente a la puerta de su albergue encuentra a la doncella, que en cuanto lo vio le sujetó el estribo, lo saludó y le dijo:

—Quinientas mil gracias, gentil señor.

Y él, que comprendió bien lo que quería decir, le respondió muy afable:

—Doncella, mi cabeza estará llena de canas antes de que me desentienda de serviros, dondequiera que me halle. Por alejado que esté de vos, no habrá traba que me impida, si sé que me necesitáis, acudir en cuanto reciba el primer mensaje.

—Muchas gracias —dijo la doncella.

Así estaban hablando cuando llegó a la plaza el padre, que puso todo su empeño en que mi señor Gauvain se quedara aquella noche y se albergara en su casa; pero antes le pide y le ruega que, si lo tiene a bien, le diga su nombre. Mi señor Gauvain declinó la invitación y le dijo:

—Señor, me llamo Gauvain; jamás oculté mi nombre cuando me fue preguntado, pero nunca lo dije si antes no se me pedía.

Cuando el señor oyó qu era mi señor Gauvain, su corazón se llenó de alegría y le dijo:

—Quedaos, señor, y admitid que esta noche os obsequie, que ayer no lo hice, y os puedo jurar que jamás vi caballero a quien quisiera honrar tanto.

Pero mi señor Gauvain no aceptó lo que tanto le rogaba. Y la doncella pequeña, que no era necia ni mala, le tomó el pie y se lo besó y lo encomendó a Dios. Mi señor Gauvain le preguntó con qué intención lo había hecho, y le respondió que le había besado el pie con el propósito de que se acordara de ella dondequiera que estuviera. Y él le dijo:

—No lo dudéis, pues así Dios me valga, hermosa amiga, desde que parta de aquí jamás os olvidaré.

Y entonces se marchó, después de haberse despedido de su huésped y de toda la gente, y todos lo encomendaron a Dios.

Gauvain en Escavalón

Mi señor Gauvain durmió aquella noche en una abadía, donde no le faltó nada. Al día siguiente, muy de mañana, iba cabalgando por su camino y advirtió unos venados que pacían en los lindes de una floresta. Dijo a Yonet que se detuviera, que cinchara al mejor de sus caballos, al que llevaba con la mano derecha, que le aprestara una lanza muy recia y fuerte y que se hiciera cargo de su palafrén. Y él no se entretiene, pues sin demora le entrega el caballo y la lanza. Gauvain se pone en persecución de los venados, y les dio tantas vueltas y los engañó con tantos ardides, que atrapó a uno

blanco en un zarzal y le dio de través en el cuello con la lanza. Pero el venado salta como un ciervo y se le escapa, y él lo persigue y está a punto de alcanzarlo, y lo hubiera apresado si su caballo no hubiese perdido la herradura de una de sus patas delanteras. Y mi señor Gauvain vuelve a emprender el camino detrás de su impedimenta, pues nota que su caballo se debilita con su peso, y ello le preocupa mucho; pero no sabe por qué cojea, a no ser que el pie haya dado con un troncón. Llamó en seguida a Yonet y le ordenó que desmontara y que viera qué le pasaba a su caballo, que cojeaba excesivamente. Sigue a sus órdenes, le levanta un pie, ve que le falta una herradura, y dice:

—Señor, hay que herrarlo; no queda si no seguir muy despacio hasta que encontremos a un herrador que pueda volver a herrarlo.

Fueron siguiendo su camino hasta que vieron a un grupo de gente que salía de un castillo y que avanzaba por una calzada. Iban delante, a pie, unos mozos arremangados que llevaban perros; luego venían cazadores con arcos y flechas, y después caballeros. Detrás de estos caballeros iban dos en dos corceles; uno de ellos era joven y el más gentil y gallardo de todos. Éste fue el único que saludó a mi señor Gauvain, y lo tomó de la mano y le dijo:

—Señor, os retengo. Id allí de donde yo vengo y entrad en mis mansiones. Ya es hora y sazón de albergarse, si no os pesa. Tengo una hermana muy cortés que os agasajará mucho. Señor, éste que veis a mi lado os conducirá. —Y dirigiéndose al aludido,

le ordenó: —Gentil compañero, id con este señor y llevadlo a mi hermana. Después de saludarla, decidle que le encargo, en nombre del amor y de la gran fe que debe existir entre ella y yo, que ame y quiera a este caballero como al que más, y que lo trate como me trataría a mí, que soy su hermano. Y que le dé solaz y le haga compañía que le sean agradables hasta que nosotros hayamos vuelto. Y cuando ella lo haya recibido con toda amabilidad, seguidnos rápidamente, que yo volveré para hacerle compañía lo más pronto que pueda.

El caballero emprende la marcha y conduce a mi señor Gauvain allí donde todos lo odian a muerte; pero no lo conocen porque no lo han visto nunca, y él, por su parte, no cree tener que precaverse. Contempla la situación del castillo, que estaba edificado en un brazo de mar, y ve los muros y la torre, tan fuerte que nada puede temer. Y mira la villa toda, poblada de gente muy agradable, y los bancos de cambio de oro y de plata cubiertos de monedas, y las plazas y las calles llenas de buenos menestrales entregados a diversos oficios. Tan diversos son los oficios, que uno hace yelmos, otro lorigas, uno sillas, otro escudos, uno cabezadas, otro espuelas; unos bruñen espadas, otros abatanan telas, otros las tejen, otros las peinan y otros las tunden. Otros funden plata y oro, y los hay que hacen obras ricas y preciosas: copas, vasos, escudillas, joyas engastadas en esmaltes, anillos, cinturones y broches. Se diría y se creería que la villa estaba siempre en ferias, de tanta riqueza estaba llena: cera, pimienta,

grana, pieles de armiño y grises, y toda clase de mercaderías.

Mirándolo todo, y deteniéndose en cada puesto, llegaron a la torre, de la que salieron pajes que recogieron todos los caballos y todo el equipaje. El caballero entró en la torre solo con mi señor Gauvain, y de la mano lo condujo a la cámara de la doncella, y le dijo:

—Hermosa amiga, vuestro hermano os envía salud y os encomienda que este señor sea honrado y servido; no lo hagáis de mala gana, sino con todo el corazón, como si vos fuerais su hermana y él fuera vuestro hermano. Procurad no ser avara en hacer toda su voluntad, sino sed liberal, franca y amable. Cuidaos de él, que yo me voy, porque debo seguir a vuestro hermano en el bosque.

Y ella, muy gozosa, dice:

—Bendito sea quien me envió tal compañía como ésta; quien me proporciona tan gentil compañero no me odia, bien al contrario. Gentil señor —añade la doncella—, venid a sentaros aquí, a mi lado. Porque os veo gallardo y gentil, y porque mi hermano me lo pide, os haré la mejor compañía.

En seguida el caballero se vuelve, pues no permanece más con ellos. Y mi señor Gauvain se queda, y en modo alguno se queja de estar solo con la doncella, que era muy cortés y muy hermosa, y estaba tan bien educada que no podía imaginar que nadie la vigilara al quedarse sola con él. Ambos hablaban de amor, porque si hablaran de otra cosa, no harían sino perder el tiempo. Mi señor Gauvain la requiere

de amores, le ruega y le dice que toda su vida será su caballero; y ella no lo rechaza, sino que lo acepta muy de buen grado.

De pronto entró allí, lo que mucho les molestó, un vavasor que reconoció a mi señor Gauvain, y los encontró besándose y disfrutando mucho. En cuanto vio aquel placer no pudo mantener la boca callada y gritó con gran fuerza:

—¡Mujer, maldita seas! Dios te aniquile y te confunda porque te dejas acariciar por el hombre que más deberías odiar en todo el mundo, y te besa y te abraza. Haces lo que es bien propio que hagas, mujer infortunada y necia, porque con tus manos, y no con la boca, deberías arrancarle el corazón de las entrañas. Si tus besos le llegan al corazón, le has arrancado el corazón de las entrañas; pero mejor hubieras obrado si se lo hubieses destrozado con las manos, que era lo que debías hacer. Nada tiene de mujer la que odia el mal y ama el bien, y se equivoca el que sigue llamándola mujer, porque pierde el nombre cuando sólo ama el bien. Pero bien veo que tú eres mujer, porque el que se sienta a tu lado mató a tu padre, y tú lo besas. Cuando la mujer consigue lo que anhela, poco le importa todo lo demás.

Al acabar estas palabras sale rápidamente afuera antes de que mi señor Gauvain le pudiera decir nada. Ella cayó en el pavimento y estuvo largo rato desvanecida; y mi señor Gauvain la levanta muy apesarado y dolido por el temor que ella había sentido. Cuando hubo vuelto en sí dijo:

—¡Ah, muertos estamos! Muy injustamente moriré hoy por vos, y vos, a lo que creo, por mí. Me figuro que vendrá aquí el vulgo de esta villa, y pronto habrá más de diez mil aglomerados delante de esta torre. Pero aquí dentro hay bastantes armas, con las que os armaré muy pronto. Un prohombre solo podría defender esta bóveda contra toda una hueste.

Muy intranquilizada corre en busca de las armas; y cuando lo hubo revestido con la armadura, tanto ella como mi señor Gauvain se sintieron más seguros; pero como éste, por desgracia, no pudo conseguir escudo, se hizo uno con un tablero de ajedrez, y le dijo:

—Amiga, no necesito que me busquéis otro escudo.

Y tiró las piezas por el suelo, que eran de marfil y diez veces mayores y de más duro hueso que cualquier otro ajedrez. Venga quien venga, desde ahora está dispuesto a defender la puerta y la entrada de la torre, porque llevaba ceñida a Escalibor, la mejor espada que jamás existió y que taja el hierro como si fuera madera.

El vavasor, que había salido de allí, encontró al alcalde, los regidores y gran multitud de burgueses sentados en junta de vecinos, que no solían alimentarse de pescado, porque estaban gordos y rollizos. Con gran celeridad llegó a la reunión, diciendo:

—¡A las armas, señores! Vayamos a prender al traidor de Gauvain, que mató a mi señor.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? —dicen unos y otros.

—Os doy fe de que he encontrado a Gauvain, el traidor probado, solazándose en aquella torre —les dice—; abraza y besa a nuestra doncella, y ella no tan sólo no lo rechaza, sino que le gusta y lo desea. Venid en seguida, que iremos a prenderlo. Si lo podéis entregar a mi señor, le haréis un gran servicio. El traidor merece ser tratado afrentosamente; pero, no obstante, apresadlo vivo, porque mi señor lo preferirá vivo que muerto, y no sin razón, que los muertos no tienen nada que temer. Alborotad a toda la villa y cumplid con vuestro deber.

Al punto se levantaron el alcalde y todos los regidores. Hubierais podido ver entonces a villanos furiosos tomando hechas y alabardas; hay quien coge un escudo sin tiracol, quien una puerta, quien un harnero. El pregonero vocea el bando y se reúne todo el pueblo y tocan las campanas de la comunidad para que no falte nadie; ninguno hay tan menesteroso que no acuda con horca, mayal, pico o mazo. Para matar el limaco nunca hubo tanto alboroto en Lombardía[1], pues no hay nadie tan humilde que deje de acudir con algún arma.

He aquí a mi señor Gauvain muerto, si Dios no lo ilumina. La doncella se prepara valerosamente a ayudarle, y grita a los de la comunidad:

—¡Hu, hu, villanaje, perros rabiosos, viles siervos! ¿Qué diablo os trae aquí? ¿Qué buscáis? ¿Qué

[1] Esta comparación, que aparece en otros textos franceses de la época, se aplica a las personas que hacen grandes y cuidadosos preparativos antes de emprender algo muy fácil y que no ofrece ningún peligro.

queréis? ¡Que Dios os quite todo placer! Válgame Dios, que no os llevaréis al caballero que está aquí, pues ante, si a Dios place, habrá no sé cuántos muertos y lisiados. No ha llegado aquí en volandas ni por caminos ocultos, sino que me lo envió mi hermano en calidad de huésped, encomendándome mucho que lo tratara como a su propia persona. ¿Y me consideráis villana si le hago compañía y le doy alegría y solaz rogada por mi hermano? Quien quiera escucharlo que lo escuche: no lo he hecho por ninguna otra razón ni jamás imaginé locura. Y lo que más os censuro es que me hagáis tanto deshonor desenvainando vuestras espadas a la puerta de mi cámara, y no sabéis decir por qué razón. Y si lo sabéis, nada me habéis dicho, lo que es para mí una gran afrenta.

Mientras ella decía lo que le venía en gana, los otros golpeaban la puerta con sus hachas hasta partirla en dos mitades. Pero les ha interceptado el paso el portero que había dentro: con su espada ha premiado tan bien al primero, que los demás se han acobardado y ninguno se atreve a seguir adelante; todos miran por sí mismos y temen por su cabeza. Ninguno de ellos es tan valiente que no tenga miedo del portero, ni hay quien sea capaz de tocarlo con la mano ni que quiera avanzar un paso.

La doncella les tira con mucha saña las piezas de ajedrez que había por el suelo, se ciñe la ropa y se arremanga y jura encolerizada que, si puede, antes de morir los hará aniquilar a todos. Pero los villanos se retiran y deciden hundir la torre encima de

ellos, si no se entregan; pero aquéllos se defienden a más y mejor con las gruesas piezas de ajedrez que les tiran. La mayoría echa a correr hacia atrás porque no pueden soportar el asalto, y con picos de acero se ponen a socavar la torre a fin de derribarla, ya que no osan asaltarla ni combatir la bien defendida puerta. Tenéis que creerme, si os place, que la puerta era tan angosta y baja que sólo con mucha dificultad la podrían franquear dos hombres al mismo tiempo; y por esto un valiente solo podía defenderla y guardarla. No era necesario mejor portero que el que allí había para hendir hasta los dientes a hombres desarmados y descalabrarlos.

De todo esto nada sabía el señor que lo había albergado, pero regresó lo más pronto que pudo del bosque donde había ido a cazar. Aquéllos, mientras tanto, socavaban la torre con picos de acero. De pronto, he aquí que Guinganbresil, que nada sabía de toda esta aventura, llegó al castillo galopando y se quedó muy atónito por el ruido y el martilleo que hacían los villanos. No sabía ni palabra de que mi señor Gauvain estuviera en el castillo, y cuando se enteró de ello, ordenó que nadie, fuera quien fuese, y si aprecia en algo su persona, se atreviera a remover ni una sola piedra. Le contestaron que por él no dejarían lo que habían emprendido, y que hoy mismo la derribarían, sepultando su propia persona si se metía dentro. Cuando vio que su prohibición no servía de nada, se propuso ir a buscar al rey y traerle al alboroto que habían iniciado los bur-

gueses. Pero como el rey ya estaba regresando del bosque, le salió al encuentro y le explicó:

—Señor, gran afrenta os han hecho vuestro alcalde y vuestros regidores, que desde esta mañana asaltan y derriban vuestra torre. Si no lo pagan muy caro, no os lo perdonaré. Como bien sabéis, ya había acusado a Gauvain de traición, y es él quien habéis hecho albergar en vuestras mansiones, y sería muy justo y razonable que, desde el momento en que lo habéis convertido en vuestro huésped, no recibiera aquí ni deshonra ni ultraje.

Y el rey respondió a Guinganbresil:

—Maestro, no recibirá tal en cuanto nosotros lleguemos. Mucho me enfada y me pesa lo que ha ocurrido. No ha de sorprenderme que mis gentes lo odien a muerte; pero, si puedo, evitaré su persona de prisión y de heridas porque yo lo he albergado.

Y así llegaron a la torre, que encontraron rodeada de gente que movía mucho alboroto, y dijo al alcalde que se fuera y que los de la comunidad se retiraran. Se fueron, y no quedó ninguno, porque ésta fue la voluntad del alcalde.

En la plaza había un vavasor, nacido en aquella villa, y que aconsejaba a todo el país porque tenía muy buen juicio.

—Señor —dijo este vavasor—, ahora debo aconsejaros bien y de buena fe. En modo alguno es sorprendente que quien mató a vuestro padre a traición haya sido asaltado, pues aquí, como sabéis, es justamente odiado a muerte. Pero le hecho de haber sido albergado por vos lo debe garantir y proteger

de ser preso y de muerte. Y si no se quiere mentir, debe salvaguardarlo y garantirlo. Guinganbresil, al que veo allá, porque fue a la corte del rey a acusarlo de traición. No debe ocultarse que él ha venido a vuestra corte a defenderse; pero yo aconsejo aplazar estaba batalla un año, y que él se vaya a buscar la lanza cuyo hierro sangra siempre, y nunca está tan enjuto que no prenda de él una gota de sangre. O que os entregue esta lanza, o que se ponga a merced vuestra en tal prisión como está aquí. Entonces encontraréis mejor pretexto que el que tendríais ahora para retenerlo preso. Me figuro que no podríais imponerle trabajo más difícil de llevar a término por él. Al que se odia hay que imponerle lo más gravoso que se puede y que se sabe; y para torturar a vuestro enemigo no sabría aconsejaros nada mejor.

El rey se atiene a este consejo. Entró en la torre a ver a su hermana, y la encontró muy encolerizada. Se dirigió hacia él, junto con mi señor Gauvain, que no muda el color ni tiembla por miedo que tenga. Guinganbresil se acercó a él, y tras saludar a la doncella, que estaba muy demudada, le dijo vanamente estas palabras:

—Señor Gauvain, señor Gauvain, yo os había tomado bajo mi salvaguarda, pero os puse la condición de que no fuerais tan osado de entrar en castillo ni ciudad que fueran de mi señor, y no os plugo hacerlo. Ahora no es momento de debatir lo que aquí se os ha hecho.

Y un sabio vavasor dijo:

—Señor, así Dios me ayude, todo se puede arreglar. ¿A quién se deben exigir cuentas si los villanos lo han asaltado? El pleito no se habría fallado el día del juicio. Pero se procederá según el parecer del rey, mi señor, que está aquí: él me encarga y yo lo digo que, a condición de que ello no pese ni a vos ni a él, ambos aplacéis hasta dentro de un año esta batalla, y que mi señor Gauvain se vaya, tras haberle tomado mi señor un juramento: que antes de un año, sin más prórroga, le entregará la lanza cuya punta gotea la sangre clara que llora; y está escrito que llegará una hora en que todo el reino de Logres, que antaño fue la tierra de los otros, será destruido por esta lanza. Este juramento y esta fianza quiere tener mi señor el rey.

—En verdad —dijo mi señor Gauvain— que antes me dejaría morir o languidecer siete años aquí dentro que hacer este juramento y comprometerle mi palabra. No tengo tanto miedo a la muerte que no prefiera sufrirla y soportarla con honor a vivir con vergüenza y perjurar.

—Gentil señor —dijo el vavasor—, en el sentido que os quiero decir, ello no os causará deshonor ni pasaréis a peor estado, a mi parecer: vos juraréis que pondréis todo vuestro empeño en buscar la lanza; y si no volvéis con ella, os reintegraréis en esta torre y habréis cumplido el juramento.

—Tal como vos decís —respondió—, estoy dispuesto a prestar el juramento.

Inmediatamente le trajeron un precioso relicario, y él juró que pondría todo su empeño en buscar la lanza que sangra.

Así se suspendió la batalla entre él y Guinganbresil, que fue aplazada un año, y ha escapado de gran peligro cuando de éste ya estaba a salvo. Antes de que saliera de la torre, se despidió de la doncella; y dijo a todos sus pajes que se volvieran a su tierra, llevándose a todos los caballos, excepto Gringalet. Así lo pajes se separan de su señor y se van. No tengo ganas de hablar más de ellos ni del dolor que tienen.

Aquí precisamente el cuento se calla de mi señor Gauvain y empieza a tratar de Perceval.

PERCEVAL Y EL ERMITAÑO

Nos dice la historia que Perceval perdió la memoria de tal suerte que no se acordó más de Dios. Cinco veces pasaron abril y mayo, o sea cinco años enteros, sin que entrara en monasterio ni adorara a Dios ni a su cruz. Así pasó cinco años, pero no por esto dejó de buscar caballerías, e iba en demanda de extraordinarias aventuras, crueles y duras, y cuando las encontró se mostró digno de ellas. Envió presos a la corte del rey Artús a sesenta caballeros de mérito en el transcurso de los cinco años. Así pasó cinco años sin acordarse jamás de Dios. Al cabo de estos cinco años sucedió que iba caminando, como solía, por un desierto, armado de todas sus armas, cuando encontró a tres caballeros, y con

ellos hasta diez damas, con las cabezas tapadas con capuchas, andando a pie y descalzos y vestidos de estameña. Estas damas, que por la salvación de sus almas y por los pecados cometidos, hacían penitencia a pie, se sorprendieron mucho al verlo venir armado y sosteniendo la lanza y el escudo; y uno de los tres caballeros lo paró y le dijo:

—Amable amigo, ¿acaso no creéis en Jesucristo, que escribió la nueva ley y la dio a los cristianos? Porque, en verdad, no es bueno ni razonable, sino un gran error, llevar armas el día que Jesucristo fue muerto.

Y él, que tan torturado tenía el corazón que no se preocupaba del día, de la hora, ni del tiempo, contestó:

—¿Qué día es, pues, hoy?

—¿Qué día señor? ¿No lo sabéis? Hoy es el viernes santo, día en que se debe adorar la cruz y llorar los pecados, pues hoy fue clavado en la cruz el que fue vendido por treinta dineros; el que, limpio de toda culpa, vio las que ataban y manchaban a todo el mundo, y se hizo hombre por nuestros pecados. Es verdad que fue Dios y hombre, nacido de la Virgen que concibió por el Espíritu Santo, con lo que Dios recibió carne y sangre, y fue divinidad cubierta por carne humana, lo que es cosa cierta. Y quien esto no crea, no le verá la faz. Nació en Nuestra Señora y tomó forma y alma de hombre con su santa divinidad quien verdaderamente en tal día como hoy fue clavado en la cruz y sacó del infierno a todos sus amigos. Santísima fue aquella muerte,

que salvó a los vivos, y a los muertos los resucitó de muerte a vida. Los falsos judíos, que deberían ser muertos como perros, por odio que le tenían, hicieron gran daño a sí mismos y gran bien a nosotros cuando lo alzaron en la cruz, pues ellos se perdieron y a nosotros no salvaron. Todos los que en Él creen deben hacer hoy penitencia; y, el que cree en Dios, hoy no debe llevar armas ni en campo ni en camino.

—¿Y de dónde venís ahora así? —preguntó Perceval.

—Señor, de aquí cerca, de un prohombre, de un santo ermitaño que habita en esta floresta, y que es un varón tan santo, que sólo vive de la gloria de Dios.

—Por Dios, señores, ¿qué hicisteis allí? ¿Qué pedisteis? ¿Qué buscasteis?

—¿Qué, señor? —dijo una de las damas—. Le pedimos consejo para nuestros pecados y nos confesamos. Hicimos lo más importante que puede hacer el cristiano que quiera semejarse a Nuestro Señor.

Esto que oyó Perceval le hizo llorar, y se propuso ir a hablar con el prohombre.

—Quisiera ir allí —dijo Perceval—, si supiera el sendero y el camino.

—Señor, el que quiera ir debe seguir derechamente este sendero, por el que hemos venido, a través del bosque tupido y denso, y tener en cuenta las ramas que con nuestras propias manos anudamos cuando pasamos. Hicimos estas señales para que no se extraviara quien quisiera ir al santo ermitaño.

Entonces se encomendaron mutuamente a Dios y no se dijeron nada más. Se interna en el camino y el corazón le suspiraba en las entrañas porque se sentía culpable hacia Dios, de lo que se arrepentía mucho; y llorando atravesó todo el bosque.

Cuando llegó a la ermita, desmontó, se desarmó, ató el caballo a una encina y entró en la morada del ermitaño. Lo encontró en una capillita, con un presbítero y un acólito, en verdad, cuando empezaban el más alto y más dulce servicio que pueda hacerse en la santa Iglesia. Así que entró en la capilla, Perceval se puso de rodillas; y el buen hombre, al verlo muy sencillo y llorando de tal suerte que las lágrimas le llegaban manando hasta el mentón, lo llamó. Y Perceval, que temía mucho haber ofendido a Dios, se echó a los pies del ermitaño, se inclinó ante él y juntó sus manos, y le rogó que le diera consejo, pues mucho lo había menester. El buen hombre lo indujo a decir su confesión, pues no alcanzará remisión si no se confiesa y arrepiente.

—Señor —dijo él—, hace cinco años que yo no sé dónde me encuentro, que ni amé a Dios ni creí en Él y no hice sino mal.

—¡Ah, buen amigo! —dijo el prohombre—. Dime por qué has hecho esto y pide a Dios que tenga piedad del alma de su pecador.

—Señor, estuve una vez en casa del Rey Pescador y vi la lanza cuyo hierro sin duda alguna sangra, y nada pregunté sobre aquella gota de sangre que vi pender de la punta del hierro blanco. Y luego, en verdad, no lo reparé. Y no sé a quién se sirvió

con el grial que allí vi, y ello me ha dolido después tanto, que hubiera deseado la muerte; y olvidé a Nuestro Señor y no le pedí perdón ni hice nada, que yo sepa, por lo que pudiera ser perdonado.

—¡Ah, gentil amigo! —dijo el prohombre—. Dime ahora cómo te llamas.

—Perceval, señor.

Al oir esta palabra el prohombre suspiró, porque reconoció el nombre, y dijo:

—Hermano, mucho te ha perjudicado un pecado del que tú no sabes nada: se trata del dolor que sintió tu madre por ti cuando te separaste de ella, que cayó desvanecida en el suelo de la cabeza del puente, delante de la puerta, y por este dolor murió. Debido al pecado que hay en ti, te ocurrió que no preguntaras nada sobre la lanza ni sobre el grial, por lo que te han venido muchos males; y has de saber que no hubieras sobrevivido tanto, si ella no te hubiese encomendado a Nuestro Señor. Pero sus palabras tuvieron tal virtud, que Dios, en atención a ella, te ha preservado de muerte y te ha salvado de prisión. El pecado te trabó la lengua cuando viste delante de ti el hierro que jamás dejó de sangrar, y no preguntaste la razón de ello. Y necio criterio fue el tuyo cuando no supiste preguntar a quién se sirve con el grial. Aquel a quien con él se sirve es mi hermano, y hermana mía y suya fue tu madre; y creo que el rico Pescador es hijo del rey que se hace servir en aquel grial. No os imaginéis que en él haya lucio, lamprea ni salmón; con una sola hostia, que se le lleva en este grial, el santo varón su vida

sostiene y vigoriza: tan santa cosa es el grial, y él es tan espiritual, que para su vida no necesita nada más que la hostia que va en el grial. Así ha estado doce años sin salir de la cámara donde viste entrar el grial. Ahora quiero imponerte y darte penitencia por tu pecado.

—Así lo quiero yo de todo corazón, buen tío —dijo Perceval—. Ya que mi madre fue hermana vuestra, me debéis llamar sobrino y yo a vos, tío, y debo amaros más.

—Verdad es, gentil sobrino, pero ahora escucha: si tienes piedad de tu alma, arrepiéntete de veras y, antes de ir a otro lugar, ve todas las mañanas a hacer penitencia al monasterio, porque te será de provecho, y no lo dejes por ningún motivo. Si te encuentras donde haya monasterio, capilla o parroquia, acude en cuanto suene la campana o antes, si ya estás levantado, y ello no te apesadumbrará, porque prosperará mucho tu alma. Y si empieza la misa, quedarte te hará mucho bien, y permanece hasta que el cura lo haya dicho y cantado todo. Si haces esto con voluntad, podrás alcanzar gran premio y conseguirás honor y paraíso. Ama a Dios, cree en Dios, adora a Dios, honra a los barones y a las damas venerables y ponte en pie en presencia de clérigos; es un servicio que cuesta poco y que Dios estima muy de veras porque procede de humildad. Si una doncella reclama tu ayuda, o una dama viuda, o una huérfana, préstasela, que será mejor para ti. Esta limosna es muy cabal: ayúdalas, y obrarás bien, y procura no dejarlo de hacer por nada. Esto

es lo que quiero que hagas por tus pecados, si quieres recobrar la gracia y tener la suya. Dime ahora si quieres hacerlo.

—Sí, señor; muy de grado.

—Pues te ruego que durante dos días enteros permanezcas aquí conmigo, y que en penitencia comas los mismos alimentos que yo.

Perceval se lo otorga todo; y el ermitaño le confió al oído una oración, e insistió tanto hasta que la supo. En esta oración se mencionaban varios de los nombres de Nuestro Señor, y entre ellos los más sublimes, que boca de hombre no debe pronunciarlos sino en trance de muerte. Cuando le hubo enseñado bien la oración, le prohibió que los pronunciara bajo ningún pretexto, salvo en gran peligro. Y él le aseguró:

—Haré como decís, señor.

Se quedó, oyó el servicio y experimentó gran gozo. Después del servicio, adoró la cruz y lloró sus pecados. Aquella noche comió lo que plugo al santo ermitaño; pero sólo hubo acelgas, perifollos, lechugas y berros, mijo y pan de cebada y de avena, y agua de clara fuente. Su caballo tuvo un cuenco lleno de paja y cebada.

Así Perceval recordó que el viernes santo Dios recibió muerte y fue crucificado. En Pascua recibió Perceval la comunión muy dignamente.

El cuento aquí no habla más largamente de Perceval, y oiréis hablar mucho de mi señor Gauvain antes de que me oigáis contar nada de él.

GAUVAIN Y LA ORGULLOSA

Mi señor Gauvain tanto anduvo desde que escapó de la torre donde la comunidad le había asaltado, que entre tercia y mediodía llegó a un otero y vio una encina alta, grande y tan frondosa que daba buena sombra. Vio un escudo colgado de la encina y a su lado una lanza derecha. Se encaminó a la encina y vio a su lado un pequeño palafrén noruego, lo que le sorprendió mucho porque son cosas que no emparejan, a su parecer, armas y palafrén. Si el palafrén hubiese sido caballo, hubiera creído que algún vasallo, recorriendo el país para alcanzar fama y mérito, habría subido a aquel otero. Pero al mirar al pie de la encina vio sentada a una doncella, que le hubiera parecido muy hermosa si hubiese estado contenta y alegre; pero tenía los dedos hincados en la trenza para arrancarse los caballos y se esforzaba en manifestar gran duelo. Se dolía por un caballero al que muy a menudo besaba los ojos, la frente y la boca. Cuando mi señor Gauvain se acercó, vio que el caballero estaba muy herido, pues tenía el rostro destrozado y en medio de la cabeza una grave herida de espada, y por ambas partes, en medio de los ijares, le corría la sangre a borbotones. Con frecuencia el caballero se desvanecía por el daño que tenía, hasta que finalmente se calmó. Cuando mi señor Gauvain llegó, no supo si estaba muerto o vivo, y dijo:

—Hermosa, ¿qué pensáis del caballero que tenéis?

Y ella contestó:

—Ya podéis ver que sus heridas son muy peligrosas, pues de la más leve podría morir.

Y él añadió:

—Hermosa amiga, despertadlo, no os pese, porque quiero preguntarle nuevas de lo que ocurre en esta tierra.

—Señor —dijo la doncella—, antes que despertarlo, me dejaría desollar viva, pues nunca quise tanto a ningún hombre, ni querré a ninguno, mientras yo exista. Bien necia y estúpida sería si ahora, que veo que duerme y reposa, le hiciera algo de lo que se pudiera quejar de mí.

—Pues yo, por mi fe, quiero despertarlo —dijo mi señor Gauvain.

Y entonces invierte la lanza y con el cuento le toca un poco en la espuela; lo hizo tan suavemente, que no le causó ningún daño, y el caballero se despertó sin pesar, y hasta le dio las gracias diciéndole:

—Señor, quinientas gracias os doy porque tan afablemente me habéis sacudido y despertado que no me ha producido el menor daño. Pero para bien de vos mismo, os ruego que de aquí no sigáis adelante, pues obraríais muy neciamente. Deteneos, creed mi consejo.

—¿Detenerme? ¿Y por qué?

—Yo os lo explicaré bien, a fe mía, si me queréis escuchar. Jamás ha podido regresar caballero que por campos o caminos fuera hacia allá, pues éste es el confín de Galvoya; y no hay caballero que lo franquee y luego pueda volver. Nunca ha vuelto

ninguno, salvo yo, que estoy tan maltrecho que, a lo que creo, no viviré más de esta noche. Porque encontré a un caballero, valeroso y osado, fuerte y feroz; jamás di con uno tan valiente ni me medí con uno tan fuerte. Por lo tanto, mejor os será volveros que descender de este otero, pues el regreso es muy arduo.

—A fe mía —dijo mi señor Gauvain—, que yo no he venido aquí para volverme. Se me podría imputar como muy vil cobardía, si habiendo emprendido un camino, me volviera. Seguiré adelante hasta que sepa y vea por qué nadie puede regresar.

—Ya veo que estáis dispuesto a hacerlo —dijo el caballero maltrecho—; seguiréis adelante porque anheláis acrecer y elevar vuestro mérito. No obstante, si ello no os pesara, muy de grado os rogaría que, si Dios os otorga el honor que jamás alcanzó caballero alguno (y que yo creo que ninguno lo obtendrá en absoluto, ni vos ni otro), regreséis por aquí, y veáis, si os agrada, si yo estoy muerto o vivo, o si he mejorado o empeorado. Si estoy muerto, os ruego, por caridad y por la Santísima Trinidad, que os hagáis cargo de esta doncella para que no reciba afrenta ni congoja; y hacedlo de buena gana, pues Dios nunca crió ni quiso criar otra más generosa ni más afable.

Mi señor Gauvain se lo concede, y añade que, si no se ve dominado por las dificultades, prisión o cualquier otro impedimento, volverá a él y prestará a la doncella el mejor apoyo que pueda.

Así los deja y se pone en camino, sin detenerse en llanuras ni en florestas; hasta que vio un castillo muy fuerte, que por una parte daba al mar, con un puerto muy grande y navíos. Este castillo, que valía poco menos que Pavía y era de gran nobleza, lindaba por la otra parte con viñedos y con un gran río, que discurría por abajo e iba ciñendo toda la muralla, hasta dar con su curso en el mar. De esta suerte, el castillo y el burgo estaban completamente circundados.

Mi señor Gauvain entró por el puente, y cuando llegó arriba, en el punto más fuerte del castillo, encontró en un prado, bajo un olmo, a una dulce doncella que estaba sola y que se miraba el rostro y la garganta, que era más blanca que la nieve[1]. Un fino aro de orifrés se había puesto en la cabeza como corona. Mi señor Gauvain espolea hacia la doncella, y ésta le grita:

—Mesura, señor, mesura; despacito, que venís muy locamente. No os precipitéis tanto, que malgastáis vuestro galope; es necio el que se empeña en vano.

—Doncella, Dios os bendiga —dijo mi señor Gauvain—. Decidme, hermosa amiga, qué os habéis imaginado al recomendarme tan pronto mesura, si no sabéis por qué.

---

[1] El texto no aclara dónde se miraba esta doncella. No sería en un espejo, porque más adelante se dice que se quitó el manto para poderse ver el cuerpo, lo que hace suponer que se trata de algún lago pequeño o fuente que había al pie del olmo.

—Lo sé, caballero, a fe mía. Sé muy bien lo que pensáis.

—¿Qué es? —dijo él.

—Queréis cogerme y llevarme hacia allá abajo en el cuello de vuestro caballo.

—Habéis dicho la verdad, doncella.

—Ya lo sabía —dijo ella—, pero malhaya quien tal cosa imaginó, y tú guárdate bien de pensar que me subirás a tu caballo. Yo no soy de estas tontas necias con las que los caballeros se divierten, que se las llevan en los caballos cuando van a sus caballerías; a mí tú no me llevarás. Y no obstante, si osaras, podrías ir acompañándome. Si te quisieras tomar el trabajo de ir a buscar a aquel jardín mi palafrén, yo iría contigo hasta que malaventura, pesadumbre, dolor, vergüenza y desdicha cayeran sobre ti en mi compañía.

—¿Sólo basta osadía para emprender esto, hermosa amiga? —dijo él.

—Sí, a mi parecer, vasallo —dijo la doncella.

—¿Y dónde quedará mi caballo, doncella, si paso hasta allí? Porque no podría pasar por aquel puentecillo que veo.

—No, caballero; pero dejádmelo a mí, y vos pasad al otro lado a pie. Yo os guardaré el caballo mientras pueda retenerlo. Pero apresuraos en volver, porque si no se quiere estar quieto, no podré sujetarlo mucho, o por si me lo quitan a la fuerza antes de que vos regreséis.

—Habéis dicho la verdad —dijo él—, pero quedad libre de responsabilidad tanto si os lo quitan como

si se os escapa, y no os volveré a hablar más de ello.

Se lo entrega y se va, y piensa en llevarse todas las armas consigo, por si encuentra en el vergel quien pretenda vedarle o prohibirle que vaya a coger el palafrén; antes habrá alboroto y pelea que él volverse sin traerlo. Acto seguido atraviesa el puentecillo y encuentra mucha gente reunida, que lo miran admirados y dicen:

—¡Cien diablos te quemen, doncella, que tanto daño has hecho! Mala ventura haya tu cuerpo, porque jamás quisiste a un prohombre; y a tantos prohombres has hecho cortar la cabeza que es un gran dolor. Caballero que quieres llevarle al palafrén, todavía no sabes los males que caerán sobre ti si lo tocas con tu mano. Caballero, ¿por qué te acercas? No te acercarías, si supieras las grandes afrentas, los grandes daños y las grandes penas que le llegarán, si se lo llevas.

Así decían todos y todas, porque querían inducir a mi señor Gauvain a que no fuera al palafrén, y se volviera. Él los oye y los entiende muy bien, pero no quiere dejarlo por nada y va saludando a los que están agrupados; y todos y todas le devuelven el saludo, de tal suerte que parece que sientan muy gran angustia y gran zozobra.

Mi señor Gauvain se dirige al palafrén y alarga la mano para cogerlo por el freno, pues no le faltaban ni freno ni silla. Pero un membrudo caballero, que estaba sentado bajo un verde olivo, le dice:

—Caballero, en vano has venido por el palafrén; no le acerques ni tan sólo el dedo, porque sería

gran presunción por tu parte. No obstante, si tantas ganas tienes de cogerlo, yo no te lo quiero disputar ni prohibir, pero te aconsejo que te vayas, porque si te lo llevas fuera de aquí, encontrarás gran obstáculo.

—No por esto lo dejaré, gentil señor —dijo mi señor Gauvain—, porque la doncella que se está mirando debajo de aquel olmo, me ha enviado por él. Y si no lo llevaba conmigo, ¿qué hubiera venido a buscar aquí? Sería deshonrado en la tierra como cobarde y apocado.

—Y tú quedarás malparado, buen hermano —dijo el caballero membrudo—; que, por Dios, el padre soberano al que quisiera entregar mi alma, jamás existió caballero que osara cogerlo como tú ahora pretendes, que no recibiera tan gran daño que la cabeza le fuera cortada. Esto temo que te ocurra. Y si yo te lo he prohibido, no ha sido con mala intención; porque, si tú quieres, llévatelo y no te abstengas por mí ni por nadie que aquí veas; pero malos serán tus caminos si osas sacarlo de aquí. Yo no te aconsejo que lo hagas, porque perderías la cabeza.

Mi señor Gauvain no se detiene ni poco ni mucho después de estas palabras. Hace que el palafrén, que tenía una parte de la cabeza negra y otra blanca, pase delante de él el puentecillo, y sabía hacerlo muy bien porque a menudo lo había pasado y era en ello ducho y experimentado. Mi señor Gauvain lo tomó por las riendas, que eran de seda, y fue directamente al olmo donde la doncella se miraba, la cual, para poderse mirar sin estorbos el rostro y el cuerpo

había dejado caer en el suelo el manto y la cofia. Mi señor Gauvain le entrega el palafrén con su silla y le dice:

—Acercaos, doncella, que os ayudaré a montar.

—Que Dios no te permita contar —contestó ella— en la corte adonde me lleves que me has tenido entre los brazos. Si con tu mano desnuda tocaras algo que tuviera sobre mí, lo tentaras o palparas, me tendría por afrentada. Me sentiría muy desdichada si se contara o supiera que hubiese tocado mi carne, y preferiría que ésta con la piel se me arrancara hasta el hueso: aquí mismo me atrevo a afirmarlo. Dadme pronto el palafrén, que yo misma lo montaré, y no necesito de tu ayuda. Y que Dios me conceda ver hoy lo que te deseo: que recibas gran afrenta antes de que anochezca. Ve hacia donde quieras, pero no te acercarás en modo alguno ni a mi cuerpo ni a mis ropas; y yo iré siempre detrás de ti, hasta que por mi culpa te sobrevenga algún gran contratiempo en oprobio o en mala ventura. Estoy completamente segura de que te haré maltratar: no puede evitarse, como la muerte.

Mi señor Gauvain escucha todo lo que la doncella altiva le dice sin responder palabra, pero le entrega su palafrén y ella le devuelve su caballo. Se inclina para recoger del suelo su manto y ponérselo; y la doncella, que no era lenta ni cobarde para decir denuestos a un caballero, lo mira y le dice:

—Vasallo, ¿qué te importan mi manto y mi toca? Por Dios, que no soy ni la mitad tonta que te figuraras, y no tengo ni el más pequeño deseo de que te

pongas a servirme, pues no tienes las manos suficientemente limpias para tocar nada que yo vista o que me ponga en la cabeza. ¿Quién eres tú para coger algo que toque mi cuerpo, mi boca, mi frente o mi rostro? Que Dios no me conceda nunca el honor de que de algún modo me plazca aceptar tu servicio.

Y así la doncella monta, se cubre, se tapa y dice:

—Caballero, id ahora adonde queráis, y yo os seguiré costantemente hasta que os vea afrentado por mi culpa, y ello ocurrirá hoy, si Dios quiere.

Y mi señor Gauvain se calla sin responderle ni una sola palabra. Monta muy avergonzado y con la cabeza baja, y se van hacia la encina donde había dejado a la doncella y al caballero que tanto necesitaba de médico por las heridas que tenía. Mi señor Gauvain sabía mejor que nadie curar heridas, y vio en un seto una hierba muy buena para quitar el dolor de las llagas, y la cogió. Una vez la tuvo, siguió hasta encontrar a la doncella haciendo su duelo al pie de la encina: e inmediatamente que lo vio, le dijo:

—Gentil señor, ahora sí que creo que este caballero está muerto, pues ya no me oye ni me entiende.

Mi señor Gauvain desmonta y encuentra que tenía el pulso muy acelerado, que no tenía demasiado frías la boca ni las mejillas, y le dijo:

—Doncella, este caballero está vivo, estad completamente segura: tiene buen pulso y acompasado aliento, y ninguna herida mortal. Traigo una hierba

que me figuro que lo aliviará mucho y que en cuanto la note le quitará parte del dolor de las llagas. Dicen los libros que no existe mejor hierba para poner sobre las heridas, pues afirman que tiene tan gran virtud, que si alguien la adhiere a la corteza de un árbol enteco, a condición de que no esté seco del todo, las raíces se recobrarán y el árbol sanará de tal suerte que dará hojas y flores. Vuestro amigo no estará en peligro de muerte, doncella, en cuanto le hayamos vendado bien las heridas con esta hierba; pero para hacer una venda convendría un lienzo delgado.

—Inmediatamente os daré uno de mi cofia —respondió aquélla, a la cual esto no pesaba—, porque no tengo aquí otro.

Se quita de la cabeza la toca, que era muy delgada y blanca, y mi señor Gauvain la corta como convenía, y con la hierba que había traído le venda todas las heridas; y la doncella le ayuda lo mejor que sabe y puede.

Mi señor Gauvain no se aparta hasta que el caballero suspira, recobra el habla y dice:

—Dios recompense a quien me ha devuelto el habla, porque he tenido gran temor de morir sin confesión. Los diablos en procesión ya habían venido aquí a buscar mi alma. Antes de ser enterrado querría confesarme. Sé de un capellán que está aquí cerca; si tuviera en qué montar, iría a decirle y a enumerarle mis pecados en confesión y recibiría la comunión. Una vez hubiese confesado y comulgado, no temería la muerte. Hacedme ahora un favor,

si no os enoja: dadme el rocín de aquel escudero que por allí viene trotando.

Al oir esto mi señor Gauvain se vuelve y ve llegar a un desagradable escudero. ¿Cómo era? Os lo diré: tenía los cabellos enmarañados y rojos, tiesos y erizados como puerco espín irritado; e iguales eran sus cejas, que le tapaban todo el rostro y toda la nariz hasta los bigotes, que los tenía retorcidos y largos. Tenía la boca hendida y la barba espesa, partida y luego rizada; el cuello corto y el pecho abombado.

Mi señor Gauvain se disponía a acercarse a él para saber si podría conseguir el rocín, pero antes dijo al caballero:

—Señor, Dios me valga, no sé quién es este escudero. Pero antes os daría siete corceles, si aquí los tuviera sujetos de la rienda, que este rocín, sea como sea.

—Señor —le dijo él—, tened en cuenta que sólo va buscando haceros mal, si puede.

Mi señor Gauvain se dirige hacia el escudero que se acercaba, y le pregunta dónde va. Y él, que no era precisamente afable, le dijo:

—Vasallo, ¿qué te importa dónde voy ni de dónde vengo? Dondequiera que me encamine, mala ventura hayas.

Mi señor Gauvain inmediatamente le da su merecido, pues le pega con la palma de la mano abierta, y como llevaba el brazo armado y le da muy a su placer, lo derriba y le hace vaciar la silla; y cuando está a punto de ponerse en pie, se tambalea y vuelve a caer. Y cayó de nuevo siete veces, o más, en menos

espacio que la longitud de una lanza de abeto, sin exageración alguna. Cuando se levantó definitivamente dijo:

—Vasallo, me habéis pegado.

—Es cierto que te he pegado —respondió él—, pero no te he hecho mucho daño. Y aunque me pesa haberlo hecho, Dios es testigo que tú antes me dijiste grandes bobadas.

—Pues no dejaré de deciros el pago que recibiréis: perderéis la mano y el brazo con que me habéis dado el golpe, que no os será perdonado.

Mientras ocurría esto, al caballero herido se le reanimó el corazón, que tenía muy desmayado, y dijo a mi señor Gauvain:

—Dejad a este escudero, gentil señor, que no le oiréis decir nada que os honre. Dejadlo y obraréis sensatamente, pero traedme su rocín y haceos cargo de esta doncella que veis a mi lado y cinchad su palafrén; ayudadle después a montar, que no quiero seguir aquí, y yo, si puedo, montaré en el rocín e iré donde me pueda confesar, que no quiero cejar hasta haber confesado y comulgado y haber sido ungido con la extramaunción.

Inmediatamente mi señor Gauvain toma el rocín y lo entrega al caballero, a quien la vista le había vuelto y se le había aclarado, y vio a mi señor Gauvain y entonces lo reconoció. Mi señor Gauvain había tomado a la doncella, y, como amable y cortés, la había subido al palafrén noruego; y mientras la ayudaba a montar, el caballero se apoderó de su caballo, subió en él y lo hizo caracolear por allí.

Mi señor Gauvain lo mira, y cuando lo ve galopar por el otero, se sorprende y echándose a reir le dice:

—Señor caballero, a fe mía que es una gran necedad que hagáis caracolear a mi caballo. Desmontad y dádmelo, que podríais empeorar y hacer que se os abrieran las heridas.

—Y él le responde:

—Cállate, Gauvain. Toma el rocín y obrarás sensatamente, porque te has quedado sin el caballo. Lo he hecho caracolear en mi provecho y me lo llevaré como si fuera mío.

—¿Cómo es esto? ¿Vengo aquí por tu bien, y tú me lo pagarás con mal? No te lleves mi caballo, que cometerías traición.

—Gauvain, por mucho vituperio que cayera sobre mí, quisiera arrancarte con mis dos manos el corazón de las entrañas.

—Ahora entiendo bien —responde Gauvain— aquel proverbio que dice: a buen servicio mal galardón. Pero mucho quisiera saber por qué quisieras arrancarme el corazón y por qué me quitas mi caballo, pues nunca quise hacerte daño ni te lo hice en toda mi vida. No creía merecer tal cosa de ti; pues que yo sepa, hasta ahora no te había visto nunca.

—Sí has merecido, Gauvain, y sí que me viste cuando me hiciste una gran afrenta. ¿Ya no te acuerdas de aquel al que tú causaste tanto mal que le hiciste comer con los perros durante un mes, a viva fuerza, con las manos atadas a la espalda? Has de saber que procediste tan neciamente, que ahora recibes gran afrenta.

—¿Eres tú, pues, Greoreás, el que raptó a la fuerza a la doncella e hizo con ella cuanto le plugo? Y no obstante, bien sabías tú que en la tierra del rey Artús las doncellas están protegidas; el rey les ha otorgado su amparo y las defiende y salvaguarda. No creo ni pienso que por este daño me odies ni busques ni mal, porque yo lo hice por la estricta justicia establecida y asentada en toda la tierra del rey.

—Gauvain, la justicia tú te la tomaste conmigo, bien me acuerdo. Así, pues, ahora te es preciso sufrir lo que yo haré. Me llevaré a Gringalet, pues ahora no puedo tomar mayor venganza; no te queda más remedio que sustituirlo por el rocín del escudero que has derribado, pues no puedes tener ningún otro.

Entonces Greoreás lo deja y se va siguiendo a galope tendido a su amiga, que iba con gran celeridad.

Y la perversa doncella se ríe de mi señor Gauvain y le dice:

—Vasallo, vasallo, ¿qué haréis ahora? Bien se puede aplicar a vos aquello de que no todos los tontos han muerto. Ahora sí que será divertido seguiros, Dios me valga; y dondequiera que vayáis muy de grado os seguiré. ¡Ojalá fuera una burra el rocín que habéis quitado al escudero! Lo quisiera, porque aún sería más vergonzoso para vos.

En seguida mi señor Gauvain monta en el rocín trotón y ridículo porque no puede hacer otra cosa. El rocín era una bestia horrible: tenía el cuello es-

cuálido y gorda la cabeza, las orejas largas y gachas, y todos los achaques de la vejez, pues un belfo de su boca no encajaba con el otro. Tenía los ojos turbios y oscuros, las patas costrosas y los flancos duros y destrozados por las espuelas. El rocín era escuálido y largo, y tenía flaca la grupa y torcido el espinazo. Las riendas y la testera del freno eran de cordel; y la silla, que hacía mucho tiempo que fue nueva, no llevaba cubierta. Encuentra los estribos cortos y flojos, de suerte que no se atreve a afirmarse en ellos.

—¡Ah, ahora sí que va bien la cosa! —dice la doncella exasperante—; ahora iré contenta y alegre adonde vos queráis. Ahora es justo y razonable que os siga muy de grado ocho o quince días enteros, o tres semanas o un mes. Ahora vais con buen arnés y montáis un buen corcel; y ahora parecéis un caballero adecuado para acompañar a una doncella. Ahora sí que me voy a divertir viendo vuestras desventuras. Picad un poco con las espuelas vuestro caballo y hacedle dar una corrida; no os desaniméis, porque es muy veloz y corredor. Os seguiré, porque está pactado que no os dejaré hasta que realmente os sobrevenga afrenta, que no os faltará.

Y él le responde:

—Dulce amiga, decid lo que os parezca, pero no es propio de doncella ser tan maldiciente cuando ya tiene más de diez años; mas si tiene uso de razón ha de ser bien educada, cortés y discreta.

—¿Cómo, caballero? ¿Por vuestra mala ventura me queréis dar lecciones? Vuestras lecciones no me

importan nada. Seguid adelante y callad, que ahora vais equipado como yo os quería ver.

Y así en silencio cabalgaron hasta el atardecer, él delante y ella detrás. Él no sabe qué hacer con su rocín, pues por mucho que se afane no logra que corra ni que galope. Tanto si le gusta como si no, tiene que ir al paso, pues si le da de las espuelas, le hace tan duro el camino y le sacude de tal modo las entrañas, que no le queda más remedio que hacerlo ir al paso. Así montado en el rocín va por yermas florestas solitarias, hasta que llega a las tierras llanas cerca de un profundo río, tan ancho que ninguna honda de catapulta o pedrero tiraría hasta la otra orilla, ni la alcanzaría una ballesta.

En la otra parte del río se levantaba un castillo muy bien construido, muy fuerte y muy rico. No pretende que se me deje mentir: el castillo estaba edificado encima de un acantilado y era de tal riqueza, que jamás ojos humanos vieron fortaleza tan opulenta, pues había en él un palacio muy grande, hecho sobre la roca viva, que era todo de mármol oscuro. En el palacio había por lo menos quinientas ventanas abiertas, todas llenas de damas y doncellas que contemplaban los prados y vergeles floridos que tenían delante. Las más de las doncellas iban vestidas de seda, con briales de varios colores y telas tejidas en oro. Asomadas a las ventanas, dejaban ver sus resplandecientes cabezas y los hermosos cuerpos que, desde la parte de fuera, sólo podían admirarse de cintura hacia arriba.

Y la más perversa criatura del mundo que llevaba a mi señor Gauvain, fue derechamente al río, se paró y descendió del pequeño palafrén tordillo, y encontró en la orilla una barca que estaba cerrada con llave y sujeta a una grada. En la barca había un remo y en la grada la llave con que aquélla estaba cerrada. La doncella, que vil corazón tenía en las entrañas, entró en la barca, y después su palafrén, que ya lo había hecho muchas veces.

—Vasallo —dijo—, desmontad ahora y entrad aquí conmiga con vuestro caballo rocín, que está más flaco que un polluelo, y desanclad este bote; y mal año para vos si no atravesáis pronto este río o si no os ponéis a nadar en seguida.

—¿Y por qué, doncella?

—No veis lo que yo veo, caballero, que si lo vierais, huiríais velozmente.

Entonces mi señor Gauvain volvió la cabeza y vio venir por la landa a un caballero completamente armado, y le preguntó:

—Amiga, no os enoje y decidme quién es éste que ve montado en mi caballo, que me quitó el traidor a quien curé las heridas esta mañana.

—Yo te lo diré, por San Martín —dijo la doncella alegremente—, pero has de saber en verdad que por nada del mundo te lo diría si en ello viese algún provecho para ti. Pero como estoy segura de que viene para tu mala ventura, no te lo ocultaré: es el sobrino de Greoreás, que lo ha enviado tras de ti, y te diré por qué, puesto que me lo has preguntado. Su tío le ha encomendado que te siga hasta

que te haya muerto y que le lleve tu cabeza como regalo. Por esto te recomiendo que desmontes, si no quieres recibir aquí la muerte, y que entres aquí dentro y que huyas.

—En modo alguno huiré de él, doncella, sino que lo esperaré.

—No te lo impediré en modo alguno —dijo la doncella—, sino que me callo, porque serán muy gallardos vuestro aguijar y galopar ante esas doncellas gentiles y hermosas que han venido a asomarse a las ventanas para veros y complacerse en vuestra situación. ¡Aguijad! Les gustará mucho, porque vais sobre un buen corcel; ahora parecéis bien un caballero que va a justar con otro.

—Cuésteme lo que me cueste, doncella, no me escabulliré, sino que iré a su encuentro, porque si puedo recobrar mi caballo estaré muy gozoso.

En seguida se vuelve hacia la landa y dirige la cabeza de su rocín hacia aquel que venía por el arenal aguijando con las espuelas. Mi señor Gauvain lo espera, pero se afianza tan reciamente en los estribos, que rompe sin remisión el izquierdo y se descalza el derecho, y así espera al caballero sin que el rocín arranque, y por mucho que lo espolee no consigue que se mueva.

—¡Ay de mí —dice—, qué malo es para un caballero montar rocín cuando quiere ejercitar las armas!

El otro caballero, en cambio, aguija contra él su propio caballo, que no cojea en modo alguno, y le de tal golpe de través con la lanza que ésta se dobla y se quiebra y el hierro queda clavado en el escudo.

Y mi señor Gauvain le asesta en la parte superior del escudo, y le da tan fuerte que le atraviesa de parte a parte escudo y loriga, y lo derriba en la menuda arena; tiende la mano, para el caballo y salta sobre su silla. Muy agradable le fue esta aventura, y tuvo en su corazón la mayor alegría de su vida.

Se dirige hacia la doncella que había entrado en la barca, pero no encontró ni a la una ni a la otra; y le desagradó mucho haberla perdido y no supo qué había sido de ella.

GAUVAIN EN EL CASTILLO DE LAS REINAS

Mientras estaba pensando en la doncella, vio venir del castillo un bote llevado por un barquero. En cuanto llegó al embarcadero le dijo:

—Señor, os traigo saludos de parte de aquellas doncellas, y al propio tiempo os mandan que no retengáis mi feudo. Dignaos entregármelo.

Y él responde:

—Dios bendiga al mismo tiempo la compañía de las doncellas y luego a ti. Nada que puedas reclamar justamente te será negado por mí, pues no quiero hacerte injusticia. Pero ¿qué feudo me pides?

—Señor, ante mis ojos habéis derribado a un caballero, y yo debo recibir su caballo. Si no queréis ser injusto conmigo, debéis darme el corcel.

Y él le dijo:

—Amigo, este feudo me sería muy duro de satisfacer, porque me obligaría a marcharme a pie.

—¡Ah sí, caballero! Si no me dais mi feudo aquellas doncellas que allí veis os considerarán desleal y se lo tomarán muy a mal. Jamás ocurrió ni se supo que un caballero fuera derribado en este puerto, que yo sepa, sin que yo tuviera su caballo; y si no tuve el caballo, no me faltó el caballero.

Y mi señor Gauvain le dijo:

—Amigo, quedaos sin discusión alguna con el caballero, pues os lo doy.

—A fe mía, no me interesa este regalo, señor —dijo el barquero—. A vos mismo, según creo, os costaría mucho trabajo apresarlo, si quisiera resistírseos. No obstante, si tanto valéis, id a prenderlo y traédmelo, y quedaréis libre de mi feudo.

—Amigo, si desmonto, ¿podré confiar en que vos me guardaréis mi caballo con buena fe?

—Sí, con toda seguridad —dijo él—. Os lo guardaré lealmente y os lo devolveré de grado; y mientras viva os doy palabra y promete que no os causaré ningún daño.

—Y yo te creo —dijo él— bajo tu palabra y tu fe.

Al punto desmonta de su caballo y se lo encomienda, y él lo toma y le dice que lo guardará lealmente. Y mi señor Gauvain se dirige con la espada desenvainada hacia aquel que ya tenía bastantes quebrantos, pues estaba herido en el costado y había perdido mucha sangre. Y mi señor Gauvain lo conmina.

—Señor —le dice aquél, que estaba muy desfallecido—, no podría ocultaros que estoy tan malherido que no me puede ocurrir nada peor; he perdido un sextario de sangre y me pongo a vuestra merced.

—Levantaos de aquí, pues —dijo él. Se levanta con dificultad y mi señor Gauvain lo lleva al barquero, quien le da las gracias.

Y mi señor Gauvain le pide que le dé nuevas, si las sabe, de una doncella que lo había llevado hasta allí y le diga adónde había ido. Y él le contesta:

—Señor, no os preocupéis por la doncella dondequiera que haya ido, porque no es una doncella sino algo peor que Satanás, ya que en este puerto ha hecho cortar muchas cabezas de caballeros. Pero si me queréis creer, venid a albergaros hoy en mi casa, pues no os haría ningún bien quedaros en esta ribera, porque es una tierra salvaje llena de grandes maravillas.

—Amigo, ya que me lo aconsejas, quiero atenerme a tu consejo, ocúrrame lo que me ocurra.

Sigue el parecer del barquero, y entra en la barca con su caballo, y se van hasta llegar a la otra orilla. La casa del barquero, que era tal que en ella se podría hospedar un conde, estaba cerca del río, y Gauvain se encontró muy bien en ella. El barquero introdujo a su huésped y a su prisionero, y los agasajó lo más que pudo. Mi señor Gauvain fue servido con cuanto corresponde a un prohombre: chorlitos, faisanes, perdices y toda clase de venados hubo para cenar, y los vinos fueron fuertes, claros, blancos, tintos, nuevos y viejos. El barquero estaba muy sa-

tisfecho con su prisionero y con su huésped. Cuando hubieron comido, se quitó la mesa y se volvieron a lavar las manos. Y por la noche mi señor Gauvain tuvo albergador y albergue muy a su gusto, pues le agradó y plugo mucho el servicio del barquero.

Al día siguiente, así que pudo advertir que amanecía, se levantó, porque así le gustaba y acostumbraba hacerlo. En atención a él, también se levantó el barquero, y ambos se asomaron a las ventanas de una torrecilla. Mi señor Gauvain contempló el país, que era muy hermoso, y vio las florestas, las llanuras y el castillo encima del acantilado.

—Huésped —le dijo—, si no os pesara, os querría interrogar y preguntar quién es el señor de esta tierra y de este castillo de aquí al lado.

Y el huésped le respondió en seguida:

—Señor, no lo sé.

—¿No lo sabéis? Es sorprendente lo que me decís; porque sois servidor del castillo, recibís de él grandes rentas y no sabéis quién es su señor.

—Os digo con toda verdad —respondió él—, que ni lo sé ni lo supe jamás.

—Gentil huésped, decidme, pues, quién defiende y guarda el castillo.

—Señor, hay en él muy buena guarnición: quinientos hombres que siempre están a punto de disparar arcos y ballestas; si alguien quisiera hacer daño, tan ingeniosamente están dispuestos, que jamás dejarían de disparar y no se cansarían nunca. La situación es la siguiente: hay allí una reina, dama muy principal, rica y discreta, que es de muy alto

linaje. Vino a vivir en este país con todo su tesoro, pues tiene mucho oro y mucha plata, y se hizo construir esta fuerte residencia que veis; trajo consigo a una dama a la que ama mucho y llama reina e hija. Ésta tiene a su vez una hija, que no desmerece ni deshonra el linaje, y no creo que bajo el cielo exista otra más hermosa ni más discreta. La sala está muy bien guardada, por arte y por encantamiento, como sabréis en seguida, si os place que os lo diga. Un hombre sabio en astronomía, que la reina trajo a este gran palacio, ha hecho tales maravillas, que jamás oísteis nada semejante: ningún caballero que entre puede permanecer vivo ni sano el tiempo que se tarda en recorrer una legua, si hay en él codicia o algún mal vicio de adulación o avaricia. Aquí no sobreviven los cobardes ni los traidores; los fementidos y los perjuros mueren tan sin remisión, que no pueden perdurar ni vivir. Hay también muchos pajes, procedentes de diversas tierras, que sirven con las armas; son más de quinientos, unos barbudos y otros no: cien que no tienen barba ni bigote, cien a los que apunta la barba, cien que se afeitan y se rapan la barba todas las semanas, cien que la tienen más blanca que la lana y cien a los que se les va encaneciendo. Hay damas ancianas que no tienen marido ni señor, y que injustamente fueron desheredadas de tierras y honores cuando sus esposos fueron muertos. Hay también doncellas huérfanas, que las dos reinas tienen en gran consideración. Toda esta gente va y viene por el palacio con la loca esperanza de algo que no podrá ocurrir

jamás: esperan que llegue un caballero que las proteja, que devuelva a las damas sus honores, que dé marido a las doncellas y que haga caballeros a los pajes. Pero se helará todo el mar antes de que se encuentre un caballero que pueda permanecer en el palacio, pues tendría que ser completamente gallardo, sensato, sin codicia, valeroso, valiente, franco, leal y sin villanía ni tacha alguna. Si fuera posible que uno así llegara, éste podría poseer el castillo; éste devolvería a las damas sus tierras, concertaría la paz en mortales guerras, casaría a las doncellas, amaría a los pajes y sin demora alguna acabaría con los encantamientos del palacio.

Estas nuevas pluguieron y fueron muy agradables a mi señor Gauvain.

—Huésped —dijo—, bajemos, y hacedme devolver en seguida mis armas y mi caballo, que no quiero estar más aquí, sino ir allá.

—¿Adónde, señor? Quedaos aquí, así Dios os guarde, hoy y mañana, o más todavía.

—Huésped, esto no será ahora, y bendita sea vuestra hospitalidad. Pero, así Dios me valga, iré allá arriba a ver a las doncellas y las maravillas.

—¡Callad, señor! Si Dios quiere no cometeréis esta locura; pero hacedme caso y quedaos.

—Callad vos, huésped. Me consideráis miedoso y cobarde. Que Dios no tenga mi alma si escucho más consejos.

—Ya callaré, por mi fe, señor, pues sería afanarse en vano. Ya que tanto os agrada, id allí, aunque mucho me apena. Es preciso que yo os conduzca;

y sabed que ninguna otra compañía os será más útil que la mía. Pero quiero de vos un don.

—¿Qué don, huésped? Decídmelo.

—Antes de saberlo me lo tenéis que prometer.

—Haré lo que gustéis, gentil huésped, a condición de que no sea nada deshonroso.

Entonces ordena que le saquen el corcel del establo, enjaezado para cabalgar, y pide sus armas, que se las traen al punto. Se arma, monta y parte, y el barquero hace lo propio en su palafrén, pues quiere conducirlo lealmente allí adonde va contra su parecer. Llegaron al pie de la escalinata que había delante del palacio, donde encontraron, sentado solo en un haz de espadaña, a un cojo que llevaba una pierna postiza de plata, o que había sido plateada, y que de vez en cuando tenía aros de oro y de piedras preciosas. El cojo no tenía las manos ociosas, pues con una navaja se entretenía en desbastar un bastón de fresno; y no dirigió la palabra a los que pasaban por delante, ni ellos le dijeron nada. El barquero se acerca a mi señor Gauvain y le dice:

—Señor, ¿qué os parece este cojo?

—Que su pierna no es de madera de álamo, a fe mía —dice mi señor Gauvain—, pues es muy bello lo que en ella veo.

—Por el nombre de Dios —dice el barquero—, que este cojo es muy rico, porque disfruta de muchas y cuantiosas rentas. Pero si no fuera porque yo os acompaño y os guío, ya hubierais oído nuevas que os hubieran sido muy desagradables.

Así siguen los dos hasta que llegan al palacio, cuya entrada era muy alta y sus puertas ricas y bellas, pues los goznes y los cerrojos eran de oro fino, según atestigua la historia. Una de las puertas era de marfil, muy bien cincelado por encima, y la otra de ébano, igualmente trabajada, y ambas estaban iluminadas con oro y piedras preciosas. El pavimento del palacio era verde, rojo, índigo y azulado, variado en todos los colores, muy trabajado y pulido.

En medio del palacio había un lecho que no tenía nada de madera, pues absolutamente todo él era de oro, salvo las cuerdas, que eran todas de plata. Sobre este lecho no os cuento ninguna fábula: de cada uno de los lazos pendía una campanilla, y por encima de él estaba extendida una gran colcha de seda, y sobre cada uno de los pies estaba engastado un carbúnculo, que daban más claridad que cuatro cirios encendidos. El lecho descansaba sobre cuatro figuras de perro que hacían ridículas muecas; y estos perrillos descansaban a su vez sobre cuatro ruedas, tan ligeras y movibles, que si alguien tocaba el lecho con un solo dedo, corría por allí dentro de un lado al otro. Así era el lecho que estaba en medio del palacio, y a decir verdad nunca se hizo ni se hará otro igual ni para rey ni para conde.

En cuanto al palacio quiero que se me crea que en él nada había que fuera de yeso; sus paredes eran de mármol, y en la parte de delante había unas vidrieras tan claras que, si alguien reparaba en ello, vería a través de sus vidrios a todos los que entra-

ban en el palacio así que franqueaban la puerta. Los muros estaban pintados con los colores más preciados y mejores que uno puede hacer e imaginar; pero no quiero explicar ni describir todas las cosas. En el palacio había hasta cuatrocientas ventanas cerradas, y cien abiertas.

Mi señor Gauvain fue mirando el palacio minuciosamente, por arriba y por abajo, por aquí y por allí, y llamó al barquero y le dijo:

—Gentil huésped, nada veo aquí que haga temerosa la entrada en el palacio. ¿Qué decís? ¿Qué pretendíais cuando tan obstinadamente me prohibíais que viniese a verlo? Me quiero sentar en este lecho y reposar en él sólo un poco, pues nunca vi otro tan rico.

—¡Ah, gentil señor!, Dios os libre de acercaros, porque si lo hicierais moriríais de la peor muerte que jamás murió caballero.

—¿Qué haré, pues, huésped?

—¿Qué, señor? Os lo diré, pues os veo dispuesto a conservar vuestra vida. Cuando, en mi casa, decidisteis venir aquí, os pedí un don, pero vos no supisteis cuál. Ahora os lo quiero reclamar: que os volváis a vuestra tierra y contéis a vuestros amigos y a la gente de vuestro país que habéis visto un palacio tal, que ni vos ni nadie sabe de otro tan rico.

—Ello es tan cierto que añadiré que Dios me odie y que yo sea deshonrado. No obstante, huésped, aunque me parece que lo decís por mi bien, os aseguro que no dejaré de sentarme en este lecho y de

ver a las doncellas que ayer tarde vi asomadas a las ventanas.

Y él, que retrocedía para huir mejor, le responde:

—No veréis a ninguna de las doncellas de que habláis. Marchaos de aquí como habéis venido. Vos no conseguiréis ver aquí absolutamente nada, en cambio ahora os están viendo, a través de aquellas ventanas de vidrio, así Dios me guarde, las doncellas las reinas y las damas que están en las cámaras del otro lado.

—Por mi fe —dijo mi señor Gauvain—, me sentaré en el lecho, ya que no veo a las doncellas, pues pienso y creo que ha sido hecho para que se acueste en él un gentilhombre o una dama principal. Me sentaré en él, por mi alma, ocúrrame lo que me ocurra.

Al ver que no puede retenerlo deja de hablarle; pero no quiere permanecer en el palacio cuando se siente en el lecho, y se marcha, diciéndole antes:

—Señor, siento y me pesa muchísimo vuestra muerte, pues no ha habido caballero que se sentara en este lecho y que saliera vivo, pues se trata del Lecho de la Maravilla, en el que ninguno que duerma, sueñe, descanse o se sienta en él, se levanta vivo y sano. Será una gran desgracia que vos dejéis aquí la vida en prenda, sin remisión ni rescate. Y ya que ni con afecto ni con discusiones os puedo apartar de aquí. Dios tenga piedad de vuestra alma, que mi corazón no podría soportar que os viera morir.

Sale del palacio, y mi señor Gauvain se sienta en el lecho, armado como iba, con el escudo colga-

do al cuello. Así que se sentó, las cuerdas dieron un grito y todas las campanas sonaron, de suerte que resonó todo el palacio, se abrieron todas las ventanas, se descubieron las maravillas y se manifestaron los encantamientos. Desde las ventanas volaron hacia allí dentro dardos y flechas, y más de setecientas dieron en el escudo de mi señor Gauvain, que no supo quién lo había atacado. El encantamiento era tal, que nadie podía ver de qué punto venían los dardos ni a los arqueros que los disparaban. Y ya podéis imaginaros el ruido que hicieron al distenderse las ballestas y los arcos; mil marcos hubiera dado mi señor Gauvain por no estar allí en aquel momento.

Pero sin tardar, las ventanas volvieron a cerrarse sin que nadie las tocara. Mi señor Gauvain arrancó los dardos que se habían clavado en su escudo, y que en algunos lugares le habían herido el cuerpo, por lo que le manaba sangre. Pero antes de haberlos arrancado todos, le vino encima una nueva prueba. Un villano dio con el pie en una puerta, la abrió y desde una bóveda saltó un hambriento león, fuerte, feroz, grande y temible, que acometió a mi señor Gauvain con gran fiereza y con gran saña, le clavó las uñas en el escudo, como si fuera de cera, y lo hizo caer de rodillas. Pero se irguió en seguida, desnudó la espada y le dio con ella de modo que le cortó la cabeza y dos de sus garras. Contento estuvo mi señor Gauvain, porque las garras quedaron colgados por las uñas de su escudo, de modo que una estaba dentro y la otra pendía por fuera.

Cuando hubo muerto al león, se volvió a sentar en el lecho. Y su huésped, con la cara muy alegre, entró de nuevo en el palacio, lo encontró sentado en el lecho, y le dijo:

—Señor, os aseguro que ya no tenéis que temer nada más. Quitaos toda la armadura, que han cesado para siempre las maravillas del palacio en demanda de las cuales habéis venido, y aquí seréis servido y honrado por jóvenes y ancianos, por lo que Dios sea alabado.

Llegó entonces una muchedumbre de pajes, elegantemente vestidos con cotas, que se pusieron de rodillas y dijeron:

—Amado y dulce señor, os ofrecemos nuestro servicio, como aquel a quien hemos esperado y deseado mucho.

—Y yo he tardado demasiado en beneficiaros, según creo.

En seguida, uno de ellos lo empieza a desarmar y otros llevan su caballo, que había quedado fuera, al establo. Mientras se desarmaba entró una doncella muy hermosa y agradable, que llevaba en la cabeza un aro dorado y tenía los cabellos tan rubios como el oro, o más. Su blanca faz había sido iluminada por naturaleza con un color bermejo y puro. Era muy airosa, bella, bien formada, alta y erguida. Detrás de ella venían otras doncellas, muy gentiles y hermosas, y un paje solo que iba cargado con unas ropas, una cota, un manto y una sobrecota. El manto era de armiños y de cebellinas negras como moras, y su parte interior era de escarlata bermeja.

Mi señor Gauvain, admirando a las doncellas que ve llegar, no puede evitar ponerse en pie y decirles:

—Doncellas, sed bien venidas.

Y la primera se inclina y dice:

—Mi señora la reina os saluda, gentil señor amado; y ha ordenado a todas sus gentes que os tengan por su legítimo señor y que todos vengan a serviros. Yo la primera, sin engaño, os ofrezco mis servicios, y todas estas doncellas que están aquí os consideran su señor, pues mucho os han deseado. Ahora están muy gozosas porque ven al mejor de todos los prohombres. Y nada más, señor, sino que estamos dispuestas a serviros.

Acabando estas palabras todas se arrodillan y se inclinan ante él, como destinadas a servirlo y honrarlo. Él las hace levantar y sentarse sin demora, y se complace en verlas, en parte porque son hermosas, y más aún porque hacen de él su príncipe y señor. Siente el mayor gozo que experimentó jamás por este honor que Dios le ha concedido. Entonces la doncella se adelantó y dijo:

—Mi señora, antes de visitaros, os envía estas ropas, porque ella, que no está vacía de cortesía y de discreción, se imagina que habréis sufrido grandes trabajos, grandes afanes y grandes calores. Vestíoslas, y probadlas para ver si son de vuestra medida, porque después del calor los sensatos se guardan del frío, que turba las sangres y las aterece. Mi señora la reina os envía esta ropa de armiño para que el frío no os dañe; porque del mismo modo

que el agua se transforma en hielo, la sangre se coagula y se cuaja después del calor, cuando uno está temblando.

Mi señor Gauvain responde, como el más cortés del mundo:

—Aquel Señor, en quien ningún bien falta, salve a mi señora la reina y a vos, que tan bien habláis y sois tan cortés y tan amble. Me imagino que muy discreta ha de ser la señora cuando tan corteses son sus mensajeras. Sabe muy bien lo que necesita un caballero y lo que le conviene cuando, por su gran merced, me envía ropas para vestirme; agradecédselo mucho de mi parte.

—Lo haré de buen grado, os lo aseguro —dice la doncella—, y mientras tanto podréis vestiros y contemplar a través de las ventanas las condiciones de este país, y, si os place, podréis subir a esta torre para ver las florestas, las llanuras y los ríos, esperando que yo vuelva.

La doncella se marcha y mi señor Gauvain se atavía con las ricas ropas, y se sujeta el cuello con un broche que pendía del trascol. A continuación siente deseos de ir a ver lo que hay en la torre. Sale con su huésped y suben por una escalera de caracol adosada al palacio abovedado, hasta que llegan a la parte superior de la torre, desde donde ven el contorno del país más bello que se podría describir. Mis señor Gauvain contempla el río, las tierras llanas y las florestas, llenas de venados, y, mirando a su huésped, le dice:

—Por Dios, huésped, me gustaría mucho morar aquí para cazar y venar en las florestas que hay frente a nosotros.

—Señor —dice el barquero—, esto vale más que os lo calléis; porque muy a menudo he oído decir que a aquel que Dios ame tanto que le conceda que aquí le llamen amo, señor y protector, le será ordenado y destinado no salir nunca de estas mansiones, con razón o sin ella. Por ello, no es conveniente que habléis de cazar ni de venar, porque tenéis que residir aquí dentro y no salir fuera ni un solo día.

—Callad, huésped —dice él—, que si os oigo hablar más, perderé el juicio. Sabed bien que vivir siete días aquí encerrado me parecería siete veces veinte años, si no pudiera salir todas las ocasiones que quisiera.

Vuelve abajo y entra de nuevo en el palacio. Muy indignado y pensativo se sienta otra vez en el lecho con la cara muy triste y sombría hasta que regresa la doncella de antes. Cuando mi señor Gauvain la ve, se levanta, indignado como estaba, y la saluda inmediatamente. Ella, al notar que había mudado la voz y el continente, se dio cuenta por su aspecto de que estaba enfadado por algo, pero no se atreve a manifestarlo y le dice:

—Señor, cuando os plazca, mi señora vendrá a veros. La comida ya está preparada, y comeréis donde queráis, aquí abajo o allá arriba.

Mi señor Gauvain le responde:

—Hermosa, no me preocupa la comida. Mala ventura caiga sobre mí si como o si me regocijo antes

de que reciba nuevas que me permitan alegrarme, pues mucha falta me hace oírlas.

La doncella, muy desconcertada se vuelve al punto; y la reina la llama y le pide noticias.

—Hermosa nieta —le dice la reina—, ¿en qué situación y en qué disposición habéis encontrado al buen señor que Dios nos ha enviado?

—¡Ah, señora y honrada reina! Muerta estoy de dolor y acongojada a causa del buen señor, el generoso, porque no se le puede sacar palabra que no sea de tristeza y de indignación. No sé deciros por qué razón, porque no me la ha dicho, no la conozco y no me atreví a preguntársela. Pero os puedo decir que hoy, la primera vez, lo encontré muy afable y hablando tan alegremente que uno no podía hastiarse de escuchar sus palabras ni de ver su gozosa cara. Ahora, de pronto, está muy distinto, pues creo que preferiría estar muerto, y todo lo enoja.

—Nieta, no os preocupéis, porque cambiará totalmente en cuanto me vea. Por mucha tristeza que sienta, yo se la quitaré y en su lugar le daré alegría.

Entonces la reina se dirigió al palacio, y con ella la otra reina, que iba muy gustosa; y llevaban consigo a doscientas cincuenta doncellas y otros tantos pajes por lo menos.

En cuanto mi señor Gauvain vio venir a la reina, que de la mano llevaba a la otra, su corazón (porque el corazón a menudo adivina) le dijo que era la reina de la que había oído hablar; pero bien lo pudo adivinar porque tenía las trenzas blancas, que le llegaban hasta las ancas, e iba vestida de seda

matizada, blanca, con flores de oro de labor pequeña. Al verla, mi señor Gauvain se adelantó hacia ella y ambos se saludaron. Y ella le dijo:

—Señor, después de vos, yo soy la señora de este palacio: os entrego el señorío porque os lo habéis ganado. Pero, ¿sois, acaso, de la mesnada del rey Artús?

—Sí, señora, en verdad.

—¿Y sois vos, porque quiero saberlo, uno de los caballeros atalayadores, que han hecho tantas hazañas?

—No, señora.

—Os creo. ¿Decidme si sois uno de aquellos de la Tabla Redonda, que son los más famosos del mundo?

—Señora —contestó él—, no osaría decir que soy uno de los más famosos; no me incluyo entre los mejores, pero no creo estar entre los peores.

Y ella le responde:

—Gentil señor, es muy cortés lo que os oigo decir cuando no admitís el mérito de los mejores ni el oprobio de los peores. Pero decidme cuántos hijos tuvo el rey Lot de su esposa.

—Cuatro, señora.

—Decidme sus nombres.

—Señora, el mayor fue Gauvain, y el siguiente Agrevain, el orgulloso de los puños fuertes, y los otros dos se llaman Gaheriet y Guerehés.

Y la reina añadió:

—Sí, válgame Dios, así se llaman, me parece. ¡Ojalá estuvieran todos ahora aquí con nosotros! Pero, decidme, ¿conocéis al rey Urién?

—Sí, señora.

—¿Tiene en la corte algún hijo?

—Sí, señora; dos muy famosos: el uno se llama mi señor Yvain, el cortés y el bien criado. La mañana que puedo verlo, todo el día estoy contento, tan sensato y tan cortés lo encuentro. El otro también se llama Yvain, pero como sólo es su medio hermano, se le llama Yvain el Bastardo, y vence a todos los caballeros que hacen batalla con él. Ambos están en la corte, y son muy valientes, muy sensatos y muy corteses.

—Gentil señor —dijo ella—, ¿y cómo se encuentra ahora el rey Artús?

—Mejor que nunca, más sano, más ligero y más fuerte.

—A fe mía, señor, no sin razón, porque el rey Artús es muy niño; si tiene cien años, no tiene ni puede tener más. Por último, todavía quisiera que me hablarais, si no os pesa, del estado y condición de la reina.

—Señora, es ella en verdad tan cortés, tan bella y tan discreta, que jamás hizo Dios ley ni lengua en la que se encuentre tan hermosa dama. Desde que Dios formó a la primera mujer de la costilla de Adán, no hubo dama tan famosa. Y bien justo es que lo sea, porque del mismo modo que el sabio maestro adoctrina a los niños pequeños, mi señora la reina enseña e instruye a todo el mundo; de ella proceden, vienen y parten todos los bienes. Nadie se separa de ella desaconsejado. Sabe bien lo que vale cada cual y lo que debe hacer a cada uno para

contentarlo. Nadie hace beneficios ni honores sin haberlo aprendido de mi señora. No existe hombre tan desdichado que se separe de mi señora triste.

—¿Os pasa lo mismo conmigo, señor?

—Bien lo creo, señora —dice él—, porque antes de veros nada me importaba, de tan triste y dolido como estaba. Y ahora estoy lo más alegre y gozoso que podría estar.

—Señor —dijo la reina de las blancas trenzas—, por aquel Dios que me hizo nacer, que se doblarán vuestras alegrías y constantemente crecerá vuestro gozo, y no se os acabará nunca. Y pues estáis contento y alegre y la comida está preparada, comed cuando os plazca y donde más os guste: si lo preferís, comed arriba, y si os agrada más, bajad a comer a las cámaras.

—Señora, por ninguna cámara cambiaría este palacio, pues me han dicho que aquí nunca se sentó caballero para comer.

—No, señor; ningún caballero que luego volviera a sentarse o que siguiera con vida el tiempo en que se tarda de recorrer una legua o media.

—Señora, aquí comeré, pues, si vos me dais licencia.

—Os la doy muy de grado, señor, y seréis el primer caballero que aquí haya comido..

Entonces se marchó la reina, y dejó a sus doscientas cincuenta hermosas doncellas, que comieron con él en el palacio, lo sirvieron y atendieron en todo cuanto él deseó. Los pajes que afablemente le sirvieron la comida tenían, unos el cabello blanco,

otros entrecano, otros sin canas y los demás no tenían ni barba ni bigote. Dos de estos últimos estaban de rodillas ante él y lo servían, el uno trinchando y el otro dándole el vino. Mi señor Gauvain hizo sentar a su lado a su huésped. La comida no fue breve, pues duró más que lo que dura el día en los alrededores de Navidad, y antes de que acabara era ya noche cerrada y oscura y se habían encendido gruesos hachones. Durante la comida se conversó mucho, y en la sobremesa, antes de irse a acostar, hubo muchas danzas y bailes. Todos se han afanado mucho en dar alegría a su señor, que tanto quieren.

Cuando quiso ir a domir, se acostó en el Lecho de la Maravilla. Una de las doncellas le puso una almohada debajo de la oreja para que durmiera más a gusto.

Gauvain y Guiromelant

Al despertarse por la mañana encontró que le habían preparado ropas de armiño y de seda. Temprano llegó el barquero del que os he hablado, y lo hizo levantar, vestirse y lavarse las manos. Estuvo presente Clarissant, la noble, la hermosa, la valiosa, la discreta y de hablar elegante. Luego fue a las cámaras de la reina su abuela, la cual le dijo y le preguntó:

—Nieta, por la fe que me debéis, ¿se ha levantado ya vuestro señor?

—Sí, señora; ya hace rato.

—¿Y dónde está, dulce nieta?

—Señora, fue a la torre, y no sé si ha bajado.

—Nieta, quiero ir con él, y, si Dios quiere, hoy sólo tendrá bien, gozo y alegría.

Al punto la reina se levanta, pues deseaba estar con él, hasta que le encuentra en la ventana de una torre, desde donde miraba a una doncella y a un caballero completamente armado que iban por un prado. Mientras estaba mirándolos, he aquí que llegan por otro lado las dos reinas juntas, y encuentran en las ventanas a mi señor Gauvain y a su huésped.

—Señor —dicen las dos reinas—, que empecéis bien el día, y que os sea alegre y gozoso. Esto os conceda el glorioso. Padre que de su hija hizo su madre.

—Gran gozo, señoras, os dé Aquel que a la tierra envió a su Hijo para enaltecer la cristiandad. Pero, si os place, acercaos a esta ventana y decidme quién puede ser una doncella que va por allí con un caballero que lleva un escudo cuartelado.

—Os lo diré sin tardanza —dijo la dama mirándolos—. Ésta, que mal fuego consuma, es la que ayer tarde vino con vos hasta aquí; pero no os ocupéis más de ella, porque es muy altiva y perversa. Y os ruego que tampoco os ocupéis del caballero que acompaña, aunque es, sabedlo sin duda alguna, valeroso por encima de todos. Batallar con él no es un juego, pues le he visto, en este puerto, dar muerte a varios caballeros.

—Señora —dice él—, quiero ir a hablar con esta doncella, y os pido licencia.

—Señor, no plazca a Dios que os dé licencia para vuestro mal. Dejad a esta doncella irritante que haga lo que quiera. Si Dios quiere, no saldréis de este palacio para empresa tan baldía. Porque de aquí no debéis salir nunca, si no nos queréis hacer sinrazón.

—¡Cómo, bondadosa reina! Me habéis desazonado mucho. Mal pagado me tendría en este palacio si no pudiera salir de él. No plazca a Dios que yo esté aquí mucho tiempo prisionero.

—¡Ah, señora! —dijo el barquero—. Dejadle hacer lo que le parezca. No lo retengáis contra su voluntad, que podría morir de dolor.

—Le dejaré salir, pues —dijo la reina—, pero a condición de que, si Dios le conserva la vida, vuelva aquí esta misma noche.

—Señora, no os preocupéis —dijo él—; que si puedo, volveré. Pero os pido y solicito un don, si me lo queréis conceder: que, si no os enoja, no me preguntéis mi nombre antes de siete días.

—Señor, si os conviene así, me abstendré de ello —dice la reina—, que no quiero provocar vuestro disgusto; y si no me lo hubieseis prohibido, lo primero que os hubiera pedido es que me dijerais vuestro nombre.

Entonces bajaron de la torre, y corrieron los pajes a traerle las armas para que las vistiera, y le sacaron su caballo. Monta ya completamente armado y se dirige al puerto, acompañado por el barquero,

y entran los dos en la barca y navegan con vigor hasta llegar a la otra orilla, en la que mi señor Gauvain desembarca.

Y el otro caballero dice a la doncella sin piedad:

—Amiga, decidme si conocéis a este caballero que armado viene hacia nosotros.

Y la doncella contesta:

—No; pero sé bien que es el que ayer me trajo hasta aquí.

Y él replica:

—Dios me valga, que no iba buscando a otro. Tuve gran temor de que se me escapara, pues no hay caballero nacido de madre que atraviese los desfiladeros de Galvoya y yo lo vea y lo encuentre frente a frente, que pueda envanecerse en algún sitio de haber regresado de este país. Desde el momento que Dios me lo pone delante, será preso y retenido.

Sin previo desafío ni previa amenaza, el caballero aguija el caballo, embraza el escudo y arremte. Mi señor Gauvain se dirige hacia él, y le da tan recio que lo hiere en el brazo y en el costado muy gravemente; pero no estaba herido de muerte, porque tenía tan bien puesta la loriga, que el hierro no pudo atravesarla, y sólo le hundió en el cuerpo un dedo de la extremidad de la punta, y lo derribó al suelo. Se levantó y vio con pesar la sangre que desde el brazo y el flanco le corría por la blanca loriga, y lo acometió con la espada, pero a poco se fatigó tanto, que no pudo sostenerse más y tuvo que ponerse a merced.

Mi señor Gauvain tomó la fianza y la entregó al barquero, que la esperaba. Y la perversa doncella había desmontado de su palafrén. Gauvain se le acercó, la saludó y le dijo:

—Montad de nuevo, hermosa amiga, porque no pienso dejaros aquí, sino que vendréis conmigo más allá de este río, que voy a atravesar.

—¡Ah, ah, caballero! —dijo ella—, ¡cómo os hacéis ahora el altivo! Mucho hubierais tenido que batallar si mi amigo no hubiese estado fatigado por antiguas heridas que ha recibido. Vuestras bravatas se hubieran desvanecido, ahora no fanfarronearíais tanto y estaríais más apabullado que si os hubieran dado mate en la esquina del tablero. Reconocedme la verdad: ¿os creéis valer más que él por haberlo derribado? A menudo habréis visto que el débil derriba al fuerte. Pero si dejáis este puerto y venís conmigo a aquel árbol y sois capaz de hacer una cosa que, siempre que yo quería, hacía por mí mi amigo, el que habéis metido en la barca, entonces confesaría sinceramente que vos valéis tanto como él y ya no os tendría más por cobarde.

—Doncella —dice él—, por ir hasta allí no dejaré de hacer vuestra voluntad.

Y ella dijo:

—Quiera Dios que no os vea volver.

Y se ponen en camino, ella delante y él detrás. Las doncellas y las damas del castillo se tiran de los cabellos, se rompen y se rasgan los vestidos, y dicen:

—¡Ah, desdichadas infelices!, ¡desdichadas! ¿Por qué seguimos vivas cuando vemos al que debía ser

nuestro señor ir hacia la muerte y hacia la desgracia? La perversa doncella, la mal nacida, lo conduce y se lo lleva allí de donde ningún caballero regresa. ¡Desdichadas!, ha caído la aflicción sobre nosotras cuando nos considerábamos nacidas en tal fortuna porque Dios nos había enviado a quien sabía de todo bien y a quien no faltaba la valentía ni ninguna otra virtud.

Así se dolían ellas por su señor, que veían ir con la perversa doncella.

Él y ella llegaron al árbol, y una vez allí, mi señor Gauvain la interpeló diciéndole:

—Hermosa, decidme si ahora ya estoy libre o si os place que haga algo más. Porque lo haré, si puedo, antes de alcanzar vuestra gracia.

Y la doncella le dijo luego:

—¿Veis allí un vado profundo entre dos orillas muy escarpadas? Mi amigo solía pasarlo, y no sé por dónde es más bajo.

—¡Ah, hermosa!, temo que no sea posible, pues por todas partes la orilla es muy alta y no se puede descender por ella.

—Ya sabía que no osaríais —dijo la doncella—. Cierto, nunca me imaginé que tuvierais bastante corazón para atreveros a pasar. Es éste el Vado Peligroso, que nadie, si no es muy valiente, osa pasar por nada del mundo.

Entonces mi señor Gauvain empuja su caballo hasta la orilla, y ve abajo el agua muy profunda y la orilla muy escarpada, pero el cauce del río era angosto. Cuando mi señor Gauvain lo ve, piensa que

su caballo había saltado zanjas mayores, y recuerda que haía oído decir y contar en muchas ocasiones que el que pudiera pasar el agua profunda del Vado Peligroso alcanzaría el mayor mérito del mundo.

Se aleja entonces de la orilla, y luego vuelve hacia ella a galope tendido para saltar al otro lado, pero no tomó bien el salto y cayó en medio del vado. El caballo se puso a nadar hasta tomar tierra con los cuatro pies, y se esforzó tanto en saltar que logró alcanzar la otra orilla, que era muy alta. Una vez allí, se quedó quieto y tranquilo, sin poder moverse más; y entonces mi señor Gauvain se vio precisado a desmontar porque notaba que su caballo estaba muy débil. Desmonta en seguida con intención de quitarle la silla; lo hace y la invierte para que se enjugue. Cuando le quitó el penacho, le secó el agua del dorso, de los costados y de las patas.

Luego lo ensilla, monta y se va al paso, hasta que vio a un caballero que estaba solo cazando con un gavilán, y delante de él corrían por el prado dos perritos de caza. El caballero era más hermoso que lo que puede decir una boca. Mi señor Gauvain se le acercó, le saludó y le dijo:

—Gentil señor, aquel Dios que os hizo hermoso sobre toda otra criatura, os dé gozo y buena ventura.

Y él respondió con presteza:

—Tú eres el bueno, el noble y el gentil; pero dime, si no te contraría, ¿cómo has dejado sola en la otra parte a la perversa doncella? ¿Qué se ha hecho de su compañía?

—Señor —dijo él—, cuando la encontré la acompañaba un caballero que llevaba un escudo cuartelado.

—¿Y qué hiciste?

—Lo vencí con las armas.

—¿Qué pasó luego con el caballero?

—Se lo ha llevado el barquero, que dice que tiene derecho sobre él.

—Cierto, buen hermano, dices la verdad. La doncella fue mi amiga, pero yo no lo fui para ella, porque no se dignó amarme ni quiso llamarme nunca amigo; y si alguna vez la besé, fue por fuerza, os lo prometo. Nunca hizo nada en mi favor, pero yo la amaba a pesar suyo. Le privé de un amigo suyo que solía ir en su compañía; a él lo máte y a ella me la llevé y me esforcé mucho en servirla. Pero mi servicio no me aprovechó de nada, pues en cuanto pudo, buscó ocasión para dejarme e hizo su amigo a aquel a quien hace poco la has quitado, que no es un caballero desdeñable, sino muy valiente, válgame Dios; pero no hasta el punto que después osara ir adonde pudiera encontrarme. Pero tú has hecho hoy una hazaña qu arredra a todo caballero, y como te atreviste a emprenderla has conquistado con tu valor mérito y la fama del mundo. Gran valentía supone en ti haber saltado el Vado Peligroso, y has de saber que jamás lo consiguió ningún caballero.

—Señor —dijo él—, asi, pues, me mintió la doncella cuando me dijo y me hizo creer como cosa cierta que, por su amor, su amigo lo pasaba una vez al día.

—¿Esto os dijo, la renegada? ¡Ah! ¡Ojalá se ahogara en el vado cuando te dijo este embuste, pues está llena de diablos! No puedes negar que te odia y que quería que te ahogaras en el agua rumorosa y profunda, este diablo que Dios confunda. Pero ahora prometámonos mutuamente lo siguiente: si tú quieres preguntarme algo, sea de mis alegrías, sea de mis penas, yo por nada del mundo te esconderé la verdad, si la sé; y tú también me dirás, sin mentir en nada, todo cuanto yo quiera saber, si puedes decirme la verdad.

Hecha por ambos esta promesa, mi señor Gauvain empieza a preguntar el primero:

—Señor, te pregunto cuál es y cómo se llama una ciudad que allí veo.

—Amigo —contesta él—, te puedo decir muy bien la verdad de esta ciudad porque es tan absolutamente mía, que sólo depende de mí y sólo a Dios debo dar cuenta de ella. Se llama Orquelenes.

—¿Y vos cómo os llamáis?

—Guiromelant.

—Señor, he oído decir que sois muy noble y muy valiente y dueño de muy extensas tierras. Pero, ¿cómo se llama esta doncella, de la cual ni cerca ni lejos se cuenta ninguna buena nueva, como vos mismo atestiguáis?

—Y también puedo atestiguar —responde él— que se hace temer mucho, porque es perversa y desdeñosa. Por esto se llama la Orgullosa de Logres, pues allí nació, y muy pequeña fue traída aquí.

—¿Y cómo se llama su amigo, aquel que, de grado o por fuerza, se ha ido prisionero con el barquero?

—Amigo, sabed que este maravilloso caballero se llama el Orgulloso de la Roca del Angosto Camino, y guarda los desfiladeros de Galvoya.

—¿Y cómo se llama este castillo tan alto, bueno y bello que hay en el otro lado, del que yo vengo hoy y en el que anoche comí y bebí?

Al oír esto Guiromelant se demudó como hombre trastornado y empezó a marcharse. Y Gauvain lo llamó:

—Señor, señor, contestadme. Acordaos de vuestra promesa.

Guiromelant se detuvo, y torciendo la cabeza le dijo:

—Desdichada y maldita sea la hora en que te vi y te di mi confianza. Vete, te dispenso la promesa y tú dispénsamela a mí; porque yo quería preguntarte nuevas de allí, pero tú, por lo que veo, sabes tanto del castillo como de la luna.

—Señor —dijo él—, anoche estuve allí y me acosté en el Lecho de la Maravilla, que no se parece a ninguno, pues nunca se vio otro igual.

—Por Dios —dice él—, me sorprenden mucho las nuevas que me das. Ahora me deleita y me divierte oír tus mentiras, y te escucho como escucharía los cuentos de un narrador mentiroso. Veo que tú eres un juglar, y me imaginaba que eras un caballero y que allí hubieses hecho alguna hazaña. No obstante hazme sabedor de alguna de las proezas que hiciste y de algo que allí viste.

Y mi señor Gauvain le dice:

—Señor, cuando me senté en el lecho se desencadenó en el palacio una gran tormenta. No creáis que os miento: las cuerdas del lecho gritaron y sonaron unas campanillas que de ellas pendían; las ventanas, que estaban cerradas, se abrieron por sí solas, y dardos y flechas afiladas dieron en mi escudo. En él están aún adheridas las garras de un grande, fiero y melenudo león que durante mucho tiempo había estado encadenado bajo una bóveda. Un villano lo soltó, y se lanzó sobre mí y tan fuertemente arremetió en mi escudo que se adhirió a él con las uñas y no pudo desprenderse. Y si creéis que no se nota, ved todavía las garras aquí; porque la cabeza, gracias a Dios, se la corté juntamente con las patas. ¿Qué opináis de estas muestras?

Al oír estas palabras Guiromelant se echa a tierra lo más pronto que puede, se arrodilla, junta las manos y le ruega que le perdone la necedad que ha dicho.

—Os declaro libre de culpa —le dijo—; pero montad de nuevo.

Y él lo hizo, muy corrido por su necedad, y dijo:

—Señor, Dios me es testigo de que no creía que hubiese en ninguna parte, ni cerca ni lejos, caballero que alcanzara el honor que os ha llegado a vos. Pero decidme si visteis allí a la reina de cabellos blancos y si le preguntasteis quién es y de dónde procede.

—Nunca se me ocurrió preguntárselo —dijo él—, pero la vi y hablé con ella.

—Pues yo os lo diré: es la madre del rey Artús.

—Por la fe que debo a Dios y a sus virtudes, el rey Artús, según creo, hace mucho tiempo que no tiene madre; a mi parecer hace unos sesenta años, o bastantes más.

—Pues es cierto, señor: es su madre. Cuando Uterpandragón, su padre, fue enterrado, ocurrió que la reina Yguerna vino a este país, y trajo consigo todo su tesoro y sobre aquella roca edificó el castillo y el palacio tan rico y hermoso como os he oído describir. Y estoy seguro de que también visteis a la otra reina, la otra señora, alta y hermosa, que fue mujer del rey Lot y madre de aquel que ojalá tenga siempre desgracia, es decir, madre de Gauvain.

—Conozco muy bien a Gauvain, gentil señor, y os puedo decir que este Gauvain hace por lo menos veinte años que no tiene madre.

—Lo es, señor, no lo dudéis, que se quedó a vivir junto a su madre estando encinta de un niño: que es hoy la alta y hermosísima doncella que es mi amiga y hermana, no quiero ocultároslo, de aquel a quien Dios dé la mayor afrenta. En verdad, no volvería con la cabeza sobre los hombros si yo lo atacara y lo tuviera tan cerca como os tengo a vos, porque inmediatamente se la cortaría. De nada le valdría su hermana, porque lo odio tanto que con las manos le arrancaría el corazón de las entrañas.

—Por mi alma —dijo mi señor Gauvain—, vos no lo amáis tanto como yo. Si yo amara a doncella o a dama, por su amor amaría y serviría a todo su linaje.

—Tenéis razón, lo concedo; pero cuando me acuerdo de cómo el padre de Gauvain mató al mío, no puedo desearle ningún bien. Y él mismo mató con sus propias manos a uno de mis primos hermanos, un caballero valiente y noble. Jamás pude encontrar ocasión y manera de vengarme de él. Pero hacedme un favor: cuando volváis al castillo llevad a mi amiga este anillo y dádselo. Quiero que se lo deis de mi parte y que le digáis que tengo tanta confianza y creo tanto en su amor que estoy seguro de que preferiría que su hermano Gauvain fuera muerto de amarga muerte antes de que yo fuera herido en el dedo pequeño de mi pie. Saludad a mi amiga y dadle este anillo de mi parte, que soy su amigo.

Entonces mi señor Gauvain se puso el anillo en el meñique, y dijo:

—Señor, por la fe que os debo, tenéis amiga cortés y discreta, gentil dama y de alto linaje, bella, graciosa y generosa, si está de acuerdo con lo que habéis dicho y contado.

Y él dijo:

—Señor, os prometo que me haréis un gran beneficio si lleváis a mi querida amiga el presente de mi anillo, porque la amo en gran manera. Y os lo recompensaré diciéndoos el nombre de este castillo, que me lo habéis preguntado. Se llama Roca de Champguín. En él se tejen telás muy buenas, verdes y sanguíneas y muchas de escarlata, y se venden y se compran muchas cosas. Ya os he dicho cuanto habéis querido, sin mentir en una sola pa-

labra, y vos también me habéis hablado muy bien. ¿Queréis pedirme algo?

—Nada, señor, sólo vuestra licencia.

Y él dijo:

—Señor, decidme vuestro nombre, si no os pesa, antes de que os deje separaros de mí.

Y mi señor Gauvain le dijo:

—Señor, así Dios me valga, que mi nombre no os será ocultado. Yo soy aquel que tanto odiáis: soy Gauvain.

—¿Tú eres Gauvain?

—Sí, el sobrino del rey Artús.

—A fe mía, que eres muy atrevido o muy necio al decirme tu nombre, pues sabes que te odio a muerte. Me irrita y me pesa mucho no llevar ahora el yelmo enlazado ni el escudo pendiente del cuello; porque si estuviera armado como tú lo estás, ten por seguro que ahora mismo te cortaría la cabeza, y nada me lo impediría. Pero si tú osaras esperarme, iría a buscar mis armas y vendría a combatir contigo; traería también a tres o cuatro hombres para que presenciaran nuestra batalla. Si tú quieres, puede hacerse de otro modo: esperemos siete días, y el séptimo compareceremos en este lugar armados; y tú mientras tanto habrás enviado a buscar al al rey, la reina y toda su gente, y yo por mi parte habré reunido a los míos por todo mi reino; y así nuestra batalla no se dará a escondidas, sino que la verán todos los que aquí vengan. Porque una batalla entre dos que son considerados tan valientes como nosotros no debe hacerse encubiertamente, sino que

razón que la presencien damas y caballeros en gran número. Y cuando uno de nosotros quede vencido y lo sepa todo el mundo, el vencedor tendrá mil veces más honor que si únicamente lo supiera él.

—Señor —dijo mi señor Gauvain—, de grado prescindiría de todo ello, si fuera posible y os pluguiera que no hubiera batalla; y si algún daño os he hecho, gustosamente lo repararía, de modo bueno y razonable, en atención a vuestros amigos y a los míos.

Y él dijo:

—No veo que exista ninguna razón para que no oses combatirme. Te he propuesto dos cosas, y haz la que te parezca: o bien me esperas aquí, si te atreves, y yo iré a buscar mis armas, o bien enviarás a buscar a tu tierra tus fuerzas para que estén aquí dentro de siete días. Porque en Pentecostés reunirá el rey Artús a su corte en Orcania, según nuevas que he tenido, y hasta allí sólo hay dos jornadas. Tu mensajero podrá encontrar al rey y a sus gentes preparados. Envíalo, y obrarás prudentemente: un día del plazo vale cien sueldos.

Y él le responde:

—Dios me valga, allí estará la corte, sin duda alguna; sabéis toda la verdad. Os doy mi palabra de que lo enviaré mañana, u hoy mismo, antes de cerrar los ojos.

—Gauvain —dijo él—, te quiero llevar al mejor puente del mundo. Aquí el río es demasiado rápido y profundo para que lo pueda atravesar ningún ser viviente y saltar hasta la otra orilla.

Y mi señor Gauvain responde:

—Por nada que me pueda ocurrir buscaré vado ni puente, porque lo consideraría una cobardía la vil doncella; mantendré lo que le he prometido e iré derechamente a ella.

Aguija entonces, y el caballo saltó por encima del río ágilmente sin entorpecimiento alguno.

Cuando la doncella que tanto lo había zaherido con sus palabras lo vio atravesar, arrendó su caballo al árbol y fue hacia él a pie. Tanto habían cambiado su corazón y su talante, que lo saludó muy sumisamente, y le dijo que le venía a pedir perdón como culpable de las grandes penas que por ella había sufrido. Le añadió:

—Gentil señor, escucha por qué he sido tan altiva con todos los caballeros del mundo que me han llevado consigo; quiero decírtelo, si no te enoja. Este caballero, al que Dios maldiga, que ha hablado contigo más allá del río, cometió el error de poner en mí su amor, y me amó y yo lo odié, porque, no lo esconderé, me produjo gran disgusto al matarme a aquel de quien yo era amiga. Luego se imaginó honrarme mucho pretendiendo atraerme a su amor, pero de nada le valió, pues en cuanto me fue posible me escapé de su compañía y me uní a aquel de quien tú hoy me has privado, el cual me importa un comino. Pero desde que la muerte apartó de mí a mi primer amigo, durante mucho tiempo he sido tan necia, de tan altivas palabras, tan vil y tan tonta, que jamás evitaba discutir con nadie, y lo hacía adrede, porque quería encontrar a uno tan iracundo que se irritara y encolerizara conmigo de suerte

que me destrozara, pues hace tiempo que quisiera estar muerta. Gentil señor, haced justicia conmigo, tal que jamás ninguna doncella que tenga nuevas de mí o se afrentar a ningún caballero.

—Hermosa —dijo él—, no me incumbe a mí hacer justicia de vos. No plazca al Hijo de Nuestro Señor que recibáis de mí daño alguno. Montad ahora, no os entretengáis, que iremos a aquella fortaleza. Ved al barquero en el puerto, que nos espera para llevarnos allí.

—Me someto totalmente a vuestra voluntad —dijo la doncella.

En seguida montó en la silla de un pequeño palafrén crinado, y llegaron al barquero, quien sin pena ni trabajo, los dejó en el otro lado del río. Los ven venir las damas y las doncellas que por él se habían apenado tanto. Todos los pajes del palacio se habían desesperado de dolor. Ahora su alegría es tal, que jamás hubo otra mayor. La reina, que estaba sentada delante del palacio esperándolo, hizo que las doncellas se cogieran de las manos para danzar y manifestar gran júbilo. Lo inician en cuanto él llega y desmonta entre ellas, y cantan, bailan y danzan. Las damas, las doncellas y las dos reinas lo abrazan y le hablan con gran contento, y con alegría le desarman las piernas, los brazos, el torso y la cabeza. También festejaron mucho a la que había traído consigo, y todos y todas la sirvieron, en atención a él, porque por ella no harían nada. Gozosamente van al palacio y allí se sientan todos.

Mi señor Gauvain emprende a su hermana, la sienta a su lado en el Lecho de la Maravilla y le dice bajo y en secreto:

—Doncella, de más allá del puerto os traigo un anillo de oro, cuya esmeralda es muy verde. Como muestra de amor os la envía un caballero que os saluda, y dice que sois su enamorada.

—Señor —dice ella—, bien lo creo; pero si en algún modo lo amo, es de lejos como soy su amiga, pues nunca me vio ni yo lo vi a él, sino a través de este río. Hace ya tiempo que merecí que me diera su amor, y aunque jamás ha venido aquí, sus mensajes me han instado tanto que no os mentiría si os dijera que le he entregado mi amor; no obstante, no soy todavía su amiga.

—¡Ah, hermosa! Él se ha envanecido de que preferiríais mucho más la muerte de mi señor Gauvain, que es vuestro hermano, a que él recibiera mal en el artejo.

—¡Cómo señor! Me admira mucho que diga tan gran locura. Por Dios, no creía que fuera tan mal criado. Muy imprudente ha sido al hacerme llegar tal mensaje. ¡Desdichada de mí!, mi hermano ni tan sólo sabe que yo haya nacido y nunca me vio. No es cierto lo que Guiromelant ha dicho que, por mi alma, preferiría mi daño que el suyo.

Mientras ello dos hablaban así y las damas estaban pendientes de ellos, la vieja reina dijo a su hija, que estaba sentada a su lado:

—Hermosa hija, ¿qué os parece del señor que está sentado al lado de vuestra hija, nieta mía?

Gran rato le ha hablado en voz baja; no sé de qué, pero me complace, y sería injusto que ello nos enojara, pues su magnanimidad lo atrae, y es razonable, hacia la más hermosa y más discreta que hay en este palacio. ¡Ojalá se casara con ella y le gustara tanto como Lavinia a Eneas!

—¡Ah, señora! —dijo la otra reina—, Dios obre en su corazón de suerte que sean como hermano y hermana, y que se amen tanto el uno al otro que sean ambos una misma carne.

Con su plegaria pretende la dama que la ame y la tome por esposa, pero ella no había reconocido a su hijo: serán como hermano y hermana, y entre ellos no existirá otro amor cuando uno y otro sepan que son hermanos, y la madre tendrá una alegría distinta de la que ahora espera.

Cuando mi señor Gauvain hubo hablado con su hermosa hermana, se volvió y llamó a un paje que vio a su derecha, el que le pareció más veloz, leal y servicial, el más prudente y más capaz de todos los que había en la sala. Con él solo detrás baja a una cámara, y cuando estuvieron dentro le dijo:

—Paje, te supongo muy leal, muy sensato y muy despierto. Si te confío un secreto mío, te encomiendo mucho que lo guardes porque te será de provecho. Te quiero enviar a un lugar donde serás recibido con gran alegría.

—Señor, preferiría que se me arrancara la lengua de la garganta antes de que me saliera de la boca una sola palabra que vos quisierais que se callara.

—Hermano —dijo él—, irás, pues, a mi señor el rey Artús, pues yo soy Gauvain, su sobrino. El camino no es largo ni difícil, porque el rey ha establecido su corte en la ciudad de Orcania, para celebrar Pentecostés. Si el viaje hasta allí te cuesta demasiado, irá a mi cargo. Cuando llegues ante el rey, lo encontrarás muy apesadumbrado; pero en cuando lo saludes de mi parte, tendrá gran alegría. Ni uno solo de los que oigan la nueva dejará de estar contento. Le dirás al rey que, por la fe que me debe, pues es mi señor y yo soy su vasallo, que bajo ningún pretexto deje de encontrarse, el quinto día de la fiesta, bajo esta torre, acampado en el prado. Que le acompañe la gente elevada y menuda que en su corte se habrá reunido, porque tengo concertada una batalla con un caballero que cree que ni él ni yo valemos nada: se trata de Guiromelant, que me odia mortalmente. A la reina dirás lo siguiente: que venga por la gran fe que debe existir entre ella y yo, pues es mi señora y mi amiga. Cuando sepa estas nuevas, no dejará de llevar, por mi amor, a las damas y a las doncellas que aquel día estén en su corte. Pero temo mucho una cosa: que no tengas un buen corcel que te lleve pronto hasta allí.

Él le contesta que tiene uno grande, veloz, fuerte y bueno, que lo llevará como si fuera el suyo.

—No me desagrada —dice él.

Inmediatamente el paje lo lleva a unos establos y le hace sacar corceles fuertes y reposados, uno de los cuales estaba enjaezado para cabalgar y caminar,

y había sido herrado recientemente y no le faltaban silla ni frenos.

—A fe mía, paje —dijo mi señor Gauvain—, que estás muy bien equipado. Vete ahora, y que el Señor de los reyes te conceda ir y volver y seguir el camino derecho.

Así envía al paje, al que acompaña hasta el río y encarga al barquero que lo lleve a la otra orilla. El infatigable barquero lo hizo pasar, pues tenía bastantes remeros. Una vez en la otra orilla, el paje emprende el camino más recto hacia la ciudad de Orcania, pues el que sabe preguntar el camino puede ir por todo el mundo.

Y mi señor Gauvain vuelve a su palacio, donde descansa con gran alegría y gran solaz, porque todos lo aman y le sirven. La reina hizo hacer estufas y calentar baños en quinientas cubas, e hizo entrar en ellas a todos los pajes para que se bañaran [1]. Se les había confeccionado vestidos que ya estaban preparados cuando salieron del baño. Las telas estaban tejidas con oro y las pieles eran de armiño. Los pajes velaron en el monasterio hasta después de maitines, siempre de pie y sin arrodillarse. Por la mañana mi señor Gauvain con sus propias manos les calzó a cada uno la espuela derecha, les ciñó la espada y les dio el espaldarazo. Entonces se vio acompañado por lo menos de quinientos caballeros noveles.

---

[1] Se trata del baño que, como símbolo de purificación, se daba a los que iban a ser armados caballeros.

El paje cabalgó hasta llegar a la ciudad de Orcania, donde el rey celebraba corte, como correspondía a la festividad. Los contrahechos y los sarnosos que ven al paje, dicen:

—Éste viene muy apurado. Creo que trae a la corte nuevas y mensajes de lejos. Diga lo que le diga al rey, lo encontrará mudo y sordo, pues está lleno de pena y de enojo. ¿Y quién será capaz de aconsejarle cuando haya oído lo que el mensajero le comunica?

—¡Bah! —dicen otros—, ¿quién os llama a opinar sobre los consejos del rey? Todos deberíais estar atemorizados, consternados y transtornados porque hemos perdido a aquel que, en nombre de Dios, nos sostenía y de quien nos llegaban todos los beneficios por amor y por caridad.

Así, por toda la ciudad, lamentaban a mi señor Gauvain los pobres, que mucho lo amaban. El paje sigue adelante, hasta que encontró al rey sentado en su palacio, y a su alrededor se sentaban cien condes palatinos, cien reyes y cien duques. El rey estaba sombrío y pensativo al contemplar su gran baronía y no ver entre ella a su sobrino, y angustiado cayó desvanecido. No era perezoso el que primero acudió a levantarlo, pues todos corrieron a sostenerlo.

Una dama, Lore, que estaba sentada en una galería, veía el dolor que reinaba en la sala. Desciende de la galería y va a la reina como trastornada. Cuando la reina la vio, le preguntó qué le ocurría.

Aquí se interrumpe El cuento del grial


SKEEPER1

LITERATURA

El protagonista de **EL CUENTO DEL GRIAL** es un muchacho fuerte, hábil cazador e ingenuo, que ha vivido en una «yerma floresta solitaria» aislado del resto del mundo sin otra relación humana que su madre y los labradores de la tierra de Gales. Descendiente de nobles caballeros, la fuerza de la sangre le decide a ser uno de ellos. Chrétien de Troyes, escritor de la segunda mitad del siglo XII, narra aquí su extraordinaria peripecia, llena de lances heroicos y episodios maravillosos, a contrapunto de una apasionada historia de amor. Pero más allá de esto, en **EL CUENTO DEL GRIAL** enseña una lección moral y espiritual destinada al perfeccionamiento de la sociedad del siglo XII y, en especial, de la aristocracia que leerá sus obras. Maestro de hispanistas, Martín de Riquer ofrece aquí una excelente traducción y enmarca en un breve y sugerente ensayo, el texto medieval.

COLECCIÓN AUSTRAL

ESPASA CALPE

